

ADVERTENCIAS

a las iglesias



J.C. RYLE

EDITORIAL



PEREGRINO

Advertencias a las iglesias

J.C. Ryle

Advertencias a las iglesias

Publicado por Editorial Peregrino, S.L.

La Almazara, 19

13350 Moral de Calatrava (Ciudad Real)

España

Publicada por primera vez esta selección en inglés por The Banner of Truth Trust en 1967 bajo el título *Warnings to the Churches*

Primera edición en español: 2003

Copyright © Editorial Peregrino, S.L. 2003
para la versión española

Traducción: David Cánovas Williams

Revisión: Elena Flores Sanz

Las citas bíblicas están tomadas de la Versión Reina-Valera 1960 © Sociedades Bíblicas Unidas, excepto cuando se cite otra
LBLA = La Biblia de las Américas © The Lockman Foundation

Índice

Prefacio a la edición original

1. La Iglesia verdadera
2. Sin falsificar la Palabra
3. "Ocúpate en estas cosas"
4. Fariseos y saduceos
5. Doctrinas diversas y extrañas
6. La falibilidad de los ministros
7. Temores apostólicos
8. La idolatría

Prefacio a la edición original

F*ive English Reformers* (Cinco reformadores ingleses) y *Five Christian Leaders* (Cinco dirigentes cristianos), ambos escritos por J.C. Ryle, fueron dos de los primeros títulos en rústica de The Banner of Truth Trust y han cosechado gran éxito. El presente volumen contiene sermones y artículos de Ryle que llevaban mucho tiempo descatalogados. La mayoría de ellos apareció en *Home Truths* (Verdades fundamentales), recopilaciones de sermones de Ryle de las que se publicaron varias series. Los cinco últimos capítulos de *Advertencias a las iglesias* también se incluyeron en *Knots Untied* (Nudos desatados), publicado por primera vez en 1877. Esta última obra se ha reeditado en numerosas ocasiones pero de forma reducida, con la omisión de estos capítulos. No obstante, se incluyeron en la reedición de 1964 de James Clark.

Los ocho artículos que conforman esta edición no se han publicado nunca conjuntamente, al menos con el conocimiento de este editor. En cualquier caso, se ajustan de forma ideal a este propósito, presentando de forma concisa el mensaje profético de Ryle para las iglesias de su día y del nuestro.

Capítulo 1

La Iglesia verdadera

“Sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”

(Mateo 16:18).

Vivimos en un mundo en el que todo es pasajero. Los reinos, los imperios, las ciudades, las antiguas instituciones, las familias, todo es susceptible de cambio y corrupción. Parece como si prevaleciera una ley universal en todas partes. Todas las cosas creadas tienden a la decadencia.

Hay algo entristecedor y deprimente en esto. ¿Qué provecho obtendrá un hombre del trabajo de sus manos? ¿Acaso nada resistirá? ¿No hay nada que vaya a durar? ¿No hay nada de lo que podamos decir: esto continuará para siempre? La respuesta a estas preguntas la tenemos en las palabras de nuestro texto. Nuestro Señor Jesucristo habla de algo que continuará, que no pasará. Hay una cosa creada que constituye una excepción a la regla universal a la que acabo de referirme. Hay algo que jamás perecerá ni pasará. Se trata del edificio construido sobre la roca: la Iglesia de nuestro Señor Jesucristo. Las palabras que has oído esta noche declaran: “Sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”.

En estas palabras hay cinco cosas que exigen nuestra atención. Tenemos:

I. *Un edificio*: “Mi iglesia”.

II. *Un constructor*: Cristo dice: “Edificaré mi iglesia”.

III. *Un fundamento*: “Sobre esta roca edificaré mi iglesia”.

IV. *Peligros implícitos*: “Las puertas del Hades”.

V. *Garantía de seguridad*: “Las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”.

Que Dios bendiga las palabras que se van a pronunciar a continuación. Que todos examinemos nuestros corazones esta noche y sepamos si pertenecemos o no a esta Iglesia única. ¡Que todos regresemos a nuestros hogares con la intención de reflexionar y orar!

I. En primer lugar, en el texto se menciona un *edificio*. El Señor Jesucristo habla de “mi iglesia”.

Ahora bien, ¿cuál es esta Iglesia? Pocas preguntas pueden plantearse de tanta importancia. Por falta de la debida atención a este asunto, los errores que se han filtrado en la Iglesia y en el mundo no han sido pocos ni pequeños.

La Iglesia de nuestro texto no es un edificio material. No es un templo hecho con las manos, de madera, ladrillo, piedra o mármol. Es una congregación de hombres y mujeres. No es ninguna iglesia visible en particular de la Tierra. No se trata de la Iglesia oriental ni de la Iglesia occidental. No es la Iglesia de Inglaterra ni la Iglesia de Escocia, y mucho menos la Iglesia de Roma. La Iglesia de nuestro texto no resulta tan impresionante a los ojos de los hombres, pero es de mucha más importancia a los ojos de Dios.

La Iglesia de nuestro texto está constituida por todos los verdaderos creyentes en el Señor Jesucristo. Abarca a todos los que se han arrepentido del pecado y han acudido a Cristo por fe, siendo hechos nuevas criaturas en Él. Abarca a todos los elegidos de Dios, a todos los que han recibido la gracia de Dios, a todos los que han sido lavados por la sangre de Cristo, a todos los que han sido revestidos de su justicia, a todos los que han nacido de nuevo y han sido santificados por el Espíritu de Cristo. Todos ellos, de toda nación, pueblo y lengua, componen la Iglesia de nuestro texto. Este es el cuerpo de Cristo. Este es el rebaño de Cristo. Esta es la novia. Esta es la esposa del Cordero. Esta es “la santa Iglesia católica” del Credo de los Apóstoles. Esta es la “santa sociedad de los fieles” que se menciona en el culto de Comunión de nuestro *Libro de Oración*. Esta es la Iglesia sobre la roca.

No todos los miembros de esta Iglesia adoran a Dios de la misma forma o utilizan la misma forma de gobierno. Nuestro mismo artículo 34 declara: “Las tradiciones y ceremonias, no es indispensable que sean en todo lugar las mismas o totalmente parecidas”. Pero todos adoran con un solo corazón. A todos les guía un mismo Espíritu. Todos son verdadera y realmente santos. Todos pueden decir “aleluya” y todos pueden responder “amén”.

Esta es la Iglesia a la que todas las iglesias visibles de la Tierra sirven y para las que trabajan. Ya sean episcopales, independientes o presbiterianas, todas ellas sirven a los intereses de la única Iglesia verdadera. Son el andamiaje tras el que se construye el gran edificio. Son el cascarón bajo el que crece el núcleo vivo. Tienen diversos grados de utilidad. La mejor y la más digna es la que capacita a más miembros para la verdadera Iglesia de Cristo. Pero ninguna iglesia visible tiene derecho a decir: “Somos la única iglesia verdadera. Somos únicos, y la sabiduría morirá con nosotros”. Ninguna iglesia visible debiera atreverse a decir: “Duraremos para siempre. Las puertas del Hades no prevalecerán contra nosotros”.

Esta es la Iglesia a la que pertenecen las preciosas promesas de conservación, continuidad, protección y gloria final que hace el Señor. “No importa —dice Hooker— lo que leamos en la Escritura con respecto al amor sin fin y a la misericordia salvadora que muestra Dios para con sus iglesias, lo único verdaderamente importante para ellas es

esta Iglesia para la que empleamos el adecuado término de cuerpo místico de Cristo”. Aunque en este mundo la Iglesia verdadera pueda parecer pequeña y despreciada, es valiosa y honorable a los ojos de Dios. El Templo de Salomón, con toda su gloria, era pobre y despreciable en comparación con esa Iglesia edificada sobre la roca.

Hermano, asegúrate de tener una doctrina sana con respecto a la cuestión de “la Iglesia”. Una equivocación en cuanto a esto puede conducir a errores peligrosos que pueden destruir el alma. Es a la Iglesia constituida por los verdaderos creyentes a la que se nos ha ordenado predicar en especial a aquellos que somos ministros. Es a la Iglesia en la que se incluyen todos los que se arrepienten y creen en el Evangelio a la que deseamos que pertenezcas. No habremos hecho nuestro trabajo ni nuestras almas estarán satisfechas hasta que seas hecho una nueva criatura y miembro de la única Iglesia verdadera. Fuera de esta Iglesia no puede haber salvación.

II. Paso ahora al segundo punto que he propuesto para tu consideración. Nuestro texto no solo habla de un edificio, sino también de un *Constructor*. El Señor Jesucristo declara: “*Edificaré mi iglesia*”.

La verdadera Iglesia de Cristo recibe el atento cuidado de las tres personas de la bendita Trinidad. En la economía de la redención, sin duda alguna, Dios el Padre elige y Dios el Espíritu Santo santifica a cada miembro del cuerpo místico de Cristo. Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios, cooperan en la salvación de toda alma que se salva. Esta es una verdad que jamás debemos olvidar. Sin embargo, existe un sentido especial en el que la ayuda a la Iglesia descansa en el Señor Jesucristo. Él es especial y preeminentemente el Redentor y el Salvador. Por eso vemos que dice en nuestro texto: “Edificaré: la obra de edificación es mi obra especial”.

Es Cristo quien llama a los miembros de la Iglesia a su debido tiempo: son “llamados a ser de Jesucristo” (Romanos 1:6). Es Cristo quien los aviva: “El Hijo a los que quiere da vida” (Juan 5:21). Es Cristo quien lava sus pecados: Él “nos lavó de nuestros pecados con su sangre” (Apocalipsis 1:5). Es Cristo quien les da paz: “La paz os dejo, mi paz os doy” (Juan 14:27). Es Cristo quien les da vida eterna: “Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás” (Juan 10:28). Es Cristo quien les concede el arrepentimiento: “A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados” (Hechos 5:31). Es Cristo quien les capacita para convertirse en hijos de Dios: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:12). Es Cristo quien prosigue la obra en ellos una vez comenzada: “Porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Juan 14:19). En resumen, “agradó al Padre que en él habitase toda plenitud” (Colosenses 1:19). Él es el autor y consumidor de la fe. Él provee para todos los miembros y las coyunturas del cuerpo místico de los cristianos. A través de Él son fortalecidos para su tarea. Por medio de Él son protegidos de caer. Él los preservará hasta el final y los presentará libres de culpa ante el trono del Padre con gran gozo. Él es todas las cosas y todo en todo para los creyentes.

El poderoso instrumento mediante el cual el Señor Jesucristo lleva a cabo su tarea en las iglesias es, sin duda, el Espíritu Santo. Es Él quien aplica a Cristo y sus beneficios al

alma. Es Él quien está siempre renovando, despertando, convenciendo de pecado, conduciendo a la Cruz, transformando y sacando del mundo una piedra tras otra para añadirlas al edificio místico.

Pero el gran Constructor que se ha encargado de ejecutar la obra de la redención y completarla es el Hijo de Dios, el Verbo que se hizo carne. Es Jesucristo quien “edifica”.

En la construcción de la Iglesia verdadera, el Señor Jesucristo condesciende en utilizar distintos instrumentos subordinados. El ministerio del Evangelio, la circulación de las Escrituras, la reprensión amistosa, la palabra en su momento adecuado, la influencia de las aflicciones: todo, todo son medios e instrumentos por medio de los cuales se lleva a cabo su obra. Pero Cristo es el gran arquitecto supervisor que ordena, guía y dirige todo lo que se hace. Cristo es para los miembros de la Iglesia lo que el Sol para el sistema solar. Pablo planta, Apolos riega, pero el crecimiento lo da Dios. Los ministros predicán, los autores escriben, pero solo el Señor Jesucristo puede edificar. Y a menos que Él edifique, la obra queda paralizada.

Grande es la sabiduría con que el Señor Jesucristo edifica su Iglesia. Todo se hace a su debido tiempo y de la forma adecuada. Cada piedra es colocada cuando le corresponde en el sitio correcto. Unas veces elige grandes piedras y otras veces piedras pequeñas. Unas veces la obra avanza deprisa y otras avanza despacio. El hombre, a menudo, se impacienta y piensa que no se está haciendo nada. Pero el tiempo del hombre no es el tiempo de Dios. Mil años son para Él como un día. El gran Constructor no comete errores. Sabe lo que hace. Ve el final desde el principio. Obra en razón de un plan perfecto inalterable y cierto. Las ideas más grandiosas de arquitectos como Miguel Ángel y Wren no son sino un mero juego de niños en comparación con el sabio designio de Cristo con respecto a su Iglesia.

Grandes son la condescendencia y la misericordia que muestra Cristo en la edificación de su Iglesia. A menudo elige las piedras más bastas y menos apropiadas y las convierte en piezas excelentes. No desprecia a nadie, no rechaza a nadie por pecados y transgresiones que hayan cometido en el pasado. Se complace en mostrar misericordia. A menudo toma a los más desconsiderados e impíos y los transforma en las pulidas esquinas de su Templo espiritual.

Grande es el poder que demuestra Cristo en la edificación de su Iglesia. Lleva a cabo su obra a pesar de la oposición del mundo, la carne y el diablo. En la tormenta, en la tempestad, en tiempos turbulentos, el edificio progresa como el Templo de Salomón, silenciosa y calladamente, sin hacer ruido, sin bullicio. “Lo que hago —declara— nadie lo estorbará”.

Hermano, los hijos de este mundo se toman poco o ningún interés en la edificación de esta Iglesia. No se preocupan mucho por la conversión de las almas. ¿Qué son para ellos los espíritus quebrantados y las almas compungidas? Todo es locura a sus ojos. Pero si bien los hijos de este mundo no se preocupan en absoluto, hay gozo en la presencia de los ángeles de Dios. Para preservar esa Iglesia se han suspendido en ocasiones las leyes de la naturaleza. Todo el trato providencial de Dios con el mundo se arregla y dispone para el bien de esa Iglesia. Por amor a los elegidos se han terminado guerras y se ha dado paz a una nación. Los estadistas, los gobernantes, emperadores,

reyes, presidentes y primeros ministros tienen sus planes y los consideran de gran importancia. Pero se está llevando a cabo otra obra infinitamente más importante para la que todos ellos no son sino hachas y sierras en las manos de Dios. Esa obra es la de reunir las piedras vivas en la única Iglesia verdadera. ¡Qué poco se nos dice en la Palabra de Dios acerca de los inconversos en comparación con lo que se nos dice acerca de los creyentes! La historia de Nimrod, el vigoroso cazador, se despacha en pocas palabras. La historia de Abraham, el padre de los fieles, ocupa varios capítulos. No hay nada en la Escritura que sea tan importante como lo relativo a la Iglesia verdadera. El mundo ocupa muy poco en la Palabra de Dios. La Iglesia y su historia ocupan mucho.

Demos siempre gracias a Dios, querido hermano, porque la edificación de la única Iglesia verdadera descansa sobre los hombros de Uno que es poderoso. Bendigamos a Dios porque no descansa en el hombre. Bendigamos a Dios porque no depende de misioneros, ministros o comités. Cristo es el Constructor todopoderoso. Él llevará a cabo su obra aunque las naciones y las iglesias visibles pasen por alto su tarea. Cristo no fallará jamás. Ciertamente, lo que ha empezado lo terminará.

III. Pasemos al tercer punto que he propuesto para su consideración: el *fundamento* sobre el que se construye esta Iglesia. El Señor Jesucristo nos dice: “Sobre esta roca edificaré mi iglesia”.

¿Qué quería decir el Señor Jesucristo cuando habló de este fundamento? ¿Se refería al apóstol Pedro, al que estaba hablando? Estoy seguro de que no. No veo razón alguna para que, si se hubiera referido a Pedro, no dijera: “Sobre ti” edificaré mi Iglesia. Si se hubiera referido a Pedro habría dicho “sobre ti edificaré mi Iglesia” tan claramente como dijo “a ti te daré las llaves del reino de los cielos”. ¡No!, no se refería a la persona del apóstol Pedro sino a la confesión que este acababa de hacer. No era a Pedro, el hombre inestable y falible, sino a la grandiosa verdad que había revelado el Padre a Pedro. Era la verdad concerniente a Jesucristo mismo lo que era la roca. Era el papel de mediador de Cristo, su obra mesiánica. Era la bendita verdad de que Jesús era el Salvador prometido, el verdadero Fiador, el auténtico Intercesor entre Dios y el hombre. Esa era la roca y ese era el fundamento sobre el que habría de construirse la Iglesia de Cristo.

Hermano, este fundamento se estableció a un elevado precio. Precisó que el Hijo de Dios tomara nuestra naturaleza y que con ella viviera, sufriera y muriera por nuestros pecados, no por los suyos. Precisó que Cristo fuera al sepulcro con esa naturaleza y resucitara posteriormente. Precisó que Cristo ascendiera al Cielo con esa naturaleza y se sentara a la diestra de Dios tras obtener la redención eterna de todo su pueblo. Ningún otro fundamento salvo este podría haber soportado el peso de esa Iglesia a la que se refiere nuestro texto. Ningún otro fundamento podría haber satisfecho las necesidades de un mundo de pecadores.

Ese fundamento, una vez obtenido, es muy fuerte. Puede soportar el peso del pecado de todo el mundo. Ha soportado el peso de todos los pecados de todos los creyentes que se han edificado sobre él. Los pecados del pensamiento, los pecados de la imaginación, los pecados del corazón, los pecados de la mente, pecados que todo el

mundo ha visto y pecados de los que ningún hombre tiene conocimiento, pecados de toda clase y tipo: esa poderosa roca puede soportar el peso de todos esos pecados y no ceder. La función mediadora de Cristo es remedio suficiente para todos los pecados de todo el mundo.

Todo miembro de la Iglesia verdadera de Cristo está unido a este único fundamento. Los creyentes están desunidos y en desacuerdo en muchas cosas. Pero, en cuanto al fundamento de sus almas, todos son de un mismo sentir. Todos están edificados sobre la roca. Pregúntales de dónde obtienen su paz, su esperanza y la gozosa expectación de las cosas venideras. Descubrirás que todo fluye de esa gran y única verdad de que Cristo es el Mediador entre Dios y el hombre y del oficio de Cristo como Sumo Sacerdote y Fiador de los pecadores.

Aquí está el punto que exige toda nuestra atención personal. ¿Estamos sobre la roca? ¿Estamos verdaderamente unidos al único fundamento? ¿Qué dice el anciano y gran teólogo arzobispo Leighton? “Dios ha establecido esta piedra preciosa para este propósito: que los pecadores fatigados descansen sobre ella. La multitud de creyentes ficticios se encuentra a su alrededor, pero no por eso son mucho mejores que las piedras apiladas en montones junto al fundamento pero sin estar unidas a él. No obtenemos beneficio alguno de estar junto a Cristo si no hay unión con Él”.

Examina tu fundamento, querido hermano, si quieres saber si eres miembro de la única Iglesia verdadera. Es algo que tú mismo debes averiguar. Nosotros podemos ver tu adoración pública, pero no podemos saber si estás edificado personalmente sobre la roca. Podemos ver tu participación en la Cena del Señor, pero no podemos ver si estás unido a Cristo, si eres uno con Cristo y Cristo está en ti. Pero todo saldrá a la luz algún día. Los secretos de todos los corazones quedarán expuestos. Quizá vayas a la iglesia con regularidad, ames tu *Libro de Oración*, seas constante en participar de todos los medios de gracia que proporciona tu iglesia. Todo eso es correcto y bueno, dentro de lo que cabe. Pero, durante todo ese tiempo, cuídate de no cometer error alguno con respecto a tu salvación personal. Cuídate de que tu alma esté sobre la roca. Sin esto, todo lo demás no vale nada. Sin esto, jamás podrás sostenerte en el día del Juicio. ¡Es mil veces mejor encontrarse en una cabaña sobre la roca que en un palacio sobre la arena!

IV. En cuarto lugar, pasemos a considerar las *aflicciones implícitas* para la Iglesia a las que hace referencia nuestro texto. Se mencionan “las puertas del Hades”. ¡Con esa expresión se nos habla del poder del diablo!

La historia de la verdadera Iglesia de Cristo ha sido siempre de lucha y de guerra. Ha sido constantemente atacada por un enemigo letal, Satanás, el príncipe de este mundo. El diablo odia a la verdadera Iglesia de Cristo con un odio imperecedero. Está siempre suscitando oposición contra todos sus miembros. Está siempre apremiando a los hijos de este mundo a hacer su voluntad y dañar y acosar al pueblo de Dios. Si bien no puede herir la cabeza, sí herirá el calcañar. Si bien no puede arrebatarse el Cielo los creyentes, al menos les molestará por el camino.

Esta enemistad se ha prolongado durante 6000 años. Millones de inicuos han sido

instrumentos del diablo y han hecho su obra aun sin saberlo. Los sucesores de Faraón, Herodes, Nerón, Juliano, Diocleciano, María la Sanguinaria, ¿qué eran todos ellos sino herramientas de Satanás cuando persiguieron a los discípulos de Jesucristo?

Todo el cuerpo de Cristo ha experimentado la guerra contra los poderes del Infierno. Ha sido siempre una zarza ardiente que no se consumía, una mujer que escapaba al desierto pero sin ser devorada. Las iglesias visibles tienen sus momentos de prosperidad y sus épocas de paz, pero la verdadera Iglesia jamás ha conocido un tiempo de paz. Su conflicto es perpetuo. Su batalla es interminable.

Cada miembro individual de la verdadera Iglesia experimenta la guerra contra los poderes del Infierno. Cada uno debe luchar. ¿Qué son las vidas de los santos sino testimonios de batallas? ¿Qué fueron hombres como Pablo, Santiago, Pedro, Juan, Policarpo, Ignacio, Agustín, Lutero, Calvino, Latimer y Baxter sino hombres enzarzados en una guerra constante? A veces fueron sus personas las que sufrieron los ataques, otras veces fueron sus propiedades. A veces se les acosó con la calumnia y la difamación y otras por medio de una persecución abierta. Pero, de una forma u otra, el diablo ha estado siempre batallando contra la Iglesia. Las “puertas del Hades” han estado atacando siempre al pueblo de Cristo.

Hermano, aquellos de nosotros que predicamos el Evangelio podemos ofrecer grandes y preciosas promesas a todos los que acuden a Cristo. Podemos ofrecerte en nombre de nuestro Señor la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento. Se ofrece misericordia, libre gracia y salvación plena a todo aquel que acude a Cristo y cree en Él. Pero no te prometemos paz alguna con el mundo o con el diablo. Al contrario, te advertimos que necesariamente ha de haber guerra mientras estés en el cuerpo. No querríamos echarte atrás o disuadirte de servir a Cristo. Pero sí que “calcules los gastos” y comprendas plenamente lo que conlleva servir a Cristo. El Infierno está a tu espalda. El Cielo está ante ti. El hogar se encuentra al otro lado de un mar turbulento. Miles, cientos de miles, han cruzado esas aguas turbulentas y, a pesar de toda la oposición, han alcanzado el puerto al que se dirigían. El Infierno les ha atacado, pero no ha prevalecido. Sigue adelante, querido hermano, y no temas al adversario. Solo permanece en Cristo y la victoria es segura.

No te sorprendas de la enemistad de “las puertas del Hades”: “Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo”. Mientras el mundo siga siendo mundo y el diablo siga siendo el diablo, necesariamente debe haber contienda y los creyentes en Cristo deben ser soldados. El mundo aborreció a Cristo y el mundo aborrecerá a los verdaderos cristianos mientras permanezca la Tierra. Como dijo Lutero, el gran reformador: “Caín seguirá asesinando a Abel mientras la Iglesia esté en la Tierra”.

Prepárate para la enemistad de las puertas del Hades. Ponte toda la armadura de Dios. La torre de David contiene 1000 escudos, todos a disposición del pueblo de Dios. Millones de pobres pecadores como nosotros han probado las armas de nuestra guerra y jamás les han fallado.

Sé paciente ante la enemistad de las puertas del Hades. Todo está obrando para tu bien. Conduce a la santificación. Te mantiene despierto. Te hace humilde. Te acerca al Señor Jesucristo. Te aparta del mundo. Te ayuda a orar más. Por encima de todo, te

hace anhelar el Cielo y decir con el corazón así como con los labios: “Ven, Señor Jesús”.

No dejes que la enemistad del Infierno te doblegue. La guerra del verdadero hijo de Dios es una señal de la gracia tanto como lo es la paz interior que disfruta. ¡Sin Cruz no hay corona! ¡Sin conflicto no hay cristianismo salvador! “Bienaventurados sois —dice nuestro Señor Jesucristo— cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo”.

V. Queda otra cosa más que considerar: la *seguridad* de la verdadera Iglesia de Cristo. El poderoso Constructor hace una gloriosa promesa: “Las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”. El que no puede mentir ha dado su regia palabra de que los poderes del Infierno no vencerán a su Iglesia. Esta proseguirá y se mantendrá a pesar de todos los ataques. Jamás será vencida. Todas las otras cosas creadas se deteriorarán y pasarán, pero no la Iglesia de Cristo. La mano de la violencia externa o la polilla de la decadencia prevalecen sobre todo lo demás, pero no sobre el Templo que edifica Cristo.

Se han levantado imperios que han caído uno tras otro. Egipto, Asiria, Babilonia, Persia, Tiro, Cartago, Roma, Grecia, Venecia: ¿dónde están ahora? Todos fueron creación del hombre y pasaron. Pero la Iglesia de Cristo sobrevive.

Las ciudades más poderosas se han convertido en montones de ruinas. Las fuertes murallas de Babilonia fueron derribadas. Los palacios de Nínive son montones de polvo. Las cien puertas de Tebas son historia. Tiro es un lugar donde los pescadores cuelgan sus redes. Cartago está desolada. Sin embargo, durante todo este tiempo, la verdadera Iglesia se mantiene. Las puertas del Hades no prevalecen contra ella.

Las primeras iglesias visibles han decaído y perecido en muchos casos. ¿Dónde están las iglesias en Éfeso y en Antioquía? ¿Dónde están las iglesias en Alejandría y en Constantinopla? ¿Dónde están las iglesias de los corintios, filipenses y tesalonicenses? ¿Dónde, ciertamente, están todas ellas? Se apartaron de la Palabra de Dios. Se enorgullecían de sus obispos, de sus sínodos y ceremonias, de su erudición, de su antigüedad. No se gloriaban en la verdadera Cruz de Cristo. No se asieron del Evangelio. No dieron a Jesucristo su función correcta ni a la fe su lugar adecuado. Ahora están entre las cosas que fueron. Pero, durante todo este tiempo, la verdadera Iglesia ha sobrevivido.

¿Ha sido oprimida la Iglesia verdadera en un país? Ha escapado a otro. ¿Ha sido pisoteada y oprimida en un terreno? Ha arraigado y florecido en otro clima. El fuego, la espada, las prisiones, las sanciones y los castigos jamás han podido destruir su vitalidad. Sus perseguidores han muerto y han ido al lugar que les correspondía, pero la Palabra de Dios ha vivido, ha crecido y se ha multiplicado. Aunque esta verdadera Iglesia pueda parecer débil a los ojos de los hombres, es un yunque que ha destruido muchos martillos en el pasado y que quizá destruya muchos más antes de que llegue el fin. El que pone sus manos sobre ella está tocando la niña de los ojos de Dios.

La promesa de nuestro texto es cierta de todo el cuerpo que es la verdadera Iglesia. Cristo no se quedará nunca sin testimonio en el mundo. Ha tenido un pueblo en los peores tiempos. Tenía 7000 en Israel aun en los tiempos de Acab. Creo que aun ahora

hay algunos que, en los lugares oscuros de las iglesias romana y griega, a pesar de su gran debilidad están sirviendo a Cristo. El diablo puede enfurecerse terriblemente. La Iglesia puede quedar reducida a su mínima expresión en algunos países. Pero las puertas del Hades jamás prevalecerán por completo.

La promesa de nuestro texto es para cada miembro individual de la Iglesia. Algunos miembros del pueblo de Dios han llegado a lo más bajo y han dudado de su seguridad. Algunos cayeron tristemente, como fueron los casos de David y Pedro. Otros se apartaron de la fe durante un tiempo, como Cranmer y Jewell. Muchos fueron probados con crueles dudas y temores. Pero todos llegaron finalmente con bien al hogar, tanto el más joven como el más viejo, tanto el más débil como el más fuerte. Y así será hasta el fin. ¿Puedes evitar que mañana salga el Sol? ¿Puedes evitar la fluctuación de la marea? ¿Puedes detener el movimiento de los planetas en sus respectivas órbitas? Entonces, y solo entonces, podrás evitar la salvación de un creyente (no importa cuán débil sea), de una piedra viva en esa Iglesia edificada sobre la roca, por pequeña o insignificante que pueda parecer.

La verdadera Iglesia es el cuerpo de Cristo: Ni un solo hueso de ese cuerpo místico será jamás quebrantado. La verdadera Iglesia es la esposa de Cristo: Aquellos a los que Dios ha unido en un pacto eterno jamás serán separados. La verdadera Iglesia es el rebaño de Cristo: Cuando vino el león y tomó a un cordero del rebaño de David, este se levantó y libró al cordero de sus fauces. Cristo hará lo mismo. Él es el más grande hijo de David. No perecerá ni un solo cordero enfermo del rebaño de Cristo. En el último día dirá a su Padre: "A los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió". La verdadera Iglesia es el trigo de la Tierra: Quizá sea cribado, aventado, golpeado y sacudido de un lado a otro. Se quemará la paja y la cizaña. El trigo será guardado en el granero. La verdadera Iglesia es el ejército de Cristo El Capitán de nuestra salvación no pierde a ninguno de sus soldados. Sus planes nunca son frustrados. Nunca le faltan existencias. Pasa revista y están los mismos al final que al principio. ¡Cuántos hombres que partieron gallardos de Inglaterra hace unos años con destino a la guerra de Crimea no volvieron nunca! Los regimientos que salieron fuertes y alegres, acompañados de orquestas y banderines, dejaron su sangre en tierra extranjera y jamás volvieron a su país natal. Pero no sucede así en el ejército de Cristo. Al final no faltará ninguno de sus soldados. Él mismo declara: "No perecerán jamás".

El diablo puede mandar a la cárcel a algunos miembros de la verdadera Iglesia. Puede matar, quemar, torturar y ahorcar. Pero tras matar el cuerpo no puede hacer nada más. No puede dañar el alma. Cuando las tropas francesas tomaron Roma hace algunos años, encontraron las palabras de un prisionero en las paredes de una celda carcelaria perteneciente a la Inquisición. No sabemos quién era. Pero sus palabras son dignas de recordarse. Aun muerto sigue hablando. Había escrito en las paredes, muy probablemente tras un juicio injusto y tras haber sido excomulgado más injustamente aún, las siguientes palabras de un notable tenor: "Bendito Jesús, no pueden expulsarme de tu Iglesia verdadera". Esa inscripción es cierta. Ni todo el poder de Satanás puede expulsar a un solo creyente de la verdadera Iglesia de Cristo.

Los hijos de este mundo pueden librar una fiera batalla contra la Iglesia, pero no

pueden detener la obra de la conversión. Lo que dijo el despectivo emperador Juliano en los primeros tiempos de la Iglesia —“¿qué hace ahora el hijo del carpintero?”— recibió la respuesta de un cristiano anciano: “Está preparando el féretro para el propio Juliano”. Pasaron unos meses y Juliano, con toda su pompa y su poder, murió en una batalla. ¿Dónde estaba Cristo cuando se prendieron los fuegos de Smithfield y cuando Latimer y Ridley ardieron en la pira? ¿Qué estaba haciendo Cristo entonces? Seguía llevando a cabo su obra de edificación. Esa obra seguirá siempre, aun en tiempos difíciles.

No temas, querido hermano, empezar a servir a Cristo. Aquel al que entregas tu alma tiene todo el poder en el Cielo y en la Tierra y te guardará. Jamás te dejará desamparado. Puede que se oponga tu familia. Puede que tus vecinos se burlen. Puede que el mundo te calumnie y desprecie. ¡No temas! ¡No temas! Los poderes del Infierno no prevalecerán contra tu alma. Más fuerte es aquel que está a tu favor que todos los que están en tu contra.

No temas por la Iglesia de Cristo, hermano, cuando mueran ministros y se lleven a los santos. Cristo puede sostener su causa siempre y levantará estrellas mejores y más brillantes. Las estrellas están en su diestra. Desecha cualquier pensamiento de angustia con respecto al futuro. Deja de desanimarte por las medidas tomadas por los gobernantes o las maquinaciones de lobos disfrazados de ovejas. Cristo proveerá siempre para su Iglesia. Cristo se cuidará de que las puertas del Hades no prevalezcan contra ella. Todo va bien, aunque nuestros ojos no lo vean. Los reinos de este mundo se convertirán en reinos de nuestro Dios y de su Cristo.

Permítaseme ahora añadir unas breves palabras de aplicación práctica de este sermón. A muchos me dirijo por primera vez. A otros muchos, quizá, por última vez. Que este culto no termine sin un intento de que el sermón sea de provecho para cada corazón.

1. Mi primera aplicación vendrá en forma de pregunta. ¿Cuál es esa pregunta? ¿Con qué puedo dirigirme a ti? ¿Qué puedo preguntarte? Lo siguiente: ¿Eres miembro de la única Iglesia verdadera de Cristo? ¿Eres un fiel de la Iglesia a los ojos de Dios, en el mejor y más elevado sentido? Ya sabes a lo que me refiero. A algo muy por encima de la Iglesia de Inglaterra. Hablo de la Iglesia edificada sobre la roca. Te pregunto con toda solemnidad: ¿Eres miembro de esa única Iglesia de Cristo? ¿Estás unido al gran fundamento? ¿Has recibido el Espíritu Santo? ¿Da testimonio el Espíritu a tu espíritu de que eres uno con Cristo y de que Cristo está contigo? Te ruego, en el nombre de Dios, que tomes muy en serio esta pregunta y la ponderes bien.

Ten cuidado, querido hermano, si no puedes dar una respuesta satisfactoria a mi pregunta. Ten cuidado, ten cuidado de que no naufrague tu fe. Ten cuidado, no sea que las puertas del Hades prevalezcan contra ti, el diablo te reclame como suyo y seas rechazado para siempre. Ten cuidado, no sea que caigas al abismo desde la tierra de las biblias y bajo la plena luz del Evangelio de Cristo.

2. Mi segunda aplicación es una invitación. La dirijo a todos los que aún no son verdaderos creyentes. A ti te hablo: Ven y únete a la verdadera Iglesia sin dilación. Ven y únete al Señor Jesucristo en un pacto eterno que no se olvidará. Ven a Cristo y sé salvo. El día de la decisión debe llegar en algún momento. ¿Por qué no esta noche? ¿Por

qué no hoy, mientras siga siendo hoy? ¿Por qué no esta misma noche, antes que salga el Sol por la mañana? Ven a Él, a Aquel al que pertenezco y al que sirvo. Ven a mi Señor, a Jesucristo. Ven, te digo, porque todo está dispuesto. La misericordia está dispuesta para ti, los ángeles están dispuestos a regocijarse por ti, Cristo está dispuesto a recibirte. Cristo te recibirá alegremente y te dará la bienvenida entre sus hijos. Ven al Arca —el diluvio de la ira de Dios caerá pronto sobre la Tierra—, ven al Arca y ponte a salvo.

Ven al barco de salvamento. ¡El viejo mundo pronto se romperá en pedazos! ¿No oyes cómo tiembla? El mundo no es sino un buque naufragado apenas sobre un banco de arena. La noche está cerca, las olas comienzan a elevarse, los vientos se levantan, la tormenta destruirá pronto el viejo barco naufragado. Pero el barco de salvamento está de camino y nosotros, los ministros del Evangelio, te rogamos que entres en él y te salves.

¿Te preguntas cómo puedes hacerlo si tus pecados son tantos? ¿Te preguntas cómo puedes venir? Escucha las palabras de este bellissimo himno:

*Tal como soy, sin una sola excusa,
porque tu sangre diste en mi provecho,
porque me mandas que a tu seno vuele,
¡oh Cordero de Dios, acudo, vengo!*

Esa es la forma de ir a Cristo. Debes hacerlo sin esperar ni un momento, sin tardar. Debes ir como un pecador hambriento para ser saciado, como un pecador pobre para ser enriquecido, como un pecador malo e indigno para ser revestido de justicia. Si vas así, Cristo te recibirá. “Al que a mí viene —a Cristo—, no le echo fuera”. ¡Oh, ven, ven a Cristo!

3. En último lugar, permítanseme unas palabras para mis oyentes creyentes.

Vive una vida santa, hermano. Camina de una forma digna de la Iglesia a la que perteneces. Vive como un ciudadano del Cielo. Que tu luz brille ante los hombres para que el mundo se beneficie de tu conducta. Que sepan a quién perteneces y a quién sirves. Sé una carta de Cristo conocida y leída por todos los hombres; escrita con letras tan claras que nadie pueda decir: no sé si es un miembro de Cristo o no.

Vive una vida valiente, hermano. Confiesa a Cristo ante los hombres. No importa el lugar que ocupes, confiesa a Cristo en ese lugar. ¿Por qué habrías de avergonzarte de Él? Él no se avergonzó de ti en la Cruz. Está dispuesto a confesarte ahora ante su Padre en el Cielo. ¿Por qué habrías de avergonzarte de Él? Sé valiente. Sé muy valiente. El buen soldado no se avergüenza de su uniforme. El verdadero creyente no debiera avergonzarse nunca de Cristo.

Vive una vida gozosa, hermano. Vive como alguien que mira hacia esa bendita esperanza: la Segunda Venida de Cristo. Ese es el porvenir que todos debiéramos aguardar. Lo que debe ocupar nuestras mentes no es tanto el pensamiento de ir al Cielo como el de que el Cielo viene a nosotros. Se acercan buenos tiempos para todo el pueblo de Dios, buenos tiempos para toda la Iglesia de Cristo; malos tiempos para los

impenitentes y los incrédulos, malos tiempos para todos los que sirven a sus propios deseos y dan la espalda al Señor; pero buenos tiempos para los verdaderos cristianos. Esperemos, aguardemos y oremos por esos buenos tiempos.

Pronto se retirará el andamio, pronto se depositará la última piedra, la piedra que corona el edificio. Solo un poco, y toda la belleza del edificio quedará a la vista.

El gran Constructor vendrá pronto en persona. Se mostrará un edificio a la asamblea del mundo donde no habrá imperfección. El Salvador y los salvados se regocijarán juntos. Todo el universo reconocerá que, en el edificio de la Iglesia de Cristo, todo se hizo bien.

Capítulo 2

Sin falsificar la Palabra

“Pues no somos como muchos, que medran falsificando la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo”

(2 Corintios 2:17).

No es cosa banal hablar a una congregación de almas inmortales acerca de las cosas de Dios. Pero la responsabilidad más importante de todas es hablar a un grupo de ministros como el que veo ante mí en estos momentos. Atraviesa mi mente la terrible sensación de que una sola palabra equivocada que arraigue en algún corazón y fructifique en el futuro desde algún púlpito puede ocasionar daños cuyo alcance desconocemos.

Pero hay ocasiones en que la verdadera humildad se ve no tanto en las confesiones de nuestra debilidad en alta voz como al olvidarnos de nosotros por completo. Deseo olvidar mi ego en esta ocasión al dirigir mi atención a esta porción de la Escritura. Si no digo mucho acerca de mi sentimiento personal de insuficiencia, hazme el favor de creer que no es porque no lo tenga.

La expresión griega que se traduce como “falsificando” deriva de una palabra cuya etimología no halla consenso entre los lexicógrafos. Se refiere o bien a un comerciante que no lleva su negocio con honradez o a un vinatero que adultera el vino que pone a la venta. Tyndale la traduce como: “No somos de aquellos que mutilan y modifican la Palabra de Dios”. En la versión *Rhemish* leemos: “No somos como muchos, que adulteran la Palabra de Dios”. En la Versión Autorizada inglesa, al margen, leemos: “No somos como muchos, que utilizan con engaño la Palabra de Dios”.

En la construcción de la frase, el Espíritu Santo inspiró a S. Pablo para que declarara la verdad de forma negativa y positiva. Este tipo de construcción añade claridad al

sentido de las palabras y las hace inequívocas, además de intensificar y fortalecer la aseveración que contienen. Se dan casos de construcciones similares en otros tres pasajes extraordinarios de la Escritura, dos en referencia a la cuestión del bautismo y uno con respecto a la cuestión del nuevo nacimiento (cf. Juan 1:13; 1 Pedro 1:23; 1 Pedro 3:21). Se hallará, pues, que el texto contiene lecciones tanto positivas como negativas para la instrucción de los ministros de Cristo. Unas cosas debemos evitarlas. Otras cosas debemos seguirlas.

La primera de las lecciones negativas es una clara advertencia contra la falsificación o la utilización engañosa de la Palabra de Dios. El Apóstol dice que “muchos” lo hacen, señalando que aun en su época había algunos que no trataban la verdad de Dios con honradez y fidelidad. Aquí tenemos una respuesta contundente para aquellos que afirman que la Iglesia primitiva era de una pureza sin adulterar. El misterio de la iniquidad había comenzado ya a obrar. La lección que se nos enseña es que debemos cuidarnos de cualquier aseveración falsa de esa Palabra de Dios que se nos ha encargado predicar. No debemos añadirle nada. Tampoco debemos quitar nada.

Ahora bien, ¿cuándo se puede decir de nosotros que falsificamos la Palabra de Dios en la actualidad? ¿Cuáles son las rocas y bancos de arena que debemos esquivar si no queremos formar parte de los “muchos” que manipulan engañosamente la verdad de Dios? Pueden ser de utilidad unas cuantas indicaciones en cuanto a esto.

Falsificamos la Palabra de Dios de la forma más peligrosa cuando arrojamos cualquier sombra de duda sobre la inspiración plenaria de una parte de la Santa Escritura. Eso no es corromper meramente el vaso, sino toda la fuente. Eso no es meramente corromper el cubo del agua viva que declaramos presentar a nuestro pueblo, sino envenenar todo el pozo. Una vez equivocados en este punto, está en peligro toda la esencia de nuestra religión. Es una fisura en el fundamento. Es un gusano en la raíz de nuestra teología. Una vez que permitimos que ese gusano ataque la raíz, no debe sorprendernos que las ramas, las hojas y el fruto empiecen a decaer poco a poco. Soy muy consciente de que toda la cuestión de la inspiración está rodeada de dificultades. Lo único que quiero decir es que, en mi humilde opinión, a pesar de ciertas dificultades que no podemos resolver por ahora, la única postura segura y sostenible que podemos adoptar es esta: que cada capítulo, cada versículo y cada palabra de la Biblia han sido “[inspirados] por Dios”. Jamás debíamos abandonar ningún principio teológico, como tampoco lo hacemos con los principios científicos, a causa de las aparentes dificultades que no podemos eliminar en la actualidad.

Permítaseme mencionar una analogía de este importante axioma. Aquellos que están familiarizados con la astronomía saben que antes del descubrimiento de Neptuno había dificultades que preocupaban mucho a la mayoría de los astrónomos científicos con respecto a ciertas aberraciones del planeta Urano. Esas aberraciones confundían las mentes de los astrónomos y algunos de ellos indicaron que quizá podrían demostrar que el sistema newtoniano no era cierto. Pero, por aquella época, un conocido astrónomo francés llamado Leverrier leyó ante la Academia de la Ciencia un artículo en el que establecía el gran axioma de que no convenía a un científico renunciar a un principio a causa de las dificultades que no podían explicarse. Decía en concreto: “No

podemos explicar las aberraciones de Urano por ahora; pero estamos seguros de que tarde o temprano se demostrará que el sistema newtoniano es correcto. Quizá se descubra algo un día que demuestre que estas aberraciones son explicables a la vez que el sistema newtoniano sigue siendo cierto y permanece inalterado”. Unos años después, los angustiados ojos de los astrónomos descubrieron el último gran planeta: Neptuno. Se demostró que este planeta era la verdadera causa de todas las aberraciones de Urano, y lo que el astrónomo francés había establecido como un principio científico se verificó como algo sabio y cierto. La aplicación de la anécdota es obvia. Tengamos cuidado de no renunciar a ningún principio teológico básico. No renunciemos al gran principio de la inspiración plenaria debido a las dificultades que se planteen. Quizá llegue el día en que estas se resuelvan. Mientras tanto, podemos estar seguros de que las dificultades a las que se enfrenta cualquier otra teoría son diez veces mayores que aquellas a la que se enfrenta la nuestra.

En segundo lugar, falsificamos la Palabra de Dios cuando planteamos afirmaciones doctrinales equivocadas. Esto lo hacemos al añadir a la Biblia las opiniones de la Iglesia o de los Padres como si tuvieran la misma autoridad. Lo hacemos cuando sustraemos cosas de la Biblia a fin de complacer a los hombres o cuando, por un sentimiento de falsa liberalidad, evitamos cualquier afirmación que suene radical, dura o estrecha. Lo hacemos al intentar suavizar cualquier cosa que se enseñe con respecto al castigo eterno o a la realidad del Infierno. Lo hacemos cuando proponemos doctrinas de forma desproporcionada. Todos tenemos doctrinas favoritas y nuestras mentes están constituidas de tal forma que es difícil ver una verdad claramente sin olvidar que existen otras verdades igualmente importantes. No debemos olvidar la exhortación de Pablo a ministrar “conforme a la medida de la fe”. Lo hacemos cuando exhibimos un deseo excesivo de encubrir, defender y matizar doctrinas como la justificación por la fe sin las obras de la Ley por miedo a las acusaciones de antinomianismo; o cuando huimos de afirmaciones acerca de la santidad por miedo a que se nos considere legalistas. No lo hacemos menos cuando eludimos utilizar el lenguaje bíblico al mencionar las doctrinas. Tendemos a relegar expresiones como “nuevo nacimiento”, “elección”, “adopción”, “conversión”, “seguridad” y a utilizar circunloquios, como si nos avergonzáramos del lenguaje claro de la Biblia. No puedo extenderme en estas afirmaciones por falta de tiempo. Me doy por satisfecho con mencionarlas y dejarlas para tu reflexión personal.

En tercer lugar, falsificamos la Palabra de Dios cuando la aplicamos de forma equivocada. Lo hacemos al no discriminar entre clases en nuestras congregaciones, cuando nos dirigimos a todos como poseedores de la gracia en razón de su bautismo o su pertenencia a la iglesia y no trazamos una línea entre los que tienen el Espíritu y los que no. ¿No somos propensos a relegar los llamamientos claros a los inconversos? Cuando tenemos a 800 ó 2000 personas ante nuestro púlpito y sabemos que una gran proporción de ellas son inconversas, ¿no tendemos a decir “si hay alguno que no conozca las cosas necesarias para su paz eterna...”, cuando más bien debiéramos decir “si hay alguno que no tenga la gracia de Dios en él...”? ¿Y no corremos el peligro de manejar defectuosamente la Palabra en nuestras exhortaciones prácticas al no dejar

claro lo que dice la Biblia a las diversas clases que forman parte de nuestra congregación? Hablamos claramente a los pobres; ¿pero hablamos también claramente a los ricos? ¿Hablamos claramente al dirigirnos a las clases altas? Este es un punto respecto al cual me temo que necesitamos examinar nuestras conciencias.

Pasemos ahora a las lecciones positivas que contiene el texto: “Sino que con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo”. Bastará con unas cuantas palabras respecto a cada apartado.

Deberíamos tener el propósito de hablar “con sinceridad” —sinceridad de propósito, de corazón y de motivaciones—; de hablar como quienes están profundamente convencidos de la verdad de lo que dicen, como quienes tienen fuertes sentimientos y un amor tierno hacia aquellos a quienes nos dirigimos.

Deberíamos tener el propósito de hablar “como de parte de Dios”. Deberíamos intentar sentirnos como hombres a los que se ha encargado hablar en nombre de Dios y en su lugar. En nuestro pavor a caer en el romanismo, con demasiada frecuencia olvidamos el lenguaje del Apóstol: “Honro mi ministerio”. Olvidamos cuán grande es la responsabilidad del ministro del Nuevo Pacto y lo terrible que es el pecado de aquellos que, cuando un verdadero ministro de Cristo se dirige a ellos, se niegan a recibir su mensaje y endurecen sus corazones contra Él.

Deberíamos tener el propósito de hablar “delante de Dios”. No debemos preguntarnos a nosotros mismos qué habrá pensado la gente de mí, sino cómo me habrá visto Dios. Latimer recibió en cierta ocasión el llamamiento a predicar ante Enrique VIII y comenzó su sermón de la siguiente forma. (Lo cito de memoria, no pretendo tener una precisión literal): “¡Latimer! ¡Latimer! ¿Recuerdas que estás hablando ante el excelso y poderoso rey Enrique VIII; ante aquel que tiene poder para enviarte a prisión, ante aquel que puede ordenar que te decapiten si así le place? ¿Tendrás cuidado de no decir nada que ofenda a sus regios oídos?”. Entonces, tras una pausa, prosiguió: “¡Latimer! ¡Latimer! ¿No recuerdas que estás hablando ante el Rey de reyes y Señor de señores, ante Aquel al que deberá presentarse Enrique VIII; ante Aquel al que tú mismo tendrás que rendir cuentas un día? ¡Latimer! ¡Latimer! Sé fiel al Señor y declara toda la Palabra de Dios”. ¡Oh!, que este sea el espíritu con que nos retiremos siempre de nuestros púlpitos: no preocupándonos de si los hombres quedan satisfechos o descontentos, no preocupándonos de si los hombres dicen que hemos sido elocuentes o débiles; sino con el testimonio de nuestra conciencia de que hemos hablado como delante de Dios.

Por último, deberíamos tener el propósito de hablar “en Cristo”. El significado de esta frase no está claro. Grotius dice lo siguiente: “Debemos hablar en su nombre, como embajadores”. Pero Grotius tiene poca autoridad. Beza dice: “Debemos hablar acerca de Cristo, con respecto a Cristo”. Esto es buena doctrina, pero difícilmente el significado de las palabras. Otros dicen: debemos hablar como unidos a Cristo, como aquellos que han recibido la misericordia de Cristo y cuyo único derecho a dirigirse a los demás procede de Cristo. Otros dicen: debemos hablar como a través de Cristo, con la fortaleza de Cristo. Quizá este sea el mejor sentido. La expresión en el griego corresponde exactamente a la de Filipenses 4:13: “Todo lo puedo en Cristo que me

fortalece”. No importa el significado que atribuyamos a estas palabras, hay una cosa clara: debemos hablar en Cristo, como quienes han recibido misericordia, como quienes no desean exaltarse a sí mismos sino al Salvador y como quienes no se preocupan por lo que puedan decir los hombres con tal que Cristo sea magnificado en sus ministerios.

En resumen, todos deberíamos preguntarnos: ¿Manejamos alguna vez engañosamente la Palabra de Dios? ¿Comprendemos lo que es hablar como de parte de Dios, delante de Dios y en Cristo? Permítaseme plantear ante todos una pregunta escrutadora. ¿Hay algún texto en la Palabra de Dios que rehuimos exponer? ¿Hay alguna afirmación en la Biblia de la que evitamos hablar a nuestra congregación no porque no la entendamos, sino porque contradice alguna idea que nos gusta con respecto a lo que es la Verdad? Si es así, preguntemos a nuestras conciencias si estamos manejando la Palabra de Dios engañosamente.

¿Hay algo en la Biblia que releguemos por temor a sonar duros y a ofender a parte de nuestra audiencia? ¿Hay alguna afirmación, ya sea doctrinal o práctica, que mutilemos o desmembremos? Si es así, ¿estamos tratando con honradez la Palabra de Dios?

Oremos para ser guardados de falsificar la Palabra de Dios. Que ni el temor al hombre ni su favor nos induzcan a relegar, evitar, cambiar, mutilar o matizar texto alguno de la Biblia. Sin duda, cuando hablamos como embajadores de Dios, debemos hacerlo con santo denuedo. No tenemos motivo alguno para avergonzarnos de cualquier afirmación que hagamos desde nuestros púlpitos siempre que sea conforme a la Escritura. A menudo he pensado que uno de los grandes secretos del maravilloso honor que Dios ha puesto sobre un hombre que no se encuentra en nuestra denominación (me refiero al Sr. Spurgeon) es la extraordinaria valentía y confianza con que habla desde el púlpito a las personas de sus pecados y de sus almas. No se puede decir que lo haga por miedo a alguien o por complacer a alguien. Parece dar lo que le corresponde a cada clase de oyente: al rico y al pobre, al de clase elevada y al de clase baja, al noble y al campesino, al erudito y al analfabeto. Trata a cada uno con claridad, según la Palabra de Dios. Creo que esa misma valentía tiene mucho que ver con el éxito que a Dios le ha complacido dar a su ministerio. No nos avergoncemos de aprender una lección de él en este aspecto. Vayamos y hagamos lo mismo.

Capítulo 3

“Ocúpate en estas cosas”

“Ocúpate en estas cosas”

(1 Timoteo 4:15).

Cuando el Apóstol dice “ocúpate en estas cosas”, parece referirse a las “cosas” de las que ha estado hablando en los versículos anteriores que comienzan con las palabras “sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza”.

Tenemos aquí un listón para todos los ministros del Nuevo Testamento ante el que todos debemos sentir que nos quedamos cortos. Sin embargo, dice un viejo dicho: “Es más probable que aquel que apunta más alto acierte más alto; y el que dispara a la Luna disparará más lejos que aquel que dispara al arbusto”.

Me parece como si el Apóstol estuviera indicando que el ministro debe ser hombre de una sola cosa: en sus propias palabras, un “hombre de Dios”. Oímos hablar de hombres de negocios, de hombres que son monitores de tiempo libre, de hombres de ciencia. El propósito del ministro debiera ser el de ser “un hombre de Dios”; o, por utilizar una frase empleada en algunos países paganos, “el hombre de Jesucristo”. A veces se utiliza una expresión en referencia al Ejército que podemos aplicar a los soldados del Gran Capitán de nuestra salvación. De algunos hombres se dice que son “soldados de salón” o “caballeros de sociedad”. Se dice de ellos que han entrado en el Ejército por el uniforme y no por otra razón. Pero hay muchos de los que la opinión pública dice que tal hombre es “soldado hasta la médula”. Esta debería ser la meta a poner ante nosotros; deberíamos querer ser “ministros de Jesucristo hasta la médula”. Deberíamos tener la meta de ser siempre los mismos hombres en toda posición y ocasión, en todo lugar; no solamente el domingo, sino también durante la semana; no meramente en el púlpito, sino en todas partes: en el salón de los ricos, junto al fuego de nuestro hogar y en la chabola del pobre. Hay algunos de quienes sus congregaciones dicen que, cuando están en el púlpito, no desean que lo dejen nunca, y cuando se van desean que no vuelvan jamás. ¡Que Dios nos otorgue la gracia para grabar esto en nuestros corazones! Que busquemos vivir de tal modo, predicar de tal modo, trabajar de tal modo, entregarnos tan plenamente a la tarea de nuestro llamamiento que jamás se haga de nosotros este agrio comentario. Nuestra profesión es muy especial. Otros tienen épocas de relajación cuando pueden dejar a un lado su trabajo. Un ministro fiel de Jesucristo jamás puede hacerlo. Una vez en el cargo, no puede abandonarlo nunca. En su hogar, fuera, cuando está descansando o cuando va a la playa debe llevar siempre su trabajo con él. Un importante abogado podría decir a su toga: “Ahí te quedas, jefe de la administración de justicia”. Esa no debiera ser nunca la mentalidad del ministro de Cristo.

Hay algunas cosas que la elevada exigencia de este texto indica que es necesario seguir y practicar.

En primer lugar, exige una completa devoción a la gran obra para la que uno ha sido ordenado. Cuando el Salvador ordenó a cierta persona seguirle, este respondió: “Déjame que primero vaya y entierre a mi padre”; pero entonces llegó aquella solemne sentencia: “Deja que los muertos entierren a sus muertos; y tú ve, y anuncia el reino de Dios”. “Déjame que me despida primero de los que están en mi casa”, dijo otro; y

escuchó esta extraordinaria respuesta: “Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios”. “A nadie saludéis por el camino”, fue el mandato de Cristo a los setenta discípulos. Ciertamente, estas expresiones escriturarias nos enseñan que en todo lo que hagamos en nuestro ministerio debemos tener un nivel muy alto. Debemos esforzarnos por ser hombres de una sola cosa, siendo esa cosa la obra de Jesucristo.

En segundo lugar, exige una profunda separación de las cosas del mundo. Considero de la mayor importancia conservar el trabajo pastoral, en la medida en que podamos, separado y diferenciado de todo lo secular. Confío en que cada año oigamos hablar de menos ministros del Evangelio que sean magistrados y cada vez de menos ministros que participen en ferias agrícolas y ganen premios por tener el cerdo más gordo, el toro castrado de mayor tamaño y grandes cosechas de nabos. No hay sucesión apostólica alguna en semejantes ocupaciones. Ni es esto todo. Debiéramos estar apartados de los placeres del mundo tanto como de sus trabajos. Hay muchas diversiones inocentes y ordinarias para los que el ministro de Cristo no debiera tener tiempo. Debiera decir: “No me sobra tiempo para estas cosas. Estoy haciendo una gran obra y no puedo permitírmelo”.

En tercer lugar, exige una celosa vigilancia de nuestra conducta social. No debiéramos estar haciendo siempre llamadas de cortesía y comiendo fuera como hacen otros. No vale decir que nuestro Señor fue a un banquete de bodas y se sentó y comió en casa del fariseo y que, por tanto, podemos hacer lo mismo. Mi respuesta es solo esta: Vayamos en su Espíritu, con su fidelidad y valentía, a hablar oportunamente y a dar un giro a la conversación para que resulte beneficiosa y entonces, sin duda, podemos ir. A menos que hagamos esto, debiéramos tener cuidado de adónde vamos y dónde pasamos nuestras noches. Hay una original frase de John Wesley a sus ministros citada por Cecil que encierra una gran verdad. “No intenten que se les considere caballeros, son ustedes tan caballeros como maestros de baile”. Nuestra meta no debiera ser que nos consideren personas agradables sentadas a la mesa, sino que se nos conozca en todas partes como ministros fieles y coherentes de Jesucristo.

En cuarto lugar, exige redimir el tiempo con diligencia. Deberíamos dedicar tiempo a la lectura cada día de nuestra vida. Deberíamos esforzarnos por relacionar toda nuestra lectura con nuestro trabajo. Deberíamos mantener los ojos siempre bien abiertos, buscando continuamente material para nuestros sermones mientras viajamos, sentados junto a la chimenea, en el andén de la estación ferroviaria. Deberíamos tener siempre en mente la tarea de nuestro Señor, observando, anotando, buscando, reuniendo lo que pueda arrojar nueva luz sobre nuestro trabajo y capacitarnos para exponer la Verdad de una forma más clara. Aquel que busca algo que aprender siempre podrá aprender algo.

Tras indicar estas cosas deseo plantear la siguiente pregunta: ¿Cuáles serán las consecuencias de ocuparnos en estas cosas? Recuerda, no recibiremos la alabanza de los hombres. Se nos considerará extremistas, ascetas y excesivamente virtuosos. Aquellos que quieren servir a Dios y a *mamón* al mismo tiempo pensarán que ponemos el nivel demasiado alto, que exigimos demasiado. Dirán que estamos yendo demasiado

lejos y demasiado rápido para el mundo en que vivimos. ¡Que no nos preocupe nunca lo que digan los hombres de nosotros mientras caminemos en la luz de la Palabra de Dios! ¡Esforcémonos y oremos para ser completamente independientes de la opinión humana e indiferentes a ella con tal de agradar a Dios! Recordemos la advertencia pronunciada por nuestro Señor cuando dijo: “¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!” y las palabras de Pablo: “Si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo”.

Pero aunque “ocupándonos en estas cosas” no nos ganemos las alabanzas de los hombres, serviremos al mucho más importante fin de ser útiles para las almas. Reconozco plenamente la doctrina de la soberanía de Dios en la salvación de los hombres. Reconozco que aquellos que mejor predicán y más cerca viven de Dios no siempre han sido honrados en sus vidas con la salvación de muchas almas. Pero aun así, el hombre que más completa y absolutamente es hombre de Jesucristo —un hombre de una sola cosa, que vive los domingos y el resto de la semana, en todas partes, en su hogar y fuera de él, como alguien cuyo único empeño es entregarse a la obra de Jesucristo— será el hombre, el ministro, que generalmente hará más bien a largo plazo. Aquí se puede aplicar el caso del Sr. Simeon. Todos sabemos que fue perseguido cuando comenzó a dar testimonio de Cristo en Cambridge. Sabemos que hubo muchos allí que no le dirigían la palabra y cómo sufrió escarnio constantemente. Pero sabemos que siguió perseverando en su trabajo y que, cuando murió, todo Cambridge le honró, incluidos los directores, sus compañeros y los hombres que se habían burlado de él en vida. Dieron testimonio de que la vida que había vivido había producido su efecto y que habían visto y sabido que Dios estaba con él. Una vez vi en Dundee a una mujer que había tenido mucho trato con aquel hombre piadoso llamado Robert M’Cheyne. Me dijo que los que leían sus cartas y sus sermones tenían una idea muy vaga de lo que era, y añadió: “Aunque hayas leído todas sus obras, simplemente no sabes nada de él. Tienes que haber visto a aquel hombre, haberle escuchado y haber estado en su compañía para saber el hombre de Dios que era”.

Más aún, ocuparnos en estas cosas traerá paz y felicidad a nuestras conciencias. Hablo ahora a amigos y no a personas mundanas entre las cuales debería limitar, explicar y matizar a lo que me refiero. Los que están ante mí no sospecharán que estoy defendiendo la justificación por las obras. Hablo de una buena conciencia como la que menciona el Apóstol: “Confiamos en que tenemos buena conciencia” (Hebreos 13:18). Tener esta buena conciencia va claramente unido a tener metas elevadas, motivos elevados, un patrón elevado para nuestra vida y práctica ministerial. Estoy completamente seguro de que, cuanto más nos ocupemos en la obra del ministerio, disfrutaremos de una felicidad interior más grande, de mayor sensación de la luz del rostro de Dios.

Se trata de una cuestión que nos humilla profundamente. ¿Quién no siente una profunda carencia, que es totalmente improductivo, que está muy lejos de ese nivel tan elevado? ¡Cuánto motivo tenemos, habiendo recibido misericordia, para no desfallecer! ¡Cuánto motivo tenemos, habiendo sido librados por la longanimidad de Dios, para abundar en la obra del Señor y entregarnos por completo a nuestra tarea! El gran

secreto es mirar siempre a Jesús y vivir una vida de íntima comunión con Él. Una vez vi en Cambridge un retrato de Henry Martin legado por el Sr. Simeon a la biblioteca pública. Un amigo me informó de que el retrato solía estar colgado en la habitación del Sr. Simeon y que, cuando pensaba en ceder en la obra del ministerio, solía ponerse ante él y decir: “Parece como si me dijera: Charles Simeon, no cedas, no cedas; Charles Simeon, recuerda a quién perteneces y a quién sirves”. Y entonces aquel personaje, con su peculiaridad, se inclinaba respetuosamente y decía: “No cederé, no cederé, no lo olvidaré”.

Miremos, en conclusión, a un patrón infinitamente más elevado que cualquier hombre, ya sea Martyn, M’Cheyne o cualquier otro. ¡Miremos al Pastor supremo, al gran patrón en cuyas pisadas hemos de caminar! ¡Moremos en Él y no cedamos jamás! Sigamos en nuestro camino mirando a Jesús, apartándonos del mundo, de sus placeres y sus necesidades; sin preocuparnos por la desaprobación del mundo y sin que nos afecten sus sonrisas, ¡aguardando aquel día en que el gran Pastor dará la corona incorruptible de gloria a los que han llevado a cabo su obra y predicado su Evangelio! Cuanto más tengamos en mente a Cristo, más entenderemos lo que es “[ocuparnos] en estas cosas”.

Capítulo 4

Fariseos y saduceos

“Y Jesús les dijo: Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos”

(Mateo 16:6).

Cada palabra pronunciada por el Señor Jesús está repleta de profunda enseñanza para los cristianos. Es la voz del Pastor supremo. Es el Cabeza de la Iglesia dirigiéndose a todos sus miembros, el Rey de reyes hablando a sus súbditos, el Señor de la casa hablando a sus siervos, el Capitán de nuestra salvación hablando a sus soldados. Por encima de todo, es la voz de Aquel que dijo: “Yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar” (Juan 12:49). El corazón de todo creyente debiera arder en su interior cuando oye las palabras de su Señor, debiera decir: “¡La voz de mi amado!” (Cantares 2:8).

Y cualquier palabra pronunciada por el Señor Jesús es de gran valor. Preciosas como el oro son todas sus palabras de doctrina y preceptos; preciosas son todas sus palabras de consuelo y ánimo; no menos preciosas son todas sus palabras de advertencia y aviso. No debemos escucharle solamente cuando dice: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados”; también debemos escucharle cuando dice: “Mirad, guardaos”.

Voy a centrar mi atención en una de las más solemnes y enérgicas advertencias que profirió el Señor Jesús: “Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos”. Sobre este texto quiero erigir un faro para todos aquellos que deseen ser salvos y para proteger a algunas almas, si es posible, del naufragio. Los tiempos exigen grandemente faros como este: los naufragios espirituales de los últimos veinticinco años han sido lamentablemente numerosos. Los guardianes de la Iglesia deben hablar claramente ahora o callar para siempre.

I. Antes que nada pediría a mis lectores que observen *a quién se dirige la advertencia del texto*.

Nuestro Señor Jesucristo no estaba hablando a hombres mundanos, impíos y sin santificar, sino a sus propios discípulos, compañeros y amigos. Se dirigía a hombres que, a excepción del apóstata Judas Iscariote, eran limpios de corazón a los ojos de Dios. Hablaba a los Doce Apóstoles, a los primeros fundadores de la Iglesia de Cristo y los primeros ministros de la Palabra de salvación. Y, sin embargo, aun a ellos les dirigió la solemne advertencia de nuestro texto: “Mirad, guardaos”.

Hay algo extraordinario con respecto a este hecho. Podríamos pensar que los Apóstoles no tenían gran necesidad de este tipo de advertencias. ¿No habían renunciado a todo por amor a Cristo? Lo habían hecho. ¿No habían soportado la aflicción por amor a Cristo? Lo habían hecho. ¿No habían creído en Jesús, seguido a Jesús y amado a Jesús cuando casi todo el mundo era incrédulo? Todas estas cosas son ciertas; y, sin embargo, era a ellos a quienes iba dirigida la advertencia: “Mirad, guardaos”. Podríamos pensar que, en cualquier caso, los discípulos no tenían mucho que temer de “la levadura de los fariseos y de los saduceos”. Eran hombres pobres y sin educación, la mayoría de ellos pescadores o publicanos; no tenían inclinaciones a favor de los fariseos y los saduceos; eran más propensos a sentir prejuicios contra ellos que a sentir algún tipo de atracción hacia ellos. Todo esto es perfectamente cierto; y, sin embargo, es a ellos a quienes va dirigida esta solemne advertencia: “Mirad, guardaos”.

Hay un útil consejo aquí para todos aquellos que profesamos amar al Señor Jesucristo con sinceridad. Nos dice alto y claro que los más eminentes siervos de Cristo no escapan a la necesidad de avisos y deben estar siempre en guardia. Nos muestra claramente que los creyentes más santos deben andar humildemente con este Dios y velar y orar para no caer en tentación y ser hallados en falta. Nadie es tan santo como para no caer; no definitivamente, no desesperadamente, sino para su propio malestar y para escándalo de la Iglesia y triunfo del mundo; nadie es tan fuerte como para no ser vencido durante un tiempo. Aun siendo elegidos por Dios el Padre, aun siendo justificados por la sangre y la justicia de Jesucristo, aun siendo santificados por el Espíritu Santo, los creyentes siguen siendo solo hombres: siguen estando en el cuerpo y en el mundo. Siempre están cerca de la tentación: siempre son susceptibles de errar, tanto en su doctrina como en su práctica. Sus corazones, aunque renovados, son muy débiles; su entendimiento, aunque iluminado, sigue embotado. Deben vivir como aquellos que viven en territorio enemigo y ponerse cada día la armadura de Dios. El diablo es muy activo: nunca duerme ni descansa. Recordemos las caídas de Noé,

Abraham y Lot, Moisés, David y Pedro; y, al recordarlos, seamos humildes y tengamos cuidado de no caer.

Permítaseme decir que nadie necesita más las advertencias que los ministros del Evangelio de Cristo. Nuestro ministerio y nuestra ordenación no son garantía contra los errores y las equivocaciones. Tristemente, es muy cierto que las mayores herejías se han infiltrado en la Iglesia de Cristo por medio de hombres ordenados. Ni la ordenación episcopal, ni la ordenación presbiteriana ni cualquier otra ordenación confieren inmunidad alguna contra el error y la falsa doctrina. Nuestra misma familiaridad con el Evangelio engendra a menudo en nosotros un endurecimiento de nuestras mentes. Tendemos a leer las Escrituras, a predicar la Palabra y a dirigir la adoración pública y llevar el culto a Dios con un espíritu aburrido, endurecido, formal e insensible. Es muy probable que, a menos que vigilemos nuestros corazones, nuestra misma familiaridad con las cosas sagradas nos extravíe. “No hay otro lugar —dice un antiguo escritor— donde el alma de un hombre corra más peligro que en la labor sacerdotal”. La historia de la Iglesia de Cristo contiene muchas tristes demostraciones de que los más distinguidos ministros pueden desviarse durante un tiempo. ¿Quién no ha oído hablar del arzobispo Cranmer retractándose y echándose atrás con respecto a esas opiniones que tan resueltamente había defendido aunque, por la gracia de Dios, volviera finalmente a dar testimonio en una gloriosa confesión? ¿Quién no ha oído hablar del obispo Jewell firmando documentos que desaprobaba profundamente y cuya firma lamentó amargamente después? ¿Quién no sabe que se podría citar a muchos otros que, en alguna ocasión u otra, han incurrido en errores y se han desviado? ¿Y quién no conoce el triste hecho de que muchos de ellos jamás volvieron a la Verdad, sino que murieron con sus corazones endurecidos y permanecieron en sus errores hasta el fin?

Estas cosas debieran volvernos humildes y cautos. Nos dicen que desconfiemos de nuestros propios corazones y oremos para que se nos guarde de caer. En estos días, cuando se nos llama especialmente a aferrarnos firmemente a las doctrinas de la Reforma protestante, tengamos cuidado de que nuestro celo por el protestantismo no nos infle y nos vuelva orgullosos. Jamás digamos envanecidos: “Nunca caeré en el papismo o el modernismo”; esas ideas jamás tendrán nada que ver conmigo”. Recordemos que muchos comenzaron bien y siguieron bien durante un tiempo y, sin embargo, después se desviaron del camino verdadero. Tengamos cuidado de ser hombres espirituales además de protestantes, y verdaderos amigos de Cristo además de enemigos del Anticristo. Oremos para que se nos guarde del error y no olvidemos que los Doce Apóstoles mismos fueron los hombres a los que Aquel que es Cabeza de la Iglesia dirigió estas palabras: “Mirad, guardaos”.

II. En segundo lugar me propongo explicar *cuáles eran esos errores de los que nuestro Señor advirtió a los Apóstoles*. “Mirad —dice—, guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos”.

El peligro del que les previene es la falsa doctrina. No dice nada acerca de la espada de la persecución, de un quebrantamiento abierto de los Diez Mandamientos o del amor al dinero o al placer. Todas estas cosas eran sin duda peligros y trampas a los que

las almas de los Apóstoles estaban expuestas; pero aquí nuestro Señor no pronuncia advertencia alguna contra ellas. Su advertencia se restringe a una sola cosa: “La levadura de los fariseos y de los saduceos”. No se nos deja a nuestra merced para que conjeturemos con respecto a lo que quería decir nuestro Señor con la palabra “levadura”. El Espíritu Santo, unos pocos versículos después del texto al que estoy haciendo referencia, nos dice claramente que la levadura se refiere a la “doctrina” de los fariseos y saduceos.

Intentemos comprender lo que queremos decir cuando hablamos de la “doctrina de los fariseos y de los saduceos”.

a) La doctrina de los fariseos se puede resumir en tres palabras: eran formalistas, adoraban según la tradición y se justificaban a sí mismos. Atribuían tal peso a las tradiciones de los hombres que prácticamente las consideraban de mayor importancia que los escritos inspirados del Antiguo Testamento. Se valoraban a sí mismos según una excesiva rigurosidad en su atención a todas las exigencias ceremoniales de la Ley mosaica. Tenían en gran estima el ser descendientes de Abraham y en sus corazones se decían: “Tenemos a Abraham por padre”. Pensaban que, debido a que tenían a Abraham por padre, no corrían el riesgo de ir al Infierno como otros hombres y que descender de él era una especie de acreditación para entrar en el Cielo. Atribuían gran valor a las abluciones y purificaciones ceremoniales del cuerpo y creían que el hecho mismo de tocar el cuerpo muerto de una mosca o un mosquito les contaminaría. Cumplían con gran pompa lo externo de la religión y las cosas que podían ser vistas por los hombres. Ensanchaban sus filacterias y extendían los flecos de sus mantos. Se enorgullecían de honrar a los santos muertos y de adornar las sepulturas de los justos. Eran celosos de ganar prosélitos. Tenían un gran concepto del poder, el rango y la preeminencia y de que los hombres les llamaran: “*Rabí, rabí*”. Los fariseos hacían estas cosas y muchas otras semejantes. Cualquier cristiano instruido encontrará estas cosas en los Evangelios según S. Mateo y S. Marcos (cf. Mateo 15 y 23; Marcos 7).

Al mismo tiempo, recordémoslo, no rechazaban formalmente ninguna parte del Antiguo Testamento. Pero introducían y añadían tanta inventiva humana que llegaban a dejar la Escritura a un lado y a enterrarla bajo sus propias tradiciones. Esta es la clase de religión de la que nuestro Señor dice a los Apóstoles: “Mirad, guardaos”.

b) La doctrina de los saduceos, por otro lado, se puede resumir en tres palabras: libertad ideológica, escepticismo y racionalismo. Su credo era mucho menos popular que el de los fariseos y, por tanto, hallamos que se les menciona menos en las Escrituras del Nuevo Testamento. Por lo que podemos deducir a partir del Nuevo Testamento, parece que sostenían la doctrina de los diversos grados de inspiración; en cualquier caso, atribuían un gran valor al Pentateuco por encima de otras partes del Antiguo Testamento, por no decir que desechaban por completo este. Creían que no había resurrección y que no existían los ángeles ni el espíritu, y ridiculizaban a las personas para que abandonaran estas creencias presentándoles casos complicados y preguntas difíciles. Tenemos un ejemplo de su forma de argumentar en el caso que presentaron a nuestro Señor acerca de la mujer que había tenido siete maridos, cuando preguntaron: “En la resurrección, pues, ¿de cuál de los siete será ella mujer, ya que

todos la tuvieron?”. Y de esta forma probablemente esperaban, llevando la religión hasta el absurdo y dejando en ridículo sus principales doctrinas, hacer que los hombres renunciaran a la fe que habían recibido de las Escrituras.

Al mismo tiempo, recordémoslo, no podemos decir que los saduceos fueran manifiestamente infieles: no lo eran. No podemos decir que rechazaran la Revelación en su conjunto: no lo hacían. Respetaban la Ley de Moisés. Muchos de ellos se encontraban entre los sacerdotes en los tiempos que se describen en Hechos de los Apóstoles. Caifás, que condenó a nuestro Señor, era saduceo. Pero el efecto práctico de su enseñanza era debilitar la fe de los hombres en cualquier revelación, arrojando una nube de duda sobre las mentes de los hombres, lo que solo está un grado por encima de la incredulidad. Y de toda esa clase de doctrina —libertad ideológica, escepticismo y racionalismo— dice nuestro Señor: “Mirad, guardaos”.

Ahora bien, se nos plantea la siguiente pregunta: ¿Por qué hizo nuestro Señor esta advertencia? Sabía, sin lugar a dudas, que en cuestión de cuarenta años las escuelas de los fariseos y de los saduceos habrían desaparecido. Sabía todas las cosas desde el principio, sabía perfectamente que en cuarenta años Jerusalén, con su magnífico Templo, quedaría destruida y los judíos serían dispersados por toda la Tierra. ¿Por qué, pues, le hallamos advirtiendo contra “la levadura de los fariseos y de los saduceos”?

Creo que nuestro Señor hizo esta solemne advertencia para beneficio perpetuo para la Iglesia que vino a fundar en la Tierra. Habló con un conocimiento profético. Conocía bien las enfermedades de que es susceptible la naturaleza humana. Vio con anticipación que las dos grandes plagas de su Iglesia sobre la Tierra serían siempre la doctrina de los fariseos y la doctrina de los saduceos. Sabía que estas serían las piedras de molino superior e inferior entre las cuales su Verdad sería perpetuamente molida y aplastada hasta que viniera por segunda vez. Sabía que siempre habría fariseos de espíritu y saduceos de espíritu entre los que profesaran el cristianismo. Sabía que su sucesión jamás se interrumpiría y que su generación jamás se extinguiría, y que a pesar de que los fariseos y los saduceos no existieran ya, sus principios proseguirían siempre. Sabía que, durante el tiempo que existiera la Iglesia hasta su regreso, habría siempre algunos que añadirían a la Palabra y otros que sustraerían de ella; unos la ahogarían añadiéndole otras cosas y otros la desangrarían sustrayéndole sus verdades esenciales. Y esta es la razón de que le oigamos haciendo esta solemne advertencia: “Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos”.

Y ahora llega otra pregunta: ¿No tenía nuestro Señor buenos motivos para hacer esta advertencia? Me dirijo a todos los que conocen algo de la historia de la Iglesia: ¿No había ciertamente razones? Me dirijo a todos aquellos que recuerdan lo que sucedió poco después de la muerte de los Apóstoles. ¿No leemos que en la Iglesia primitiva de Cristo surgieron dos facciones distintas: una siempre inclinada a errar —como los arrianos— sosteniendo una sola parte de la Verdad y la otra inclinada siempre a errar —como los adoradores de reliquias y de santos— sosteniendo algo más que la Verdad que hay en Jesús? ¿No vemos cómo aflora lo mismo posteriormente en forma de romanismo por un lado y de socinianismo por el otro? ¿No leemos en la historia de nuestra propia Iglesia que hubo dos grandes facciones: los *non-jurors* (los que no

juraron) por un lado y los *latitudinarios* por el otro. Estas son cosas antiguas. En un texto breve como este me es imposible tratarlas de forma más detallada. Son cosas muy conocidas para todos los que estén familiarizados con la historia de los tiempos pasados. Siempre ha habido dos grandes facciones: la facción que representa los principios de los fariseos y la facción que representa los principios de los saduceos. Nuestro Señor tenía, pues, buenos motivos para decir de estos dos grandes principios: “Mirad, guardaos”.

Pero deseo acercarme a la cuestión más aún al presente. Pido a mis lectores que consideren si advertencias como esta no son especialmente necesarias en nuestra época. Sin duda en Inglaterra tenemos muchas cosas por que estar agradecidos. Hemos hecho grandes avances en las artes y las ciencias en los últimos tres siglos y hacemos un amplio despliegue moralista y religioso. Pero pregunto a cualquiera que sea capaz de ver más allá de su puerta o de su propio hogar, ¿no vivimos en medio de los peligros de la falsa doctrina?

Por un lado, tenemos entre nosotros una escuela de hombres que, a sabiendas de ello o no, están allanando el camino hacia la Iglesia de Roma, una escuela que declara extraer sus principios de la tradición primitiva, de los escritos de los Padres y de la voz de la Iglesia; una escuela que habla y escribe tanto acerca de la Iglesia, el ministerio y los sacramentos que, como la vara de Aarón, les hace devorar todo lo demás en el cristianismo; una escuela que atribuye gran importancia a las formas externas y al ceremonial religioso, a los gestos, las posturas, las reverencias, las cruces, las pilas bautismales, los asientos especiales, las credenciales, los crucifijos, las albas, las túnicas, las capas pluviales, las casullas, los manteles de los altares, el incienso, las imágenes, los estandartes, las procesiones, las ornamentaciones florales y muchas otras cosas semejantes acerca de las cuales no hallamos una sola palabra en la Escritura con respecto a su lugar en el culto cristiano. Me refiero, por supuesto, a la escuela de eclesiásticos llamados ritualistas. Cuando examinamos los procedimientos de dicha escuela, solo podemos llegar a una conclusión acerca de ellos. Creo que, independientemente de la intención de sus maestros y los devotos, celosos y abnegados que sean muchos de ellos, ha caído sobre ellos el manto de los fariseos.

Tenemos, por otro lado, una escuela de hombres que, a sabiendas de ello o no, parecen allanar el camino hacia el socinianismo; una escuela que sostiene ideas extrañas con respecto a la inspiración plenaria de la Santa Escritura, ideas más extrañas aún con respecto a la doctrina del sacrificio y de la expiación de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, ideas extrañas con respecto a la eternidad del castigo y al amor de Dios hacia el hombre; una escuela fuerte en cuanto a lo que se niega pero muy débil en cuanto a lo que se afirma, hábil en suscitar dudas pero impotente a la hora de resolverlas, inteligente para desestabilizar y debilitar la fe del hombre pero incapaz de ofrecer una base sólida donde apoyar nuestros pies. Y, ya sea la intención de los dirigentes de esta escuela o no, creo que ha caído sobre ellos el manto de los saduceos.

Estas cosas suenan duras. Nos ahorra muchos problemas cerrar los ojos y decir: “No veo peligro alguno”; y debido a que no se ve, no creer que lo hay. Es fácil taparnos los oídos y decir: “No oigo nada”; y debido a que no oímos nada, no sentir alarma alguna.

Pero sabemos bien quiénes son los que se regocijan en ciertos sectores de nuestra propia Iglesia por el estado de las cosas que deberíamos lamentar. Sabemos lo que piensa el católico romano y lo que piensa el sociniano. El católico romano se regocija ante el auge del Movimiento de Oxford: el sociniano se regocija cuando surgen hombres que enseñan ideas como las que se proponen en los tiempos modernos con respecto a la expiación y la inspiración. No se regocijarían como lo hacen si no vieran que se está haciendo su obra y que se está alentando su causa. El peligro, en mi opinión, es mucho mayor de lo que solemos pensar. Los libros que se leen en muchos sectores son sumamente perniciosos y el tono del pensamiento con respecto a las cuestiones religiosas entre muchas clases, especialmente entre las más altas jerarquías, es profundamente insatisfactorio. La plaga está extendida. Si amamos la vida, deberíamos examinar nuestros corazones, probar nuestra propia fe y asegurarnos de que estamos sobre el fundamento correcto. Por encima de todo, deberíamos tener cuidado de no empaparnos nosotros mismos del veneno de la falsa doctrina y no apartarnos de nuestro primer amor.

Soy profundamente consciente de lo doloroso que es hablar acerca de estas cuestiones. Sé bien que hablar claramente con respecto a la falsa doctrina es muy impopular y que el orador debe aceptar que se le considere drástico, complicado y de mente estrecha. Hay miles de personas que no son capaces de distinguir las diferencias religiosas. Para la mayoría, un clérigo es un clérigo y un sermón es un sermón, y son completamente incapaces de entender las diferencias entre un ministro y otro, entre una doctrina y otra. No puedo esperar de tales personas que aprueben las advertencias contra la falsa doctrina. Debo hacerme a la idea de que voy a afrontar su desaprobación y a soportarla lo mejor que pueda.

Pero pediré a cualquier persona sincera y que lea la Biblia sin prejuicios que se dirija al Nuevo Testamento y vea qué es lo que encuentra allí. Descubrirá muchas advertencias claras contra la falsa doctrina: “Guardaos de los falsos profetas”. “Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas”. “No os dejéis llevar de doctrinas diversas y extrañas”. “No creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios” (Mateo 7:15; Colosenses 2:8; Hebreos 13:9; 1 Juan 4:1). Hallará que gran parte de las Epístolas inspiradas están llenas de amplias explicaciones de la verdadera doctrina y de advertencias contra la falsa enseñanza. ¿Es posible para un ministro que tome la Biblia como su regla de fe evitar hacer advertencias contra los errores doctrinales?

Por último, pido a cualquiera que examine lo que está sucediendo en Inglaterra en este mismo momento. ¿No es cierto que ha habido cientos que han abandonado la Iglesia oficial y se han unido a la Iglesia de Roma en los últimos treinta años? ¿No es cierto que hay cientos entre nuestras propias filas que en realidad no son mucho mejores que los romanistas y que, de ser coherentes, deberían seguir los pasos de Newman y Manning e ir al lugar que les corresponde? Pregunto de nuevo, ¿no es cierto que hay veintenas de jóvenes en Oxford y Cambridge que están siendo destruidos y arruinados por la perniciosa influencia del escepticismo y que han perdido todos los verdaderos principios religiosos? Burlas en cuanto a los periódicos religiosos,

estentóreas declaraciones de desagrado ante las “facciones”, altisonantes y vagas frases respecto al “pensamiento profundo, la amplitud de miras, la nueva luz, el manejo libre de la Escritura y la decadencia de ciertas escuelas de teología” constituyen todo el cristianismo de las nuevas generaciones. Y, sin embargo, cara a cara ante estos hechos notorios, los hombres claman: “Deja de hablar de la falsa doctrina. ¡Deja la falsa doctrina en paz!”. No puedo callarme. La fe en la Palabra de Dios, el amor por las almas de los hombres y los votos que hice en mi ordenamiento me empujan a dar testimonio de los errores del presente. Y creo que lo que dijo nuestro Señor es eminentemente verdad para esta época: “Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos”.

III. Lo tercero que quiero pedirte que consideres es *el particular nombre que da nuestro Señor Jesucristo a las doctrinas de los fariseos y saduceos*.

Las palabras que utilizaba nuestro Señor eran siempre las más sabias y las mejores que se podían emplear. Podría haber dicho: “Mirad, guardaos de la doctrina, la enseñanza o las opiniones de los fariseos y de los saduceos”. Pero no dice eso: utiliza una palabra de una naturaleza especial. Dice: “Mirad, guardaos de la *levadura* de los fariseos y de los saduceos”.

Ahora bien, todos sabemos cuál es el verdadero significado de la palabra “levadura”: la levadura que se añade a la masa que se utiliza para hacer una barra de pan. La proporción de esta levadura es muy pequeña respecto a la masa a la que se añade; igualmente —quiere decir nuestro Señor—, los comienzos de la falsa doctrina son pequeños en comparación con el cuerpo del cristianismo. Obra callada y silenciosamente; igualmente —quiere decir nuestro Señor—, la falsa doctrina obra secretamente en el corazón donde se introduce. Cambia desapercibidamente el carácter de toda la masa con que se mezcla; igualmente —quiere decir nuestro Señor—, las doctrinas de los fariseos y de los saduceos lo trastocan todo una vez que se las acepta en una iglesia o en el corazón de un hombre. Advirtamos estos puntos: arrojan luz sobre muchas cosas que vemos en la actualidad. Es de gran importancia aprender las lecciones de sabiduría que contiene la palabra “levadura”.

La falsa doctrina no se enfrenta a los hombres cara a cara y proclama que es falsa. No hace sonar una trompeta ante ella ni intenta alejarnos abiertamente de la Verdad que tenemos en Jesús. No viene a los hombres a la luz del día y les llama a rendirse. Se acerca a nosotros en secreto, calladamente, clandestinamente y de forma convincente, sin levantar así las sospechas de la persona y ponerla en guardia. Es el lobo vestido de oveja y Satanás con ropajes de ángel de luz lo que ha demostrado ser siempre el mayor enemigo de la Iglesia de Cristo.

Creo que el campeón más extraordinario de los fariseos no es aquel que te pide abierta y sinceramente que te unas a la Iglesia de Roma: es aquel que dice que está de acuerdo contigo en todos los puntos *doctrinales*. No quiere quitar nada de las ideas evangélicas que sostienes; no quiere que hagas cambio alguno en absoluto; lo único que te pide es que *añadas* algo más a tu creencia a fin de que tu cristianismo sea perfecto. “Créeme —dice—, no queremos que renuncies a nada. Solo queremos que

tengas unas cuantas ideas más claras con respecto a la Iglesia y a los sacramentos. Queremos que añadas a tus opiniones actuales algo más con respecto a la función del ministro, un poco más con respecto a la autoridad episcopal, un poco más con respecto al *Libro de Oración* y un poco más con respecto a la necesidad de orden y disciplina. Solo queremos que añadas *algo más* de estas cosas a tu sistema religioso y con eso ya estarás en lo cierto”. Pero cuando los hombres te hablan de esta forma, entonces es el momento de recordar lo que dijo nuestro Señor y de mirar y guardarse. Esta es la levadura de los fariseos contra la que debemos estar en guardia.

¿Por qué digo esto? Porque no hay garantías contra la doctrina de los fariseos a menos que nos resistamos a sus principios en los comienzos. Comenzando con “algo más con respecto a la Iglesia”, puede que un día te encuentres poniendo a la Iglesia en el lugar de Cristo. Comenzando con “algo más con respecto al ministerio”, quizá un día consideres al ministro como “el mediador entre Dios y el hombre”. Comenzando con “algo más con respecto a los sacramentos”, puede que un día renuncies por completo a la doctrina de la justificación por la fe sin las obras de la Ley. Comenzando con “algo más de reverencia al *Libro de Oración*”, quizá un día lo antepongas a la Palabra de Dios misma. Comenzando con “algo más de honor para los obispos”, quizá niegues finalmente la salvación de todo aquel que no pertenezca a la Iglesia episcopal. Me estoy limitando a contar una antigua historia; solamente estoy señalando caminos pisados por cientos de miembros de la Iglesia de Inglaterra en los últimos años. Comenzaron criticando a los reformadores y acabaron tragándose los decretos del Concilio de Trento. Comenzaron por ensalzar a Laud y a los *non-jurors* y terminaron llegando mucho más lejos que ellos y uniéndose formalmente a la Iglesia de Roma. Creo que, cuando oigamos a hombres que nos piden que “añadamos algo más” a nuestras buenas y viejas ideas evangélicas, deberíamos ponernos en guardia. Deberíamos recordar la amonestación de nuestro Señor: “Guardaos de la levadura de los fariseos”.

Creo que el más peligroso campeón de la escuela saducea no es aquel que te dice abiertamente que quiere que dejes a un lado una parte de la Verdad y te conviertas en un librepensador y un escéptico. Es aquel que comienza a insinuar silenciosamente dudas con respecto a la postura religiosa que debiéramos adoptar, dudas con respecto a si debiéramos ser tan categóricos cuando decimos “esto es cierto y eso es falso”, dudas con respecto a si es correcto pensar que están equivocadas las personas que difieren de nuestras opiniones religiosas, puesto que, después de todo, *puede* que tengan tanta razón como nosotros. Es el hombre que nos dice que no debemos condenar las ideas de nadie, no sea que nos equivoquemos mostrando falta de caridad. Es el hombre que siempre comienza hablando de una forma vaga acerca de Dios como un Dios de amor e insinúa que quizá deberíamos creer que todos los hombres, sin importar la doctrina que profesen, se salvarán. Es el hombre que nos recuerda constantemente que deberíamos tener cuidado de pensar a la ligera de hombres con grandes mentes y grandes intelectos (*aunque sean deístas y escépticos*), que no piensan como nosotros; y que, al fin y al cabo, “¡todas las grandes mentes son, en mayor o menor medida, enseñadas de Dios!”. Es el hombre que siempre está hablando de las dificultades de la inspiración y que siempre está poniendo en duda que todos los

hombres no se salvarán al final y que no todos estarán en lo cierto a los ojos de Dios. Es el hombre que corona esta clase de discurso despachando algunas burlas contra lo que él denomina “ideas chapadas a la antigua”, “teología estrecha de miras”, “fanatismo” y “falta de liberalidad y comprensión” en la actualidad. Pero cuando los hombres empiezan a hablarnos de esta forma, es el momento de ponernos en guardia. Es el momento de recordar las palabras de nuestro Señor Jesucristo, de mirar y guardarnos de la levadura.

Una vez más, ¿por qué digo esto? Lo digo porque no hay más garantía contra el saduceísmo que contra el fariseísmo a menos que nos resistamos a sus principios en sus primeros brotes. Tras comenzar con cierto discurso vago con respecto a la “caridad” puedes acabar en la doctrina de la salvación universal, llenando el Cielo con una variopinta y heterogénea multitud de malvados y de buenos, y negando la existencia del Infierno. Tras comenzar con unas cuantas frases altisonantes con respecto al intelecto y a la luz interior del hombre, puedes acabar negando la obra del Espíritu Santo y sosteniendo que Homero y Shakespeare estaban tan inspirados como S. Pablo, y prácticamente dejando así a un lado la Biblia. Tras comenzar con alguna idea nebulosa y fantástica con respecto a que “todas las religiones contienen verdad en mayor o menor medida”, quizá acabes negando completamente la necesidad de las misiones y sosteniendo que lo mejor es dejar a todo el mundo en paz. Tras comenzar con cierto descontento con la “religión evangélica” por considerarla chapada a la antigua, estrecha y exclusivista, quizá acabes rechazando todas las doctrinas esenciales del cristianismo: la expiación, la necesidad de la gracia y la divinidad de Cristo. Nuevamente repito que solo estoy contando una vieja historia: solamente dibujo un camino que muchos han pisado en los últimos años. En otro tiempo les satisfacían eruditos como Newton, Scott, Cecil y Romaine; ahora pretenden haber encontrado un camino mejor en los principios propuestos por teólogos de la escuela liberal! Creo que no hay seguridad para el alma de un hombre a menos que recuerde la lección que implican estas solemnes palabras: “Guardaos de la levadura de los saduceos”.

Cuidémonos de la *clandestinidad* de esta falsa doctrina. Como el fruto del que comieron Adán y Eva, a primera vista parece agradable, bueno y codiciable. No hay una señal de veneno escrita en él, y por eso las personas no lo temen. Como una moneda falsa, no lleva una marca que diga “mala”; su misma semejanza con la Verdad hace que resulte aceptable.

Cuidémonos de los *diminutos comienzos* de la falsa doctrina. Toda herejía comenzó en un tiempo como una pequeña desviación de la Verdad. Solo hace falta una pequeña semilla de error para crear un gran árbol. Son las pequeñas piedras las que constituyen un gran edificio. El gran arca de Noé, donde él y su familia se salvaron del diluvio, fue construida con árboles pequeños. Un poco de levadura leuda toda la masa. Un pequeño error en un eslabón de la cadena hace naufragar al imponente navío, ahogándose con él toda su tripulación. La omisión o la adición de un pequeño elemento en la receta del médico estropea toda la medicina y la convierte en veneno. No toleremos tranquilamente algo de deshonestidad, un poco de fraude o unas cuantas mentiras; igualmente, no permitamos jamás que una pequeña falsa doctrina nos destruya al

pensar que es “poca cosa” y que no puede perjudicarnos. Los gálatas no parecían estar haciendo nada muy peligroso cuando “[guardaban] los días, los meses, los tiempos y los años”; y, sin embargo, S. Pablo dice: “Me temo de vosotros”.

Por último, cuidémonos de suponer *que no estamos de modo alguno en peligro*: “Nuestras tesis son sanas; descansamos sobre terreno firme; puede que otros caigan, ¡pero nosotros estamos a salvo!”. Cientos han pensado lo mismo y han acabado mal. En su confianza en sí mismos se han visto mezclados en pequeñas tentaciones y sutiles formas de falsa doctrina; en su orgullo, se acercaron al borde del peligro; y ahora parecen perdidos para siempre. Parece como si se hubieran entregado a un gran engaño hasta creer una mentira. Algunos han cambiado su *Libro de Oración* por el breviario y están orando a la virgen María y postrándose ante imágenes. Otros están tirando por la borda una doctrina tras otra y prometen despojarse de cualquier tipo de religión salvo algunos retazos de deísmo. Es impresionante cómo lo refleja *El progreso del Peregrino*, que describe la colina del Error como “muy escarpada al otro lado”, y “cuando Cristiano y Esperanzado miraron hacia abajo vieron en el fondo los cuerpos de varios hombres despedazados por la caída desde la cima”. Jamás, jamás olvidemos la amonestación a guardarnos de la “levadura” y, si creemos que nos mantenemos firmes, miremos que no caigamos.

IV. Propongo, en cuarto y último lugar, indicar *algunas salvaguardas y algunos antídotos contra los peligros de la actualidad: la levadura de los fariseos y la levadura de los saduceos*.

Creo que todos necesitamos más y más la presencia del Espíritu Santo en nuestros corazones para guiarnos, enseñarnos y conservarnos sanos en la fe. Todos necesitamos velar más y orar para ser guardados y protegidos de desviarnos. Pero, aun así, hay ciertas importantes verdades que debemos asegurarnos de tener en mente de forma especial en una época como esta. Hay tiempos cuando alguna epidemia invade un país y las medicinas, siempre valiosas, adquieren un valor especial. Hay lugares donde prevalece un tipo concreto de malaria en el que los medicamentos, valiosos en cualquier lugar, lo son más que nunca a consecuencia de ello. De la misma forma, creo que hay épocas y tiempos en la Iglesia de Cristo cuando tenemos que afianzar nuestra sujeción a determinadas importantes verdades esenciales, tomarlas en nuestras manos con mayor firmeza de la habitual, abrazarlas estrechamente y no soltarlas. Esas doctrinas son las que quiero presentar por orden como los grandes antídotos contra la levadura de los fariseos y de los saduceos. Cuando Saúl y Jonatán fueron alcanzados por flechas, David ordenó a los hijos de Israel que aprendieran a utilizar el arco.

a) Por un lado, si queremos conservarnos sanos en nuestra fe debemos prestar atención a nuestra doctrina con respecto a *la corrupción absoluta de la naturaleza humana*. La corrupción de la naturaleza humana no se puede tomar a la ligera. No es una enfermedad parcial y superficial, sino una corrupción radical y universal de la voluntad del hombre, sus inclinaciones y su conciencia. No somos meramente pobres y lastimeros pecadores a los ojos de Dios: somos pecadores culpables; somos pecadores censurables: merecemos en justicia la ira de Dios y su condena. Creo que son contados

los errores y las falsas doctrinas en cuyos orígenes no encontramos ideas equivocadas con respecto a la corrupción de la naturaleza humana. Las ideas equivocadas con respecto a una enfermedad suelen conllevar ideas equivocadas con respecto al medicamento. Las ideas equivocadas con respecto a la corrupción de la naturaleza humana siempre conllevarán ideas equivocadas con respecto al gran antídoto y la cura para esa corrupción.

b) Por otro lado, debemos prestar atención a nuestra doctrina con respecto a *la inspiración y la autoridad de las Santas Escrituras*. Sostengamos con valentía, ante todos los que digan lo contrario, que toda la Biblia ha sido dada por inspiración del Espíritu Santo, que toda ella es completamente inspirada, no una parte más que otra, y que hay un abismo entre la Palabra de Dios y cualquier otro libro del mundo. No debemos temer las dificultades que puedan salirnos al paso en cuanto a la doctrina de la inspiración plenaria. Hay muchas cosas en ella que son demasiado elevadas para nuestra comprensión: es un milagro, y todos los milagros son forzosamente misteriosos. Pero, si no creemos en nada hasta poder explicarlo en su totalidad, ciertamente creeremos en muy pocas cosas. No debemos temer los ataques a la Biblia por parte de la crítica. Desde los tiempos de los Apóstoles, la Palabra del Señor ha sido “probada” incesantemente y jamás ha dejado de salir como el oro, indemne e inmaculada. No debemos temer los descubrimientos de la ciencia. Puede que los astrónomos sondeen los cielos con sus telescopios y que los geólogos lleguen al corazón de la Tierra, pero jamás debilitarán la autoridad de la Biblia. “Jamás se descubrirá contradicción entre la voz de Dios y la obra de las manos de Dios”. No debemos temer las investigaciones de los exploradores. Jamás descubrirán nada que contradiga la Biblia de Dios. Creo que, si Layard recorriera toda la Tierra y excavara cien Nínives enterradas, no encontraría una sola inscripción que contradijera un solo hecho de la Palabra de Dios.

Más aún, debemos afirmar valientemente que esta Palabra de Dios es la única regla de fe y conducta, que ningún hombre puede exigir nada que no esté escrito en ella como necesario para la salvación y que, por muy convincentemente que se defiendan nuevas doctrinas, si no están en la Palabra de Dios no son dignas de nuestra atención. No importa en absoluto quién diga algo, ya sea un obispo, un archidiácono, un deán o un presbítero. No importa en absoluto que esté bien dicho, de forma elocuente, atractiva y convincente, y de tal forma que te ponga en ridículo. No debemos creerlo a menos que se nos pruebe por medio de la Santa Escritura.

En último lugar, pero no por ello de menor importancia, debemos utilizar la Biblia demostrando que creemos que nos fue dada por inspiración. Debemos utilizarla con reverencia y leerla con toda la ternura con que leeríamos las palabras de un padre ausente. No debemos esperar ausencia de misterios en un libro inspirado por el Espíritu de Dios. Debemos recordar que en la naturaleza existen muchas cosas que no podemos entender y que lo mismo que sucede con el libro de la naturaleza sucederá siempre con el libro de la Revelación. Deberíamos acercarnos a la Palabra de Dios con ese espíritu piadoso que recomendaba Lord Bacon hace muchos años: “Recuerda —dice hablando acerca del libro de la naturaleza— que el hombre no es el dueño de ese libro, sino un intérprete del mismo”. Y, tal como tratamos el libro de la naturaleza, así debemos tratar

el Libro de Dios. No debemos acercarnos a él para enseñar, sino para aprender; no como sus maestros, sino como humildes alumnos que intentan comprenderlo.

c) Por otro lado, debemos prestar atención a nuestra doctrina con respecto a *la expiación y al oficio sacerdotal de nuestro Señor y Salvador Jesucristo*. Debemos sostener valientemente que la muerte de nuestro Señor en la Cruz no fue una muerte común. No fue la muerte de alguien que, como Cranmer, Ridley y Latimer, fueron mártires. No fue la muerte de alguien que murió solamente para dejarnos un ejemplo de abnegación y entrega. La muerte de Cristo fue un sacrificio a Dios del propio cuerpo de Cristo y de su sangre para satisfacer el castigo merecido por el pecado y la transgresión del hombre. Fue un sacrificio y una propiciación; un sacrificio tipificado en cada ofrenda de la Ley mosaica, un sacrificio de la más poderosa influencia sobre el género humano. Sin el derramamiento de esa sangre no podría haber —no habría habido— remisión alguna de pecado.

Más aún, debemos afirmar valientemente que ese Salvador crucificado está sentado para siempre a la diestra de Dios para interceder por todos los que acuden a Dios por medio de Él, que Él les representa allí y ruega por los que han depositado su confianza en Él y que no ha delegado su oficio de Sacerdote y Mediador a ningún hombre o conjunto de hombres sobre la Tierra. No necesitamos a nadie más. No necesitamos a la virgen María ni a los ángeles, ni a ningún santo, sacerdote o persona —ordenada o sin ordenar— para que medie entre Dios y nosotros; solo necesitamos al único Mediador: Cristo Jesús.

Más aún, debemos afirmar valientemente que la tranquilidad de conciencia no se compra por medio de la confesión a un sacerdote y recibiendo la absolución de un hombre por el pecado. Solo se obtiene acudiendo al gran Sumo Sacerdote, Cristo Jesús; por medio de la confesión ante Él, no ante el hombre; y porque nos absuelve Él únicamente, el único que puede decir: “Tus pecados te son perdonados: ve en paz”.

En último lugar, pero no por ello de menor importancia, debemos afirmar valientemente que esa paz con Dios, una vez obtenida por medio de la fe en Cristo, no debe guardarse por medio de meros actos externos de adoración ceremonial ni recibiendo el sacramento de la Santa Cena cada día, sino por medio de la costumbre diaria de mirar al Señor Jesucristo por fe, comiendo por fe su cuerpo y bebiendo por fe su sangre; esa comida y esa bebida de la que nuestro Señor dice que quien coma y beba hallará que su “carne es verdadera comida y [su] sangre es verdadera bebida”. El santo John Owen declaró hace mucho tiempo que, si había algo que Satanás deseaba echar abajo más que ninguna otra cosa, era el oficio sacerdotal de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Satanás sabía bien —decía Owen— que era el “principal fundamento de la fe y el consuelo de la Iglesia”. Las ideas correctas con respecto a ese oficio son de esencial importancia en la actualidad para que los hombres no caigan en el error.

d) Debo mencionar otro antídoto más. Debemos prestar atención a nuestra doctrina con respecto a *la obra del Espíritu Santo*. Tengamos presente que su obra no es una actuación invisible e incierta en el corazón y que donde está no se oculta, no pasa desapercibido. No creemos que el rocío al caer pueda pasar desapercibido o que, habiendo vida en un hombre, no se pueda ver y observar en su aliento. Lo mismo

sucede con la influencia del Espíritu Santo. Ningún hombre tiene derecho a decir que la tiene a menos que puedan verse sus frutos —los efectos de su experiencia— en su vida. Donde Él esté habrá una nueva creación y un nuevo hombre. Donde Él esté habrá siempre un nuevo conocimiento, una nueva fe, una nueva santidad, nuevos frutos en la vida, en la familia, en el mundo, en la Iglesia. Y donde no se vean estas cosas, podemos decir con toda confianza que la obra del Espíritu Santo está ausente. Estos son tiempos en que todos necesitamos estar en guardia con respecto a la doctrina de la obra del Espíritu. Madame Guyon dijo hace mucho tiempo que quizá llegaría la época en que los hombres tuvieran que ser mártires por la obra del Espíritu Santo. Ese momento no parece lejano. En cualquier caso, si hay una verdad religiosa que parece ser más despreciada que otras, es la obra del Espíritu Santo.

Deseo recalcar la inmensa importancia de estos cuatro puntos a todos los que lean este capítulo: a) ideas claras con respecto a que la naturaleza humana es pecaminosa; b) ideas claras con respecto a la inspiración de la Escritura; c) ideas claras con respecto a la expiación y el oficio sacerdotal de nuestro Señor y Salvador Jesucristo; d) e ideas claras con respecto a la obra del Espíritu Santo. Creo que en el corazón que está firme en cuanto a estos cuatro puntos no hallarán asidero doctrinas extrañas con respecto a la Iglesia, el ministerio y los sacramentos ni con respecto al amor de Dios, la muerte de Cristo y la eternidad del castigo. Creo que son cuatro grandes salvaguardas contra la levadura de los fariseos y de los saduceos.

Concluiré ahora este capítulo con algunas indicaciones a modo de aplicación práctica. Deseo que toda esta cuestión resulte útil a todos aquellos en cuyas manos caigan estas páginas y ofrecer una respuesta a las preguntas que puedan surgir en algunos corazones: ¿Qué debemos hacer? ¿Qué consejos puedes ofrecernos para estos tiempos?

1) En primer lugar, quiero pedir a todo lector de este capítulo que averigüe si tiene una *religión salvadora personal para su propia alma*. Esto es lo principal, a fin de cuentas. No servirá de provecho alguno a ningún hombre el pertenecer a una firme Iglesia visible si él mismo no pertenece a Cristo. De nada le servirá tener salubridad intelectual en la fe y conformarse a la sana doctrina si su propio corazón no está sano. ¿Es este tu caso? ¿Puedes decir que tu corazón está sano a los ojos de Dios? ¿Lo ha renovado el Espíritu Santo? ¿Permanece Cristo en ti por la fe? ¡No descanses, no descanses hasta que puedas dar una respuesta afirmativa a estas preguntas! El hombre que muere inconverso, por muy sanas que sean sus ideas, estará tan ciertamente perdido para siempre como el peor fariseo o saduceo que haya vivido.

2) En siguiente lugar, permítaseme rogar a cada lector de este capítulo que desee tener una fe sana que *estudie diligentemente la Biblia*. Ese bendito libro se nos ha dado para que sea lámpara a nuestros pies y lumbrera en nuestro camino. Ningún hombre que lo lea con reverencia, oración, humildad y regularidad se desviará del camino al Cielo. Todo sermón, todo libro religioso y todo ministerio deben ser probados y evaluados por él. ¿Quieres saber cuál es la Verdad? ¿Te sientes confundido y desorientado por la guerra de palabras que oyes por todas partes con respecto a la

religión? ¿Quieres saber lo que debes creer y lo que debes ser y hacer a fin de ser salvo? Toma tu Biblia y aléjate del hombre. Lee tu Biblia orando fervorosamente por la enseñanza del Espíritu Santo; léela con la determinación sincera de guiarte por sus lecciones. Hazlo con firmeza y perseverancia y verás la luz: serás protegido de la levadura de los fariseos y de los saduceos y guiado a la vida eterna. La mejor forma de hacer una cosa es hacerla. Actúa según este consejo sin demora.

3) En siguiente lugar, permítaseme aconsejar a cada lector de este capítulo que tiene razones para creer que su fe y su corazón están sanos que *preste atención a la proporción de las verdades*. Con eso pretendo recalcar la importancia de otorgar a cada una de las diversas verdades del cristianismo idéntico lugar y posición en nuestro corazón al recibido en la Palabra de Dios. Las cosas primordiales no se deben poner en segundo lugar y las cosas secundarias no deben tener prioridad en nuestra religión. No se debe poner la Iglesia por encima de Cristo; no se deben poner los sacramentos por encima de la fe y de la obra del Espíritu Santo. No se debe exaltar a los ministros por encima del lugar que les ha asignado Cristo; los medios de gracia no deben considerarse como fines en lugar de medios. Tener en cuenta este punto es de gran importancia: los errores que surgen por desatenderlo no son pocos ni pequeños. De ahí la inmensa importancia de estudiar toda la Palabra de Dios, sin omitir nada y evitando la parcialidad al leer una parte más que otra. De ahí también el valor de tener un sistema cristiano claro en nuestras mentes. Le iría muy bien a la Iglesia de Inglaterra leer sus Treinta y Nueve Artículos y advertir el bello orden en que declaran las principales verdades que deben creer los hombres.

4) En siguiente lugar, permítaseme suplicar a todo siervo de Cristo con un corazón sincero que *no se deje engañar por el especioso disfraz* bajo el que suelen acercarse las falsas doctrinas a nuestras almas en la actualidad. Cuídate de suponer que se puede confiar en un maestro religioso porque, aun a pesar de sostener algunas ideas erróneas, “enseña muchas verdades”. Tal maestro es precisamente el que puede hacerte más daño: el veneno es siempre más peligroso cuando se da en pequeñas dosis y mezclado con comida saludable. Ten cuidado de no dejarte llevar por el aparente fervor de muchos de los maestros y defensores de la falsa doctrina. Recuerda que el celo, la sinceridad y el fervor no son prueba alguna de que un hombre está trabajando para Cristo y de que hay que creerle. Sin duda fue el fervor lo que movió a Pedro a ofrecer al Señor librarse y no ir a la Cruz; sin embargo, nuestro Señor le dijo: “¡Quítate de delante de mí, Satanás!”. No cabe duda de que Saulo era movido por un gran fervor cuando fue de un lugar a otro persiguiendo a los cristianos; sin embargo, lo hizo por ignorancia y su celo no era con conocimiento. No cabe duda de que los fundadores de la Inquisición española estaban llenos de fervor y, al quemar vivos a los santos de Dios, pensaban que estaban prestando un servicio a Dios; sin embargo, en realidad estaban persiguiendo a los miembros de Cristo y siguiendo los pasos de Caín. Es un hecho terrible que “el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz” (2 Corintios 11:14). ¡De todos los engaños que se dan en estos últimos tiempos no hay otro más extendido que la idea de que “si un hombre es fervoroso en su religión tiene que ser un hombre bueno”! Ten cuidado de no dejarte llevar por este engaño; ¡ten cuidado de que no te extravíen “hombres

fervorosos"! El fervor es en sí mismo algo excelente; pero debe ser un fervor en nombre de Cristo y de toda su Verdad o, si no, carece de valor alguno en absoluto.

5) En siguiente lugar, permítaseme aconsejar a todo verdadero siervo de Cristo que *examine su propio corazón* frecuente y detenidamente en relación con su estado ante Dios. Esta es una práctica que resulta útil en todas las épocas; pero es especialmente deseable en el presente. Cuando la gran peste de Londres estaba en su máximo apogeo, la gente observaba de una forma que nunca había observado antes el más mínimo síntoma que aparecía en su cuerpo. Una mancha aquí o allá, que en tiempo de salud los hombres considerarían sin importancia, recibía una gran atención cuando la peste estaba diezmando familias y matando a uno tras otro. Así debería ser con nosotros mismos en los tiempos en que vivimos. Debemos observar nuestros corazones con doble vigilancia. Debemos dedicar más tiempo a la meditación, a examinarnos a nosotros mismos y a la reflexión. Es una época de prisas y apresuramientos; si queremos ser guardados de caer, debemos dedicar tiempo a estar con frecuencia a solas con Dios.

(6) Por último, permítaseme animar a todos los verdaderos creyentes a *contender ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos*. No tenemos motivos para avergonzarnos de esa fe. Estoy firmemente convencido de que no hay sistema que proporcione más vida, que esté calculado de tal forma para despertar a los que duermen, guiar a los que buscan y edificar a los santos que el llamado sistema cristiano *evangélico*. Dondequiera que se predica fielmente, se pone en acción eficazmente y se adorna coherentemente con las vidas de sus maestros, está el poder de Dios. Quizá se hable en su contra y algunos se burlen; pero lo mismo sucedió en los tiempos de los Apóstoles. Quizá muchos de sus defensores lo presenten y lo defiendan débilmente; pero, al final, sus frutos y resultados son su principal elogio. Ningún otro sistema religioso puede ofrecer tantos frutos. En ningún otro lugar se convierten tantas almas a Dios como en las congregaciones donde se predica el Evangelio de Jesucristo en su plenitud, sin mezclarlo con la doctrina farisea o saducea. Sin lugar a dudas, no se nos llama a ser meros polemistas, pero jamás debiéramos avergonzarnos de dar testimonio de la Verdad tal como es en Jesús y de defender con denuedo la religión evangélica. Tenemos la Verdad y no debemos tener miedo a decirlo. El día del Juicio demostrará quién está en lo cierto, y a ese día debemos mirar con valentía.

Capítulo 5

Doctrinas diversas y extrañas

"No os dejéis llevar de doctrinas diversas y extrañas; porque buena cosa es afirmar el corazón con la gracia, no con viandas, que nunca aprovecharon a los que se han

El texto que encabeza este capítulo es una amonestación apostólica contra la falsa doctrina. Forma parte de una advertencia que S. Pablo dirigió a los cristianos hebreos. Es una amonestación tan necesaria hoy como hace 1800 años. Creo que jamás ha sido tan importante que los ministros cristianos clamen continuamente en alta voz: “No os dejéis llevar”.

El viejo enemigo del hombre, el diablo, no cuenta con una artimaña más sutil para la destrucción de las almas que la propagación de la falsa doctrina. Es asesino y engañador desde el principio; y nunca cesa de recorrer la Tierra “buscando a quien devorar”. Fuera de la Iglesia siempre está persuadiendo a los hombres para que conserven sus costumbres bárbaras y destructivas supersticiones. El sacrificio humano a los ídolos; la rebelión brutal, la cruel y repugnante adoración a falsas y abominables deidades; la persecución, la esclavitud, el canibalismo, el infanticidio, las devastadoras guerras religiosas; todo eso es obra de Satanás y fruto de sus insinuaciones. Cual pirata, su meta es “abordar y hundir”. Dentro de la Iglesia jamás deja de sembrar herejías, de propagar errores, de alentar el abandono de la fe. Si no puede evitar que fluyan las aguas del manantial de la vida, intenta envenenarlas. Si no puede destruir la medicina del Evangelio, hace lo posible para adulterarla y corromperla. No sorprende que se le llame “Apolión, el destructor”.

El divino Consolador de la Iglesia, el Espíritu Santo, ha empleado siempre un gran instrumento para confrontar las maquinaciones del diablo. Ese instrumento es la Palabra de Dios. La Palabra expuesta y revelada, la Palabra explicada y manifestada, la Palabra clarificada a la mente y aplicada al corazón, la Palabra es el arma elegida para confrontar y confundir al diablo. La Palabra fue la espada que enarbó el Señor Jesús cuando fue tentado. A cada ataque del tentador, respondió: “Escrito está”. La Palabra es la espada que deben utilizar sus ministros en la actualidad si quieren resistir victoriosamente al diablo. La Biblia, expuesta fiel y francamente, es la salvaguarda de la Iglesia de Cristo.

Deseo recordar esta lección y dirigir la atención del lector al texto que encabeza este capítulo. Vivimos en una época en que los hombres profesan su desagrado ante los dogmas y los credos y rehuyen cualquier teología controvertida. Aquel que se atreve a decir que una doctrina “es verdadera” y otra “es falsa” debe esperar que le llamen radical y estrecho de miras y perder el beneplácito de los hombres. Comoquiera que sea, la Escritura no se escribió en vano. Consideremos las tremendas lecciones que se hallan en las palabras de S. Pablo a los hebreos. Son lecciones para nosotros tanto como lo fueron para ellos.

I. Primero tenemos una *amplia advertencia*: “No os dejéis llevar de doctrinas diversas y extrañas”.

II. En segundo lugar tenemos una *valiosa receta*: “Buena cosa es afirmar el corazón

con la gracia, no con viandas”.

III. Por último tenemos aquí un *hecho instructivo*: “No con viandas, que nunca aprovecharon a los que se han ocupado de ellas”.

Tengo algo que decir con respecto a cada uno de estos puntos. Si aramos este campo de la Verdad descubriremos que hay un valioso tesoro escondido en él.

I. Primero viene la *amplia advertencia*: “No os dejéis llevar de doctrinas diversas y extrañas”.

El significado de estas palabras no es difícil de entender. “No os dejéis llevar de allá para acá —parece decir el Apóstol— por cada falsa doctrina como si fuerais barcos sin brújula ni timón. Habrá muchas falsas doctrinas mientras el mundo exista; variarán en detalles nimios, pero tendrán siempre un punto en común: el ser extrañas, nuevas, ajenas al Evangelio de Cristo. Existen ahora mismo. Acompañarán siempre a la Iglesia visible. Recordad esto y no os dejéis llevar”. Esa es la advertencia de S. Pablo.

La advertencia del Apóstol no es la única. Aun en medio del Sermón del Monte, los labios amantes de nuestro Salvador pronunciaron una solemne amonestación: “Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces” (Mateo 7:15). Aun en el último sermón de S. Pablo a los ancianos de Éfeso, aunque no tiene tiempo para hablar de los sacramentos, sí dedica algún tiempo a advertir a sus amigos acerca de la falsa doctrina: “Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos” (Hechos 20:30). En la segunda Epístola a los Corintios dice: “Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna forma extraviados de la sincera fidelidad a Cristo” (2 Corintios 11:3). En la Epístola a los Gálatas dice: “Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente”. “¿Quién os fascinó para no obedecer a la verdad?”. “¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?”. “¿Cómo es que os volvéis de nuevo a los débiles y pobres rudimentos?”. “Guardáis los días, los meses, los tiempos y los años. Me temo de vosotros”. “Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud” (Gálatas 1:6; 3:1, 3; 4:9, 10, 11; 5:1). En la Epístola a los Colosenses dice: “Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres” (Colosenses 2:8). En la primera epístola a Timoteo dice: “Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe” (1 Timoteo 4:1). La segunda Epístola de Pedro dice: “Habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras” (2 Pedro 2:1). La primera Epístola de Juan dice: “No creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo” (1 Juan 4:1). La Epístola de Judas dice: “Exhortándoos que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos. Porque algunos hombres han entrado encubiertamente” (Judas 1:3, 4).

¿Qué diremos ante estos textos? No sé cómo afectarán a los demás. Solo sé cómo

me afectan a mí. Decirnos ante estos textos, como dicen algunos, que las iglesias primitivas eran un modelo de perfección y pureza es absurdo. Aun en los tiempos apostólicos es manifiesto que había abundancia de errores, tanto en la doctrina como en la práctica. Decirnos, como hacen otros, que los clérigos no deben tratar cuestiones controvertidas y que nunca deben advertir a sus congregaciones de las ideas erróneas, es insensato e irrazonable. De esa forma estaríamos rechazando no poco del Nuevo Testamento. Ciertamente, el perro mudo y el pastor dormido son los mejores aliados del lobo y del ladrón. No en vano dice S. Pablo: “Si esto enseñas a los hermanos, serás buen ministro de Jesucristo” (1 Timoteo 4:6).

Hoy en día es especialmente necesaria una clara advertencia contra la falsa doctrina en Inglaterra. La escuela de los fariseos y la escuela de los saduceos, aquellas antiguas escuelas engendradoras de todas las desgracias, jamás han estado tan activas como en la actualidad. ¡Entre los hombres que añaden a la Verdad por un lado y los que sustraen de ella por otro, entre aquellos que entierran la Verdad con sus adiciones y los que la mutilan con sus sustracciones, entre la superstición y la incredulidad, entre el romanismo y el modernismo, entre el ritualismo y el racionalismo, entre estas dos piedras de molino, el Evangelio queda aplastado hasta morir!

Los clérigos están proponiendo constantemente ideas extrañas con respecto a las más profundas cuestiones. Con respecto a la expiación, a la divinidad de Cristo, a la inspiración de la Biblia, a la realidad de los milagros y a la eternidad del castigo futuro; con respecto a la Iglesia, al ministerio, a los sacramentos, a la confesión, al honor que merece la virgen María, a las oraciones por los muertos; con respecto a todas estas cosas no hay nada tan monstruoso que no lo enseñe algún ministro inglés en estos últimos tiempos. Por medio de la pluma y de la lengua, a través de la imprenta y desde el púlpito, el país está siendo completamente anegado por un diluvio de opiniones erróneas. Pasar por alto este hecho es mera ficción. Aunque pretendamos pasarlo por alto, otros lo ven. El peligro es real, grande e inequívoco. Jamás fue tan necesario decir: “No os dejéis llevar”.

Hay muchas cosas que se conjugan para hacer que esta invasión de falsa doctrina sea particularmente peligrosa. Hay un innegable celo en los maestros del error: su “fervor” (por utilizar un desafortunado término típico) hace pensar a muchos que tienen que estar en lo cierto. Dan una gran imagen de erudición y conocimiento teológico: muchos piensan que hombres tan inteligentes e intelectuales deben ser sin duda guías fiables. Existe una tendencia general en la actualidad al libre pensamiento y al libre examen: a muchos les gusta demostrar su independencia de juicio creyéndose las novedades. Existe un deseo muy extendido de parecer comprensivo y de mente liberal: muchos parecen avergonzarse de decir que alguien pueda estar equivocado. Estos falsos maestros modernos enseñan muchas medias verdades: utilizan incesantemente frases y términos escriturarios en un sentido no escriturario. Existe un anhelo enfermizo en la gente de una adoración más sensorial, ceremonial, sensacionalista y espectacular: los hombres son impacientes con la obra interior e invisible en el corazón. En todas partes se está dispuesto neciamente a escuchar a cualquiera que hable inteligentemente, con amor y fervor, y se está resuelto a olvidar

que Satanás a menudo “se disfraza como ángel de luz” (2 Corintios 11:14). Hay una amplia “credulidad” entre los que profesan ser cristianos: ciertamente, se creará a cualquier hereje que cuente su historia de forma plausible y cualquiera que dude de él recibirá el apelativo de perseguidor y de hombre estrecho de miras. Todas estas cosas son síntomas específicos de nuestros tiempos. Desafío a cualquier hombre observador a que lo niegue. Tienden a hacer que los ataques de la falsa doctrina sean particularmente peligrosos hoy en día. Hacen más necesario que nunca clamar en alta voz: “No os dejéis llevar”.

Si alguien me pregunta cuál es la mejor salvaguarda contra la falsa doctrina, respondo con una sola palabra: “La Biblia: la Biblia leída con regularidad, oración y estudio”. Debemos volver a la vieja receta de nuestro Señor: “Escudriñad las Escrituras” (Juan 5:39). Si queremos tener un arma que esgrimir ante las maquinaciones de Satanás, no hay nada como “la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios”. Pero, para esgrimirla con éxito, debemos leerla habitualmente, con diligencia, inteligencia y en oración. Este es un punto en el que creo que muchos fallan. En una época de prisas y bullicio, pocos leen sus biblias tanto como debieran. Quizá se lean más libros que nunca, pero se lee menos el único Libro que hace al hombre sabio para salvación. Roma y el modernismo jamás habrían causado tantos estragos en la Iglesia en los últimos cincuenta años si no hubiera habido un conocimiento tan superficial de las Escrituras por todas partes. Un laicado que lee la Biblia es la fortaleza de la Iglesia.

“Escudriñad las Escrituras”. Adviértase cómo el Señor Jesucristo y sus Apóstoles hacen constante referencia al Antiguo Testamento como un documento que tiene la misma autoridad que el Nuevo. Adviértase cómo citan textos del Antiguo Testamento como la voz de Dios, como si cada palabra hubiera sido dada por inspiración. Adviértase cómo se hace referencia en el Nuevo Testamento a los mayores milagros del Antiguo como hechos incuestionables e incontestables. Adviértase cómo se nombran constantemente los principales acontecimientos del Pentateuco como hechos históricos cuya realidad es indiscutible. Adviértase cómo la expiación, la sustitución y el sacrificio recorren toda la Biblia de principio a fin como doctrinas esenciales de la Revelación. Adviértase cómo la resurrección de Cristo, el más grande de todos los milagros, es demostrado por tal abrumador número de pruebas que el que no crea en ella bien puede decir que no cree en evidencia alguna en absoluto. ¡Advierte todas estas cosas y te costará mucho trabajo ser racionalista! Grandes son las dificultades de la incredulidad: exige más credulidad no ser cristiano que serlo. Pero mayores aún son las dificultades del racionalismo. La libre interpretación de la Escritura, los resultados de una crítica moderna, una teología liberal y tolerante; todas estas son expresiones elegantes, fatuas y altisonantes que agradarán a algunas mentes y parecerán muy sublimes a cierta distancia. Pero el hombre que mira por debajo de la superficie de las cosas pronto descubrirá que no hay un territorio intermedio entre el ultrarracionalismo y el ateísmo.

“Escudriñad las Escrituras”. Adviértase la destacada ausencia en el Nuevo Testamento de lo que denominaríamos el sistema sacramental y de todo el círculo de la teología ritualista. Adviértase cuán poco se habla de los efectos del bautismo.

Adviértase cuán raramente se menciona la Cena del Señor en las Epístolas. Busca, si puedes, un solo texto en el que los ministros del Nuevo Testamento sean considerados sacerdotes de un sacrificio, o donde la Cena del Señor se denomine sacrificio, o donde se recomiende y practique una confesión privada ante los ministros. Menciona, si puedes, un solo versículo donde las vestiduras del sacrificio se consideren deseables o donde se aprueben las velas y las flores en la Mesa del Señor, o las procesiones y el incienso, las banderas y los estandartes, o el mirar hacia el Este, inclinarse ante el pan y el vino, o la oración a María y los ángeles. ¡Fijémonos en estas cosas y veremos que es muy difícil ser ritualista! Quizá encuentres autoridad para el ritualismo en citas descontextualizadas de los Padres, en largas citas de escritores monacales, místicos o papales; pero ciertamente no la hallarás en la Biblia. Entre la Biblia plena, interpretada honrada y justamente, y el ritualismo extremo existe un abismo que no se puede traspasar.

Si no queremos dejarnos llevar “de doctrinas diversas y extrañas”, debemos recordar las palabras de nuestro Señor Jesucristo: “Escudriñad las Escrituras”. Dejar la Biblia a un lado es la raíz de todos los errores. El conocimiento de la Biblia es el mejor antídoto contra las herejías modernas.

II. Pasemos ahora a examinar la *valiosa receta* de S. Pablo: “Buena cosa es afirmar el corazón con la gracia, no con viandas”.

Hay dos palabras en esta receta que exigen cierta explicación. Es esencial comprenderlas correctamente para utilizar de forma adecuada el consejo del Apóstol. Una de las palabras es “viandas” y la otra es “gracia”.

Para advertir toda la fuerza de la palabra “viandas” debemos recordar la inmensa importancia que muchos judíos cristianos atribuían a las distinciones establecidas en la Ley ceremonial con respecto a la comida. Según Levítico se puede comer la carne de algunos pájaros y animales mientras que la de otros no. Por consiguiente, algunas carnes se llamaban “puras” y otras “impuras”. Comer ciertos tipos de carne hacía que un judío fuera ceremonialmente impuro ante Dios, y ningún judío estricto tocaba o comía semejante alimento bajo ningún concepto. Ahora bien, ¿debían conservarse estas distinciones después de la ascensión de Cristo al Cielo o las abolía el Evangelio? ¿Estaban obligados los conversos paganos a respetar el ceremonial de la Ley levítica con respecto a los alimentos? ¿Estaban obligados los judíos cristianos a ser estrictos con respecto a las carnes que comían como lo habían sido antes de la muerte de Cristo y de que el velo del Templo se rasgara en dos? ¿Había sido abolida por completo la Ley ceremonial con respecto a las carnes o no era así? ¿Debía tener problemas de conciencia un creyente en el Señor Jesús preocupándose con temor de que no le contaminase su comida?

Parece que preguntas de este tipo constituyeron algunas de las cuestiones más polémicas de los tiempos apostólicos. Como suele suceder a menudo, adoptaban un lugar completamente desproporcionado en relación con su verdadera importancia. El apóstol Pablo consideró necesario tratar la cuestión en no menos de tres de sus Epístolas a las iglesias: “La vianda no nos hace más aceptos ante Dios”. “El reino de Dios

no es comida ni bebida". "Nadie os juzgue en comida o en bebida" (1 Corintios 8:8; Romanos 14:17; Colosenses 2:16). No hay nada que muestre con tanta claridad la naturaleza caída del hombre como la disposición de conciencias enfermizas y escrupulosas a convertir nimiedades en cosas trascendentes. Finalmente, la controversia alcanzó tales proporciones que "viandas" se convirtió en una expresión para denotar cualquier ceremonial añadido al Evangelio como algo de vital importancia, cualquier nimiedad ritual sacada del lugar que le correspondía para alcanzar la categoría de algo consustancial a la religión. Creo que es en este sentido en el que debemos interpretar la palabra que tenemos en este texto. Por "viandas", S. Pablo entiende las normas ceremoniales, ya sean completamente inventadas por el hombre o basadas en los preceptos mosaicos que han sido abolidos y reemplazados por el Evangelio. Es una expresión que se comprendía muy bien en los tiempos apostólicos.

La palabra "gracia", por otro lado, parece utilizarse como una descripción global de todo el Evangelio de Jesucristo. La gracia es la principal característica de ese glorioso Evangelio: la gracia en el plan original, la gracia en su ejecución, la gracia en su aplicación al alma del hombre. La gracia es la fuente de vida de donde fluye nuestra salvación. La gracia es el instrumento mediante el cual se sostiene nuestra vida espiritual. ¿Estamos justificados? Es por gracia. ¿Somos llamados? Es por gracia. ¿Tenemos perdón? Es por medio de las riquezas de la gracia. ¿Tenemos una buena esperanza? Es por medio de la gracia. ¿Creemos? Es por medio de la gracia. ¿Somos elegidos? Es por la elección de la gracia. ¿Somos salvos? Es por la gracia. ¿Hace falta que diga más? Me faltaría tiempo para mostrar al completo el papel que desempeña la gracia en toda la obra de la redención. No sorprende que Pablo diga a los romanos: "No estáis bajo la ley, sino bajo la gracia" y que diga a Tito: "La gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres" (Romanos 3:24; Gálatas 1:15; Efesios 1:7; 2 Tesalonicenses 2:16; Hechos 18:27; Romanos 1:15; Efesios 2:5; Romanos 6:15; Tito 2:11).

Esos son los dos principios que contrasta S. Pablo en la receta que estamos considerando. Pone en contraposición las "viandas" y la "gracia"; el ceremonialismo y el Evangelio; el ritualismo y el libre amor de Dios en Cristo Jesús. Y luego establece el gran principio de que el corazón debe afirmarse por medio de la "gracia" y no por medio de "viandas".

Ahora bien, "afirmar el corazón" es una de las grandes carencias de muchos de los que profesan el cristianismo. Lo necesitan especialmente aquellos cuyo conocimiento es imperfecto y cuya conciencia solo está parcialmente iluminada. Esas personas suelen sentir en ellas un gran pecado y al mismo tiempo ven de forma inconfundible el remedio de Dios y la plenitud de Cristo. Su fe es débil, su esperanza exigua y su consuelo escaso. Quieren obtener más ánimo. Creen que deben sentir más y ver más. No están satisfechos. No pueden obtener el gozo y la paz de creer. ¿A dónde pueden dirigirse? ¿Qué puede tranquilizar sus conciencias? Entonces llega el enemigo de las almas y sugiere algún atajo para afirmar el corazón. Insinúa el valor de alguna adición al sencillo plan del Evangelio, alguna estratagema humana, alguna exageración de la Verdad, algún invento que satisfaga a la carne, alguna mejora del viejo camino y

susurra: “Utiliza esto solamente y serás afirmado”. Se le ofrecen cosas razonables simultáneamente de todas partes como medicinas de curandero. Cada cual tiene sus patrocinadores y sus defensores. La pobre alma inestable escucha invitaciones por todos lados a encaminarse en cierta dirección para que llegue la afirmación perfecta.

“Ven a nosotros —dice el católico romano—. Únete a la Iglesia católica, la Iglesia sobre la Roca, la única Iglesia verdadera, santa y que no puede errar. Ven a su seno y deja que tu alma repose bajo su protección. Ven a nosotros y serás afirmado”.

“Ven a nosotros —dice el ritualista extremo—. Necesitas ideas más amplias y completas con respecto al sacerdocio y a los sacramentos, a la presencia real en la Cena del Señor, a la influencia tranquilizadora de las misas diarias, de la confesión auricular y de la absolución sacerdotal. Ven y adopta ideas sanas sobre la Iglesia y serás afirmado”.

“Ven a nosotros —dice el liberal a ultranza—. Quítate de encima las cadenas y los grilletes de las iglesias establecidas. Sal de toda alianza con el Estado. Disfruta de la libertad religiosa. Desecha las formas y los libros de oración. Pronuncia shibolet como nosotros. Únete a nuestro grupo. Pon tu suerte en nuestras manos y pronto serás afirmado”.

“Ven a nosotros —dicen los Hermanos de Plymouth—. Sacúdete cualquier atadura de los credos, las iglesias y los sistemas. Pronto te mostraremos ideas más elevadas, profundas, excelsas e iluminadas de la Verdad. Únete a los hermanos y pronto serás afirmado”.

“Ven a nosotros —dice el racionalista—. Echa a un lado los harapos de los agotados conceptos del cristianismo. Dale a tu razón pleno margen de maniobra. Adopta una forma más libre de interpretar la Escritura. No sigas siendo esclavo de un libro del mundo antiguo. Rompe tus cadenas y serás afirmado”.

Todo cristiano con cierta experiencia sabe bien que esos llamamientos se están haciendo constantemente en la actualidad a las mentes inquietas. ¿Quién no ha visto que, cuando se hacen con valentía y confianza, producen un doloroso efecto en las personas? ¿Quién no ha observado que a menudo seducen a las almas inestables y las llevan a la infelicidad durante años?

“¿Qué dice la Escritura?”. Esa es la única guía segura. Escucha lo que dice S. Pablo. La afirmación del corazón no se halla uniéndose a un grupo u otro. Se produce “con la gracia, no con viandas”. Otras cosas quizá tengan “cierta reputación de sabiduría” y satisfagan a “la carne” transitoriamente (Colosenses 2:23), pero realmente no tienen poder sanador alguno en ellas y no mejoran al infeliz que confía en ellas, sino que más bien le dejan peor.

Un conocimiento más claro del plan de gracia divino, sus propósitos eternos y su aplicación al hombre por medio de la obra redentora de Cristo; una comprensión más firme de la doctrina de la gracia, del libre amor de Dios en Cristo, de la satisfacción completa y plena por parte de Cristo del castigo por el pecado, de la justificación por la sola fe; un conocimiento más íntimo de Cristo el Dador y la Fuente de la gracia, sus funciones, su compasión, su poder; una experiencia más profunda de la obra interior de la gracia en el corazón; este, este, este es el gran secreto para la afirmación del corazón. A primera vista puede parecer demasiado simple, demasiado fácil, demasiado asequible,

demasiado tópico, demasiado evidente. Pero toda la sabiduría del hombre jamás mostrará a aquel que está cargado un camino mejor para el descanso del corazón. Me temo que el orgullo secreto y la autojustificación son demasiado a menudo los que motivan que no se utilice este viejo camino.

Creo que jamás ha habido una época en que fuera más necesario aferrarse a la vieja receta apostólica que en la actual. Jamás hubo tantos cristianos inestables e inquietos, vagando de un lado a otro y zarandeados en todas las direcciones por falta de conocimiento. Jamás ha sido tan importante que los ministros fieles lleven la trompeta a sus bocas y proclamen por todas partes: “Gracia, gracia, gracia, no viandas, es lo que afirma el corazón”.

Desde los tiempos de los Apóstoles jamás han faltado curanderos espirituales que han declarado curar las heridas de la conciencia con remedios humanos. En nuestra misma amada Iglesia ha habido siempre algunos que han vuelto a Egipto en sus corazones y, no contentos con la sencillez de nuestra adoración, han añorado las ollas de la Iglesia de Roma. El tristemente conocido Laud hizo algunas cosas en esta línea, pero sus actos no fueron nada en comparación con los de algunos clérigos de la actualidad. Oír cómo se exaltan los sacramentos y se desprecia la predicación; ver cómo la Cena del Señor se convierte en un ídolo bajo el especioso pretexto de hacerla más honorable; ver cómo la sencilla adoración del *Libro de Oración* se recubre de tantos adornos de moda que su esencia queda completamente enterrada; ¡qué habitual es todo esto! Estas cosas fueron en un tiempo una peste que se extendía en las tinieblas. Ahora destruyen a plena luz del día. Son el gozo de nuestros enemigos, la tristeza de los mejores hijos de la Iglesia, la ruina del cristianismo inglés, la plaga de nuestros tiempos. ¿Y dónde hallamos su origen? En el rechazo o el olvido de la sencilla receta de S. Pablo: Es la gracia, y no las viandas, lo que afirma el corazón.

Cuidémonos de que en nuestra propia religión personal la gracia lo sea todo. Tengamos ideas claras y sistemáticas del Evangelio de la gracia de Dios. Nada más hará bien alguno en tiempos de enfermedad, en el día de la prueba, en el lecho de muerte y en los desbordamientos del Jordán. Cristo permaneciendo en nuestros corazones por fe, la libre gracia de Cristo como el único fundamento bajo nuestros pies; únicamente eso proporcionará paz. Una vez que se deja que el yo, las formas y las ideas humanas entren como algo necesario para nuestra religión, estamos sobre arenas movedizas. Quizá se nos entretenga, emocione o tranquilice durante un tiempo, como niños con juguetes, por medio de una religión de “viandas”. Semejante religión tiene “cierta reputación de sabiduría”. Pero, a menos que nuestra religión sea una religión donde la “gracia” lo sea todo, jamás seremos afirmados.

III. En último lugar paso a examinar el *hecho instructivo* que hace constar S. Pablo. Dice: “No con viandas, que nunca aprovecharon a los que se han ocupado de ellas”.

No podemos saber si el Apóstol utilizaba estas palabras en referencia a iglesias o a individuos concretos. Por supuesto, es posible que tuviera en mente a los cristianos judaizantes de Antioquía y Galacia, o a los efesios de quienes habla a Timoteo en su Epístola Pastoral, o a los colosenses que tantos conflictos internos le causaban, o a los

creyentes hebreos de toda iglesia sin excepción. Comoquiera que sea, creo que es mucho más probable que no tuviera una iglesia o un grupo de iglesias en mente. Creo que más bien hace una declaración extensa y general con respecto a todos los que habían exaltado en cualquier lugar el ceremonial en detrimento de las doctrinas de la “gracia”. Y hace una amplia aseveración con respecto a todos ellos. No han obtenido provecho alguno de sus ideas favoritas. No han alcanzado una felicidad interior más grande, no han sido más santos externamente o más provechosos en general. Su religión les ha sido completamente estéril. Las alteraciones humanas de la preciosa medicina de Dios para los pecadores, las adiciones humanas al glorioso Evangelio de Cristo —no importa cuán especiosamente se defiendan o plausiblemente se sostengan— no hacen ningún bien real a los que las adoptan. No confieren un consuelo interior más grande, no aportan crecimiento alguno de la verdadera santidad, no son más útiles para la Iglesia y el mundo. La aseveración se hace tranquila, callada y suavemente, pero con firmeza, decisión y resolución: “No con viandas, que *nunca aprovecharon* a los que se han ocupado de ellas”.

Todo el curso de la historia de la Iglesia confirma abundantemente la verdad de la postura del Apóstol. ¿Quién no ha oído hablar de los eremitas y los ascetas de los primeros siglos? ¿Quién no ha oído hablar de los monjes y las monjas y reclusos de la Iglesia católica romana durante la Edad Media? ¿Quién no ha oído hablar del celo consumidor y la devota abnegación de católicos romanos como Javier e Ignacio de Loyola? El fervor, la sinceridad y el sacrificio personal de todos ellos están fuera de toda duda. Pero nadie que lea cuidadosa e inteligentemente las historias de sus vidas, sí, de las mejores de ellas, puede dejar de ver que no tenían una paz sólida o un verdadero descanso interior del alma. Su misma intranquilidad febril es suficiente para demostrar que sus conciencias no estaban en paz. Arremolinaron en torno a sí a partidarios que les admiraban. Dejaron una elevada reputación por su abnegación y sacrificio. Hicieron que los hombres los admiraran en vida y que, en ocasiones, los canonizaran a su muerte. Pero no hicieron nada por *convertir almas*. ¿Y cuál es la razón para ello? Atribuyeron una importancia arrogante a los rituales y al ceremonial humano e hicieron menos de lo que debieran haber hecho por el Evangelio de la gracia de Dios. Su principio era otorgar gran importancia a las “viandas” y poca a la “gracia”. De ahí que se verificaran las palabras de S. Pablo: “No con viandas, que nunca aprovecharon a los que se han ocupado de ellas”.

La historia misma de nuestra época atestigua extraordinariamente la verdad de la aseveración de Pablo. En los últimos veinticinco años, decenas de clérigos han abandonado la Iglesia de Inglaterra y se han unido a la Iglesia de Roma. Querían más de lo que denominaban la doctrina católica y el ceremonial católico. Actuaron coherentemente con sus principios y se pasaron a Roma. No eran hombres débiles, analfabetos, de segunda fila e inferiores; varios de ellos eran hombres de gran talento cuyos dones les habrían reportado una posición elevada en cualquier profesión. Sin embargo, ¿qué han ganado con el paso que han dado? ¿Qué provecho han hallado en dejar la “gracia” por las “viandas”, en cambiar el protestantismo por el catolicismo? ¿Han alcanzado un patrón más elevado de santidad? ¿Se han procurado un mayor nivel

de provecho? Dejemos que uno de ellos nos responda. ¡El Sr. Ffoulkes, uno de los que encabezan el grupo, ha declarado abiertamente en los últimos años que la predicación de algunos de sus “pervertidos” compañeros no es tan poderosa como cuando pertenecían a la Iglesia de Inglaterra y que el nivel más elevado de santidad que ha visto no está dentro de los límites de Roma, sino en las casas de los párrocos y en la humilde vida familiar de los piadosos clérigos ingleses! Sea intencionado o no, deliberado o no, no puede haber nada más extraordinario que el testimonio que da el Sr. Ffoulkes de la aseveración del Apóstol: “Las viandas no aprovechan” ni siquiera a los que les otorgan gran pompa. El sistema religioso que exalta el ceremonial y el ritual humano no hace bien alguno a sus seguidores en comparación con el antiguo y sencillo Evangelio de la gracia de Dios.

Pasemos ahora por unos momentos al otro lado del cuadro y veamos lo que ha hecho la “gracia”. Escuchemos lo provechosas que han demostrado ser las doctrinas del Evangelio para aquellos que se han aferrado firmemente a ellas y no han intentado enmendarlas, mejorarlas y parchearlas añadiendo, como si fueran esenciales, las “viandas” del ceremonial humano.

Fue “con la gracia, no con viandas” como hizo Martín Lutero la obra que llevó a cabo en este mundo. La clave de todo su éxito fue la constante declaración de la justificación por la fe, sin las obras de la Ley. Esta fue la verdad que le capacitó para romper las cadenas de Roma y hacer entrar la luz en Europa.

Fue “con la gracia, no con viandas” como nuestros mártires ingleses, Latimer y Hooper, ejercieron tan enorme influencia en vida y brillaron con tal resplandor en su muerte. Vieron claramente y enseñaron claramente el verdadero sacerdocio de Cristo y la salvación solo por gracia. Honraron la gracia de Dios y Dios les honró.

Fue “con la gracia, no con viandas” como Romaine y Venn y sus compañeros revolucionaron Inglaterra hace 100 años. No eran hombres extraordinariamente eruditos o de gran poder intelectual en sí mismos. Pero avivaron y sacaron a la luz nuevamente las verdaderas doctrinas puras de la gracia.

Fue “con la gracia, no con viandas” como Simeon, el obispo Daniel Wilson y Bickersteth llegaron a ser extraordinarios instrumentos de provecho durante la primera mitad del siglo XIX. La libre gracia de Dios fue la gran verdad sobre la que se apoyaban y que continuamente presentaban. Dios les honró por hacerlo. Otorgaron gran importancia a la gracia de Dios y el Dios de gracia les otorgó gran importancia a ellos.

La lista de biografías ministeriales nos cuenta una historia extraordinaria. ¿Quiénes son los que han conmocionado el mundo, han dejado su huella en su generación, han despertado las conciencias y han convertido a los pecadores y edificado a los santos? No aquellos que convirtieron el ascetismo, el ceremonial, los sacramentos, los cultos y las ordenaciones en lo principal, ¡sino aquellos que más importancia otorgaron a la libre gracia de Dios! En tiempos de lucha, de controversia, de duda y confusión, los hombres lo olvidan. Los hechos son evidentes. Considerémoslos con calma y no nos dejemos alterar por aquellos que nos dicen que los cultos diarios, las comuniones frecuentes, las procesiones, el incienso, las genuflexiones, el santiguarse, las confesiones, las absoluciones y cosas semejantes son el secreto de un cristianismo próspero.

Consideremos los hechos pura y llanamente. Los hechos en la Historia antigua y los hechos en los tiempos modernos, los hechos en todos los lugares de Inglaterra, apoyan la aseveración de S. Pablo. La religión de “viandas” nunca “[aprovechó] a los que se han ocupado de ella”. Es la religión de la gracia la que trae paz interior, santidad exterior y provecho general.

Permítaseme acabar este capítulo con unas palabras de aplicación práctica. Vivimos en una época de marcado peligro religioso. Estoy completamente seguro de que el consejo que voy a ofrecer merece una cuidadosa atención.

1) En primer lugar, *no nos sorprendamos* del auge y el progreso de la falsa doctrina. Es algo tan antiguo como los antiguos Apóstoles. Comenzó antes de que estos murieran. Predijeron que proliferaría abundantemente antes del fin del mundo. Ha sido decretado sabiamente por Dios para someter a prueba nuestra gracia y probar quién tiene verdadera fe. Si no hubiera tal cosa como la falsa doctrina o la herejía en la Tierra, empezaría a pensar que la Biblia no es verdadera.

2) En siguiente lugar, mentalicémonos para *defendernos de la falsa doctrina* y no dejarnos llevar por la moda y los malos ejemplos. No nos arredremos porque todos a nuestro alrededor, los de clase baja y elevada, los ricos y los pobres, sean arrastrados cual chozas en una inundación por un torrente de semipapismo. Estemos firmes y en pie en nuestro terreno.

Defendámonos de la falsa doctrina y contendamos ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos. No nos avergoncemos de mostrar nuestros colores y defender la verdad del Nuevo Testamento. No nos detengamos por miedo a la “controversia”. Al ladrón le gustan los perros que no ladran y los vigías que no dan la voz de alarma. El diablo es un ladrón. Si nos callamos y no nos defendemos de la falsa doctrina, le agradamos a él y disgustamos a Dios.

3) En siguiente lugar, intentemos *preservar* los viejos principios protestantes de la Iglesia de Inglaterra y transmitirlos indemnes a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos. No escuchemos a esos clérigos medrosos que querrían que abandonáramos el barco y dejáramos la Iglesia de Inglaterra en sus tiempos de necesidad.

Merece la pena luchar por la Iglesia de Inglaterra. Ha hecho un buen trabajo en el pasado y puede seguir haciéndolo si la mantenemos libre de papismo e incredulidad. Una vez que se readmita y apruebe la misa papal y la confesión auricular, la Iglesia de Inglaterra estará perdida. Luchemos, pues, denodadamente para que la Iglesia de Inglaterra siga siendo protestante. Leamos cada año con atención los Treinta y Nueve Artículos y seamos capaces de citarlos. Los ultrarritualistas y los ultrarrealistas no pueden sostenerse ante el verdadero significado de estos Artículos interpretados honradamente.

4) En último lugar, *asegurémonos de nuestra propia salvación personal*. Busquemos saber y sentir que nosotros mismos somos “salvos”.

Los tiempos de controversia son siempre tiempos de peligro espiritual. Los hombres tienden a confundir la ortodoxia con la conversión y a pensar que irán al Cielo si saben cómo responder a los papistas. Sin embargo, el mero fervor sin conocimiento y el mero

conocimiento intelectual del protestantismo no salvan a nadie igualmente. Jamás olvidemos esto.

No descansemos hasta sentir la sangre de Cristo rociada sobre nuestras conciencias y tener dentro de nosotros el testimonio del Espíritu de que hemos nacido de nuevo. Eso es realidad. Eso es religión verdadera. Eso durará. Eso no nos fallará jamás. Es la posesión de la gracia en el corazón, y no el conocimiento intelectual de la misma, lo que aprovecha y salva al alma.

Capítulo 6

La falibilidad de los ministros

“Pero cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar. Pues antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión. Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal forma que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos. Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar? Nosotros, judíos de nacimiento, y no pecadores de entre los gentiles, sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado”

(Gálatas 2:11–16).

¿Hemos considerado alguna vez lo que hizo Pedro en Antioquía? Es una cuestión que merece nuestra cuidadosa consideración.

Se nos habla a menudo con respecto a lo que hizo el apóstol Pedro *en Roma*, aunque apenas encontramos información auténtica alguna al respecto. Los escritores católicos romanos nos proporcionan numerosas historias acerca de esto. Abundan las leyendas, tradiciones y fábulas en torno a la cuestión. Pero, lamentablemente para estos escritores, la Escritura no dice nada en referencia a ello. ¡No hay nada en la Escritura que demuestre siquiera que el apóstol Pedro llegara a estar en Roma!

¿Pero qué es lo que hizo el apóstol Pedro *en Antioquía*? Este es el punto sobre el que quiero llamar la atención. Este es el asunto del pasaje de la Epístola a los Gálatas que encabeza este capítulo. En cualquier caso, la Escritura habla muy clara e inequívocamente con respecto a esto.

Los seis versículos del pasaje que tenemos ante nosotros son extraordinarios en muchos sentidos. Son extraordinarios si consideramos el *acontecimiento que* describen: ¡Aquí tenemos a un apóstol reprendiendo a otro! Son extraordinarios al considerar quiénes son los dos *hombres*: ¡Pablo, el más joven, reprende a Pedro, el mayor! Son extraordinarios cuando advertimos el *motivo*: ¡A primera vista, lo que Pedro había cometido no era un error manifiesto, un pecado flagrante! Sin embargo, el apóstol Pablo dice: “Le resistí cara a cara, porque era de condenar”. Hace más que eso: reprende a Pedro públicamente por su error ante toda la iglesia en Antioquía. Va más lejos aún: hace constar el hecho de tal forma que ahora se lee en doscientos idiomas por todo el mundo.

Tengo la firme convicción de que el Espíritu Santo quiere que prestemos especial atención a este pasaje de la Escritura. Si el cristianismo hubiera sido un invento del hombre, estas cosas jamás se habrían escrito. Un impostor, como Mahoma, hubiera silenciado las diferencias entre estos dos Apóstoles. El Espíritu de la Verdad ha hecho que tengamos estos versículos para que aprendamos, y bien haremos en prestar atención a su contenido.

Hay tres grandes lecciones en Antioquía que creo que debemos aprender de este pasaje.

I. La *primera* lección es que *los grandes ministros pueden cometer grandes equivocaciones*.

II. La *segunda* es que *mantener la verdad de Cristo en su Iglesia es aún más importante que mantener la Paz*.

III. La *tercera* es que *no hay doctrina de la que más celosos debamos ser que la de la justificación por la fe sin las obras de la Ley*.

I. La primera lección que aprendemos de Antioquía es que *los grandes ministros pueden cometer grandes equivocaciones*.

¿Qué prueba más clara puede haber que la que aquí se nos presenta? Pedro, sin duda, era uno de los más grandes en el grupo de los Apóstoles. Era un viejo discípulo. Era un discípulo que había tenido ventajas y privilegios particulares. Había acompañado al Señor Jesús constantemente. Había oído predicar al Señor, le había visto hacer milagros, había disfrutado del beneficio de la enseñanza privada del Señor, había sido contado entre los amigos íntimos del Señor y había ido y venido con Él durante todo el tiempo que ministró en la Tierra. Era el Apóstol al que se habían dado las llaves del Reino de los Cielos y por cuya mano esas llaves se habían utilizado por primera vez. Fue el primero que abrió la puerta de la fe a los judíos predicándoles en el día del Pentecostés. Fue el primero que abrió la puerta de la fe a los gentiles yendo a casa de Cornelio y haciéndole entrar en la Iglesia. Fue el primero en levantarse en el Concilio que tenemos en Hechos 15 y decir: “¿Por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar?”. Y, sin embargo, este mismo Pedro, este mismo Apóstol, aquí cae claramente en un gran error. El apóstol Pablo nos dice: “Le resistí cara a cara”. Nos dice que “era de condenar”

porque “tenía miedo de los de la circuncisión”. Dice de él y de sus compañeros que “no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio”. Habla de su “hipocresía”. Nos dice que, por medio de esa hipocresía, aun Bernabé, su viejo compañero en la obra misionera, “fue también arrastrado”.

¡Qué hecho tan extraordinario es este! ¡Se trata de Simón Pedro! ¡Este es su tercer gran error del que el Espíritu Santo ha considerado adecuado dejar constancia! En una ocasión vemos cómo intenta, en la medida de sus posibilidades, evitar que nuestro Señor lleve a cabo la gran obra de la Cruz y se le reprende por ello. Luego lo vemos negando al Señor en tres ocasiones maldiciendo y jurando. Aquí volvemos a verlo ahora poniendo en peligro la Verdad esencial del Evangelio de Cristo. Ciertamente podemos decir: “Señor, ¿qué es el hombre?”. La Iglesia de Roma se jacta de que el apóstol Pedro es su fundador y primer obispo. Aceptémoslo, concedámoslo por un momento. Recordemos tan solo que, de todos los Apóstoles —salvo Judas Iscariote, por supuesto—, no hay ninguno del que haya tantas pruebas de que fue un hombre falible. Según ella misma, la Iglesia de Roma fue fundada por el más falible de los Apóstoles.

Pero esto tiene el propósito de enseñarnos que aun los propios Apóstoles, cuando no escribían bajo la inspiración del Espíritu Santo, eran susceptibles de equivocarse en ocasiones. Tiene el propósito de enseñarnos que aun los mejores hombres son débiles y falibles mientras están en el cuerpo. A menos que la gracia de Dios los sostenga, cualquiera de ellos puede extraviarse en cualquier momento. Es humillante, pero cierto. Los verdaderos cristianos son conversos, justificados y santificados. Son miembros vivientes de Cristo, hijos amados de Dios y herederos de la vida eterna. Son elegidos, llamados y guardados para salvación. Tienen el Espíritu. Pero *no son infalibles*.

¿No confieren infalibilidad el rango y la dignidad? No, ¡en absoluto! No importa el nombre que alguien reciba. Puede tratarse de un zar, un emperador, un rey, un príncipe. Puede tratarse de un papa, un cardenal, un arzobispo, un obispo, un deán, un archidiacono, un sacerdote o un diácono. Sigue siendo un *hombre falible*. Ni la corona, ni la diadema, ni el aceite de la unción, ni la mitra, ni la imposición de manos pueden evitar que un hombre cometa equivocaciones.

¿No confieren infalibilidad los números? No, ¡en absoluto! Puedes reunir a docenas de príncipes y a centenares de obispos; pero, cuando están reunidos, siguen siendo susceptibles de errar. Puedes denominarlo concilio, sínodo, asamblea, conferencia o lo que te plazca. No importa en absoluto. Sus conclusiones siguen siendo conclusiones de *hombres falibles*. Su sabiduría colectiva sigue siendo capaz de cometer grandísimas equivocaciones. Bien dice el Artículo 21 de la Iglesia de Inglaterra: “Los concilios generales [...] no solo pueden errar, sino que han errado algunas veces, aun en aquellas cosas que conciernen a la norma de la piedad”.

El ejemplo del apóstol Pedro en Antioquía no es un caso aislado. Es solo uno de tantos que hallamos en la Santa Escritura para nuestra enseñanza. ¿No recordamos a Abraham, el padre de los fieles, siguiendo el consejo de Sara y tomando a Agar por esposa? ¿No recordamos a Aarón, el primer sumo sacerdote, escuchando a los hijos de Israel y confeccionando un becerro de oro? ¿No recordamos a Natán, el profeta, diciendo a David que construyera un templo? ¿No recordamos a Salomón, el más sabio

de los hombres, permitiendo a sus esposas que construyeran sus lugares altos? ¿No recordamos a Asa, el buen rey de Judá, buscando a los médicos en lugar de al Señor? ¿No recordamos a Josafat, el buen rey, descendiendo para ayudar al malvado Acab? ¿No recordamos a Ezequías, el buen rey, recibiendo a los embajadores de Babilonia? ¿No recordamos a Josías, el último de los buenos reyes de Judá, yendo a luchar junto a Faraón? ¿No recordamos a Santiago y a Juan deseando que cayera fuego del cielo? Estas cosas merecen ser recordadas. No se escribieron sin motivo. Claman en alta voz: *¡No hay infalibilidad!*

¿Y quién no ve, al leer la historia de la Iglesia de Cristo, repetidas pruebas de que los mejores hombres pueden errar? Los primeros padres eran celosos según su conocimiento y estaban dispuestos a morir por Cristo. Pero muchos de ellos aprobaron la vida monástica y casi todos sembraron las semillas de múltiples supersticiones. Los reformadores fueron honrosos instrumentos en la mano de Dios para avivar la causa de la Verdad en la Tierra. Sin embargo, casi no se puede nombrar a ninguno de ellos que no cometiera alguna gran equivocación. Martín Lutero sostuvo pertinazmente la doctrina de la consustanciación. Melancton fue a menudo tímido e indeciso. Calvino permitió que Servet fuera a la hoguera. Cranmer se retractó y se desvió por un tiempo de su primera fe. Jewel suscribió las doctrinas papales por temor a la muerte. Hooper perturbó a la Iglesia de Inglaterra por su excesiva escrupulosidad con respecto a las vestimentas. Los puritanos, en tiempos posteriores, denunciaron la tolerancia como Apolión y Abadón. Wesley y Toplady, en el siglo pasado, se desacreditaron mutuamente con el más vergonzoso lenguaje. Irving, en nuestra época, se entregó al engaño de hablar en lenguas desconocidas. Todas estas cosas claman con voz clara. Todas ellas son un faro para la Iglesia de Cristo. Todas dicen: “Dejaos del hombre”. “No llaméis padre vuestro a nadie en la tierra”. “Ni seáis llamados maestros”. “Ninguno se gloríe en los hombres”. “El que se gloría, gloríese en el Señor”. Todas claman: *¡no existe la infalibilidad!*

Esta es una lección que todos necesitamos. Todos tenemos tendencia natural a apoyarnos en el hombre —al que podemos ver— más que en Dios, al que no podemos ver. Por naturaleza preferimos apoyarnos en los ministros de la Iglesia visible en lugar de en nuestro Señor Jesucristo, el gran Pastor, Obispo y Sumo Sacerdote, que es invisible. Necesitamos que se nos advierta constantemente y se nos ponga en guardia.

Veo esta tendencia a apoyarse en el hombre por todas partes. No conozco ninguna rama del Iglesia protestante de Cristo que no precise de amonestación en este punto. Es una trampa, por ejemplo, para el episcopal inglés convertir en ídolos al obispo Pearson y al “juicioso Hooker”. Es una trampa para el presbiteriano escocés depositar su fe en John Knox, en los *covenanters* y en el Dr. Chalmers. Es una trampa para los metodistas de nuestra época adorar el recuerdo de John Wesley. Es una trampa para los independientes considerar que cualquier opinión de Owen y Doddridge está libre de error. Es una trampa para el bautista exagerar la sabiduría de Gill, Fuller y Robert Hall. Todas estas son trampas, ¡y cuántos caen en ellas!

Todos por naturaleza queremos tener un papa propio. Todos estamos demasiado dispuestos a pensar que, porque un gran ministro o un hombre erudito diga algo —o

porque nuestro propio ministro, a quien amamos, diga algo—, tiene que ser cierto, sin comprobar si está en la Escritura o no. A la mayoría de los hombres les desagradaba tomarse la molestia de pensar por ellos mismos. Les gusta seguir a un dirigente. Son como ovejas: cuando una cae por el desfiladero, todas las demás la siguen. Aquí, en Antioquía, aun Bernabé fue arrastrado. Podemos imaginar a aquel buen hombre diciendo: “Un viejo Apóstol como Pedro no puede estar equivocado. Si le sigo no puedo errar”.

Consideremos ahora las lecciones prácticas que podemos extraer de este aspecto de la cuestión.

a) Por un lado, aprendamos a no confiar incondicionalmente en la opinión de cualquier hombre simplemente *porque vivió hace muchos siglos*. Pedro era un hombre que vivió en los tiempos de Cristo mismo y, sin embargo, podía equivocarse.

Hay muchos que hablan constantemente en la actualidad de “la voz de la Iglesia primitiva”. Querrían que creyéramos que aquellos que vivieron más cerca de los tiempos de los Apóstoles tenían obviamente que saber más acerca de la Verdad de lo que podemos saber nosotros. Semejante opinión carece de base alguna. Es un hecho que la mayoría de los escritores antiguos a menudo discreparon entre sí. Es un hecho que a menudo cambiaron de opinión y se retractaron de ideas anteriores. Es un hecho que a menudo escribieron cosas necias e insostenibles y demostraron gran ignorancia en sus explicaciones de la Escritura. Es inútil esperar que estén libres de error. *La infalibilidad no se encuentra en los primeros Padres, sino en la Biblia.*

b) Por otro lado, aprendamos a no confiar incondicionalmente en la opinión de ningún hombre *meramente por su oficio de ministro*. Pedro fue uno de los principales Apóstoles y, sin embargo, podía errar.

Este es un punto en el que los hombres se han extraviado constantemente. Es la roca contra la que se estrelló la Iglesia primitiva. Los hombres pronto empezaron a decir: “No hagas nada en contra de lo que piensa el obispo”. ¿Pero qué son los obispos, sacerdotes y diáconos? ¿Qué son los mejores ministros sino hombres; polvo, cenizas y barro; hombres de pasiones como nosotros, hombres expuestos a tentaciones, hombres susceptibles de debilidad y flaqueza? ¿Qué dice la Escritura?: “¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno concedió el Señor” (1 Corintios 3:5). Los obispos han extraviado a menudo la Verdad y han decretado que cosas falsas eran verdaderas. Los mayores errores han sido introducidos por ministros. Ofni y Finees, los hijos del sumo sacerdote, hicieron que los hijos de Israel abominaran de la religión. Anás y Caifás, a pesar de descender directamente de Aarón, crucificaron al Señor. Arrio, el gran herejarca, era un ministro. Es absurdo suponer que los hombres ordenados no puedan equivocarse. Debemos obedecerlos en la medida en que enseñen conforme a la Biblia, pero no más. Debemos creerles mientras puedan decir: “Escrito está”, “así dice el Señor”; pero no debemos excedernos de eso. *La infalibilidad no está en los hombres ordenados, sino en la Biblia.*

c) Por otro lado, aprendamos a no confiar incondicionalmente en la opinión de

ningún hombre *meramente por su erudición*. Pedro era un hombre de dones milagrosos y capaz de hablar en lenguas y, sin embargo, podía errar.

Este es un punto en el que nuevamente muchos se equivocan. Esta es la roca contra la que se estrellaron los hombres en la Edad Media. Consideraban a Tomás de Aquino, a Duns Escoto y Pedro Lombardo, así como a otros compañeros suyos, casi como inspirados. Hablaban del doctor “irrefragable”, del doctor “seráfico”, del doctor “incomparable”, ¡y parecían pensar que cualquier cosa que dijeran estos doctores tenía que ser cierta! ¿Pero qué es el hombre más culto si no le enseña el Espíritu Santo? ¿Qué es el más culto de los eruditos sino un mero hijo falible de Adán en su mejor expresión? El vasto conocimiento de libros y la gran ignorancia de la verdad de Dios pueden ir de la mano. Ha sido así, puede ser así y siempre será así. Quiero llamar la atención sobre que los dos volúmenes de las memorias y sermones de Robert M’Cheyne hayan hecho más bien a las almas de los hombres que cualquier infolio que escribieran jamás Orígenes o Cipriano. No me cabe duda de en el día final se demostrará que el volumen único de “El progreso del peregrino” —escrito por un hombre que a duras penas conocía otro libro que la Biblia y que no sabía griego ni latín— ha sido de más beneficio para el mundo que todas las obras de los escolásticos juntas. La erudición no es un don que deba despreciarse. Son tiempos malignos aquellos en los que no se valoran los libros en la Iglesia. Pero es asombroso observar lo vastos que pueden ser los logros intelectuales de un hombre que, sin embargo, conozca muy poco la gracia de Dios. No dudo que las eminencias de Oxford del siglo pasado supieran más hebreo, griego y latín que Wesley, Whitefield, Berridge o Venn. Pero sabían poco del Evangelio de Cristo. *La infalibilidad no está entre los eruditos, sino en la Biblia.*

d) Por otro lado, cuidémonos de no depositar una confianza incondicional *en la opinión de nuestro propio ministro*, independientemente de lo piadoso que sea. Pedro era un hombre de tremenda gracia y, sin embargo, podía errar.

La persona que te ministra puede ser ciertamente un hombre de Dios, digno de todo honor por su predicación y sus actos; pero no le conviertas en papa. No pongas su palabra a la altura de la Palabra de Dios. No le corrompas por medio de tus elogios. No le hagas pensar que no puede cometer equivocaciones. No apoyes todo tu peso en su opinión, o quizá descubras para tu desgracia que puede errar.

Está escrito de Joás, rey de Judá: “Hizo Joás lo recto ante los ojos de Jehová todos los días de Joiada el sacerdote” (2 Crónicas 24:2). Joiada murió y entonces murió toda la religión de Joás. De la misma forma, tu ministro puede morir y quizá tu religión muera también; puede cambiar y quizá tu religión cambie también; puede marcharse y tu religión quizá también. ¡Oh, no te contentes con una religión construida sobre el hombre! No te contentes con decir: “Tengo esperanza, porque mi propio ministro me ha dicho esto y esto otro”. Busca poder decir: “Tengo esperanza porque está escrito en la Palabra de Dios”. Si quieres tener una paz sólida, debes ir por ti mismo a la fuente de toda la Verdad. Si quieres que tu consuelo sea duradero, debes ir por tu propio pie al pozo de la vida y extraer agua fresca para tu alma. Los ministros pueden desviarse de la fe. La Iglesia visible puede resquebrajarse. Pero quien tiene la Palabra de Dios escrita en su corazón tiene un fundamento bajo sus pies que jamás le fallará. Honra a tu ministro

como un fiel embajador de Cristo. Tenle en alta estima por amor al nombre de su obra. Pero jamás olvides que la *infallibilidad no está en los ministros piadosos, sino en la Biblia*.

Merece la pena recordar estas cosas que he mencionado. Tengámoslas en mente y habremos aprendido una lección de Antioquía.

II. Paso ahora a la segunda lección que aprendemos en Antioquía. La lección es *que mantener la verdad del Evangelio en la Iglesia es aún más importante que mantener la Paz*.

Creo que ningún hombre conoce mejor que el apóstol Pablo el valor de la Paz y la unidad. Fue el Apóstol quien escribió a los corintios acerca del amor. Fue el Apóstol quien dijo: “Unánimes entre vosotros”; “Tened paz entre vosotros”; “Sintamos una misma cosa”; “Un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo”. Fue el Apóstol quien dijo: “A todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos” (Romanos 12:16; 1 Tesalonicenses 5:13; Filipenses 3:16; Efesios 4:4–5; 1 Corintios 9:22). ¡Sin embargo, observa cómo actúa aquí! Resiste a Pedro cara a cara. Le reprende públicamente. Corre el riesgo de todas las consecuencias que puedan derivarse. Acepta la posibilidad de todo lo que puedan decir en su contra los enemigos de la iglesia en Antioquía. Por encima de todo, lo escribe para su recuerdo eterno, para que jamás se olvide, para que, dondequiera que se predique el Evangelio en todo el mundo, esta reprensión pública de un Apóstol equivocado sea conocida y leída de todos los hombres.

Ahora bien, ¿por qué lo hizo? Porque temía la falsa doctrina, porque sabía que un poco de levadura leuda toda la masa, porque quería enseñarnos que debemos contender por la fe celosamente y temer más la pérdida de la Verdad que la pérdida de la Paz.

Bien haremos en recordar en la actualidad el ejemplo de S. Pablo. Muchas personas aceptarán cualquier cosa en la religión con tal de tener una vida tranquila. Tienen un temor enfermizo a lo que denominan “controversia”. Están llenos de temor enfermizo a lo que vagamente clasifican como “espíritu partidista”, aunque jamás definen claramente lo que es el espíritu partidista. Les domina un deseo enfermizo de mantener la Paz y hacer que todas las cosas resulten agradables y vayan bien aunque sea al precio de la Verdad. Mientras tengan calma externa, tranquilidad, quietud y orden, parecen renunciar alegremente a todo lo demás. Creo que habrían pensado junto con Acab que Elías era un agitador de Israel y habrían ayudado a la princesa de Judá cuando encarceló a Jeremías a fin de silenciarle. ¡No me cabe duda de que estos hombres de los que hablo habrían pensado que Pablo fue un hombre imprudente en Antioquía y que fue demasiado lejos!

Creo que todo eso es erróneo. No podemos esperar que nada sino el puro Evangelio de Cristo, sin mezclar ni adulterar —el mismo Evangelio que enseñaron los Apóstoles—, haga bien a los hombres. Creo que, para preservar esta verdad pura en la Iglesia, los hombres debieran estar dispuestos a hacer cualquier sacrificio, a poner en peligro la Paz, a arriesgarse a la disensión y correr el riesgo de la división. *No deben tolerar la falsa*

doctrina más de lo que tolerarían el pecado. Deben resistir cualquier adición o sustracción del sencillo mensaje del Evangelio de Cristo.

Por amor a la Verdad, nuestro Señor Jesucristo censuró a los fariseos, a pesar de que se sentaran en el asiento de Moisés y fueran maestros ungidos y autorizados de los hombres. “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!”, dice en ocho ocasiones en el capítulo 23 de Mateo. ¿Y quién se atreve a arrojar una sombra de duda con respecto a que nuestro Señor pudiera estar equivocado?

Por amor a la Verdad, Pablo resistió y condenó a Pedro, aunque fuera un hermano. ¿Qué sentido tenía la unidad si la doctrina había desaparecido? ¿Y quién se atreve a decir que estaba equivocado?

Por amor a la Verdad, Atanasio se enfrentó al mundo para preservar pura la doctrina de la divinidad de Cristo, y generó una gran controversia con la gran mayoría de la Iglesia profesante. ¿Y quien se atreve a decir que estaba equivocado?

Por amor a la Verdad, Lutero quebrantó la unidad de la Iglesia en que había nacido, censuró al papa y todo su sistema y estableció el fundamento de una nueva enseñanza. ¿Y quién se atreve a decir que Lutero estaba equivocado?

Por amor a la Verdad, Cranmer, Ridley y Latimer, los reformadores ingleses, aconsejaron a Enrique VIII y Eduardo VI que se separaran de Roma y corrieran el riesgo de la división. ¿Y quién se atreve a decir que estaban equivocados?

Por amor a la Verdad, Whitefield y Wesley, hace 100 años, censuraron la mera predicación moral estéril de la clerecía de su tiempo y salieron a las carreteras y a los caminos a salvar almas, sabiendo bien que serían excomulgados de su Iglesia. ¿Y quién se atreve a decir que estaban equivocados?

¡Sí!, la Paz sin Verdad es una paz falsa; es la mismísima paz del diablo. La Unidad sin el Evangelio es una unidad sin valor; es la mismísima unidad del Infierno. No nos dejemos engañar jamás por aquellos que hablan bien de ella. Recordemos las palabras de nuestro Señor Jesucristo: “No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada” (Mateo 10:34). Recordemos el elogio que hace de una de las iglesias del Apocalipsis: “Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos” (Apocalipsis 2:2). Recordemos la condena que hace de otra: “Toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe” (Apocalipsis 2:20). Jamás seamos culpables de sacrificar cualquier parte de la Verdad sobre el altar de la Paz. Seamos más bien como los judíos que, si encontraban una sola letra incorrecta en cualquier copia manuscrita de las Escrituras del Antiguo Testamento, la quemaban entera antes de correr el riesgo de que se perdiera una sola jota o una tilde de la Palabra de Dios. No nos conformemos con nada que no sea todo el Evangelio de Cristo.

¿Dónde debemos hacer uso de los principios prácticos que acabo de establecer? Daré a mis lectores un sencillo consejo. Creo que es un consejo que debe considerarse muy cuidadosamente.

Advierto a todo aquel que ame su alma que *sea muy celoso de la predicación que escucha habitualmente y del lugar de culto que frecuenta.* Aquel que se somete

deliberadamente a un ministerio que es claramente defectuoso es alguien muy imprudente. No dudo en dar mi opinión a este respecto. Sé bien que muchos consideran escandaloso que un hombre abandone su iglesia parroquial. No puedo compartir ese sentir. Establezco una clara diferencia entre la enseñanza *defectuosa* y la enseñanza que es completamente *falsa*, entre la enseñanza que yerra en sentido negativo y la que es claramente contraria a la Escritura. Pero sí creo que, en caso de que se predique una doctrina inequívocamente falsa en una iglesia parroquial, el feligrés que ama su alma hace muy bien en no asistir a ella. Escuchar enseñanza contraria a la Escritura cincuenta y dos domingos al año es algo muy grave. Es derramar de continuo un lento veneno en la mente. Creo que es casi imposible que un hombre se someta a ello conscientemente sin resultar perjudicado. Veo que en el Nuevo Testamento se nos dice claramente: “Examinadlo todo [y] retened lo bueno” (1 Tesalonicenses 5:21). Veo que en el libro de Proverbios se nos ordena: “Cesa, hijo mío, de oír las enseñanzas que te hacen divagar de las razones de sabiduría” (Proverbios 19:27). Si estas palabras no justifican que un hombre deje de adorar en una iglesia en caso de que se predique claramente la falsa doctrina, no sé qué palabras pueden hacerlo.

¿Hay alguien que quiere decirnos que asistir a la iglesia parroquial es absolutamente esencial para la salvación de un inglés? Si hay alguien así, que hable en voz alta y nos diga su nombre. ¿Hay alguien que quiere decirnos que ir a la iglesia parroquial salvará el alma de un hombre aunque este muera siendo inconverso y sin conocer a Cristo? Si hay alguien así, que hable en voz alta y nos diga su nombre. ¿Hay alguien que quiere decirnos que ir a la iglesia parroquial enseñará a un hombre algo acerca de Cristo o de la conversión, la fe o el arrepentimiento aunque estas cosas no se nombren apenas en esa iglesia parroquial y jamás se expliquen adecuadamente? Si hay alguien así, que hable en voz alta y nos diga su nombre. ¿Quiere alguien decir que un hombre que se arrepiente, que cree en Cristo, que es converso y santo, perderá su alma por haber abandonado su iglesia parroquial y haber aprendido su religión en otra parte? Si hay alguien así, que hable en voz alta y nos diga su nombre. Por mi parte, aborrezco semejantes ideas monstruosas y estrafalarias. No veo la más mínima base para ellas en la Palabra de Dios. Confío en que el número de aquellos que las sostengan sea ínfimo.

No son pocas las parroquias en Inglaterra donde la enseñanza religiosa no es mucho mejor que el papismo. ¿Deben quedarse quietos los miembros de dichas iglesias, conformarse y aceptarlo tranquilamente? No. ¿Y por qué? Porque, como S. Pablo, deben preferir la Verdad a la Paz.

No son pocas las parroquias en Inglaterra donde la enseñanza religiosa no es más que enseñanza moral. Nunca se proclaman con claridad las doctrinas distintivas del cristianismo. Platón, Séneca, Confucio o Socino podrían haber enseñado casi lo mismo. ¿Deben quedarse quietos los miembros de esas parroquias, conformarse y aceptarlo tranquilamente? No. ¿Y por qué? Porque, como S. Pablo, deben preferir la Verdad a la Paz.

Utilizo un lenguaje fuerte al tratar esta parte de la cuestión: lo sé. Piso un terreno delicado: lo sé. Estoy tratando cuestiones que normalmente se dejan a un lado y sobre las que se pasa de puntillas: lo sé. Digo lo que digo porque me debo a la Iglesia de la

que soy ministro. Creo que el estado de cosas y la situación de la feligresía de algunas partes de Inglaterra exige hablar claramente. En muchas parroquias, las almas perecen en su ignorancia. Miembros sinceros de la Iglesia de Inglaterra en muchas partes están disgustados y confusos. No es momento de palabras suaves. Conozco esas expresiones mágicas: “sistema parroquial, orden, división, cisma, unidad, controversia” y otras semejantes. Conozco la influencia inhibitoria y amordazadora que ejercen en algunas mentes. También yo he considerado esas expresiones tranquila y pausadamente y estoy dispuesto a dar mi opinión acerca de cada una de ellas.

a) El *sistema parroquial* de Inglaterra es algo teóricamente admirable. Si está bien administrado y lo dirigen ministros verdaderamente espirituales, está concebido para ofrecer las más grandes bendiciones a la nación. Pero es inútil esperar adhesión a una iglesia parroquial cuando su ministro desconoce el Evangelio o ama el mundo. En tal caso no debemos sorprendernos si los hombres abandonan la iglesia parroquial y buscan la Verdad dondequiera que se encuentre. Si el ministro parroquial no predica el Evangelio ni vive el Evangelio, las condiciones en que reivindica la atención de sus feligreses son *infringidas en la práctica* y su reivindicación, de ser escuchada, no perdurará. En la Biblia no se hace mención de las parroquias y no tenemos derecho a exigir a los hombres que vivan y mueran en la ignorancia a fin de que al final puedan decir: “Siempre asistí a mi iglesia parroquial”.

b) Las *divisiones y separaciones* religiosas son muy censurables. Debilitan la causa del verdadero cristianismo. Dan motivo a los enemigos de toda piedad para que blasfemen. Pero, antes de culpar a las personas por ellas, debemos cuidarnos de adjudicar la culpa *a quien la tiene*. La falsa doctrina y la herejía son aun peores que el cisma. Si las personas se apartan de una enseñanza que es claramente falsa y contraria a la Escritura, debemos felicitarlas más que reprenderlas. En esos casos la separación es una virtud y no un pecado. Es fácil hacer comentarios burlones con respecto al “deseo de nuevas emociones” y a tener “comezón de oír”; pero no es tan fácil convencer a un lector sincero de la Biblia de que su deber es escuchar falsa doctrina cada domingo cuando con un pequeño esfuerzo puede escuchar la Verdad. No se debe olvidar jamás un viejo dicho: “Cismático es quien causa el cisma”.

c) *La unidad, la tranquilidad y el orden* entre los cristianos profesantes son grandes bendiciones. Proporcionan fortaleza, belleza y eficiencia a la causa de Cristo. Pero aun el oro puede comprarse demasiado caro. La unidad que se obtiene por medio del sacrificio de la Verdad no vale nada. No es la unidad lo que complace a Dios. La Iglesia de Roma se jacta en alta voz de una unidad que no merece tal nombre. Es una unidad obtenida arrebatándole la Biblia a la gente, amordazando el juicio personal, fomentando la ignorancia, prohibiendo a los hombres pensar por sí mismos. Como los guerreros exterminadores de la Antigüedad, la Iglesia de Roma “crea soledad y la llama paz”. Hay mucha tranquilidad y calma en la tumba, pero no es la tranquilidad de la salud, sino de la muerte. Eran los falsos profetas los que clamaban “paz” cuando no había paz.

d) La *controversia* religiosa es odiosa. Es bastante difícil luchar contra el diablo, el mundo y la carne sin tener diferencias en nuestro propio territorio. Pero existe algo aún

peor que la controversia y es que se permita y tolere la falsa doctrina sin protestar ni importunarla. Fue la controversia la que ganó la batalla de la Reforma protestante. Si fueran correctas las ideas que sostienen ciertos hombres, ¡es claro que jamás habríamos tenido Reforma alguna en absoluto! ¡Por amor a la Paz tendríamos que haber seguido adorando a la virgen María e inclinándonos ante imágenes y reliquias hasta hoy día! ¡Dejémonos de tonterías! Hay ocasiones en que la controversia no solo es un deber, sino un beneficio. Prefiero la gran tormenta a la epidemia de malaria. Esta avanza en la oscuridad y nos envenena en silencio, y nunca estamos a salvo. Aquella asusta y atemoriza durante un tiempo. Pero pronto pasa y limpia el aire. Es un claro deber escriturario “[contender] por la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 3).

Soy muy consciente de que las cosas que he dicho son extremadamente desagradables para muchas mentes. Creo que hay muchos que se conforman con enseñanza que no es toda la Verdad y piensan que al final “dará lo mismo”. Me dan pena. Estoy convencido de que, en términos generales, nada sino *toda la Verdad* tiene posibilidad de hacer bien a las almas. Estoy convencido de que aquellos que aceptan deliberadamente cualquier cosa por debajo de toda la Verdad descubrirán finalmente que sus almas han sido muy dañadas. Hay tres cosas con las que el hombre jamás debe jugar: un poco de veneno, un poco de falsa doctrina y un poco de pecado.

Soy muy consciente de que, cuando un hombre expresa opiniones como las que acabo de presentar, hay muchos que están prontos a decir de él: “No es un buen clérigo”. Escucho tales acusaciones impasible. El día del Juicio mostrará quiénes eran los verdaderos amigos de la Iglesia de Inglaterra y quiénes no lo eran. En los últimos treinta y dos años he aprendido que si un clérigo lleva una vida tranquila, deja en paz a la parte inconversa del mundo, predica de tal forma que no ofende ni edifica a nadie, muchos dirán de él que “es un buen clérigo”. Y también he aprendido que, si un hombre estudia los Artículos y las Homilías, se esfuerza continuamente por salvar almas, se adhiere firmemente a los grandes principios de la Reforma, da testimonio fiel contra el papismo y predica como Jewell y Latimer solían hacerlo, probablemente se le considerará alguien conflictivo y un “agitador de Israel”, ¡y no se le considerará buen pastor en absoluto! Pero veo claramente que no son los mejores aquellos que mejor hablan del clero. Recuerdo que nadie exclamó “traición” más alto que Atalía (2 Reyes 11:14). Sin embargo, ella misma era una traidora. He observado que muchos que en un tiempo eran los que más hablaban sobre el clero han terminado abandonando la Iglesia de Inglaterra y pasándose a Roma. Que los hombres digan lo que quieran. *Los amigos más genuinos de la Iglesia de Inglaterra son aquellos que más trabajan por conservar la Verdad.*

Dejo estas cosas para consideración de los lectores de este capítulo e invito a prestarles gran atención. Les ruego que jamás olviden que la Verdad es más importante para la Iglesia que la Paz. Les pido que estén dispuestos a aplicar los principios que he establecido y que contiendan celosamente, si es preciso, por la Verdad. Si lo hacemos, habremos aprendido algo de Antioquía.

III. Pero pasemos ahora a la tercera lección que aprendemos en Antioquía. Esa lección es que *no hay doctrina de la que más celosos debamos ser que de la justificación por la fe sin las obras de la Ley*.

La prueba de esta lección destaca prominentemente en el pasaje de la Escritura que encabeza este capítulo. ¿Qué artículo de la fe había negado el apóstol Pedro en Antioquía? Ninguno. ¿Qué doctrina falsa había predicado públicamente? Ninguna. ¿Qué había hecho, pues? Lo siguiente. Tras haber estado en compañía de creyentes gentiles como “coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio” (Efesios 3:6), de pronto se avergonzó de ellos y se apartó de su presencia. Parecía pensar que eran menos santos y aceptables a los ojos de Dios que los judíos circuncidados. Parecía querer decir que los creyentes gentiles se encontraban en un escalafón más bajo que aquellos que habían practicado las ceremonias de la Ley de Moisés. Parecía, en pocas palabras, estar añadiendo a la sencilla fe algo necesario para que un hombre participe de Jesucristo. Parecía responder a la pregunta: “¿Qué haré para ser salvo?”, no meramente diciendo: “Cree en el Señor Jesucristo”, sino: “Cree en el Señor Jesucristo, circuncídate y respeta las ceremonias de la Ley”.

Esa es la conducta que el apóstol Pablo no puede tolerar ni por un momento. No hay nada que le estremeciera tanto como la idea de añadir cualquier cosa al Evangelio de Cristo. “Le resistí —dice— cara a cara”. No solamente le reprendió, sino que dejó constancia de todo ello cuando, por inspiración del Espíritu, escribió la Epístola a los Gálatas.

Pido especial atención con respecto a este punto. Pido a los hombres que observen el extraordinario celo que muestra el apóstol Pablo con respecto a esta doctrina y que consideren lo que ocasionó tal revuelo. Advirtamos en este pasaje de la Escritura la inmensa importancia de la justificación por la fe sin las obras de la Ley. Aprendamos aquí las poderosas razones que tenían los reformadores de la Iglesia de Inglaterra para considerarla, en nuestro Artículo 11, “una doctrina muy saludable y muy llena de consuelo”.

a) Esta es la doctrina *esencialmente necesaria para nuestro propio consuelo personal*. Ningún hombre en la Tierra es un verdadero hijo de Dios y un alma salva hasta que ve y recibe la salvación por la fe en Cristo Jesús. Ningún hombre tendrá jamás una paz sólida y una verdadera seguridad hasta que abrace con todo su corazón la doctrina de que “se nos tiene por justos ante Dios por el mérito de nuestro Señor Jesucristo, por fe, y no por nuestras propias obras o porque lo merezcamos”. Creo que uno de los motivos por que tantos que profesan ser cristianos en la actualidad son zarandeados de un lado a otro es su ignorancia con respecto esta cuestión. No ven claramente la justificación por la fe sin las obras de la Ley.

b) Esta es la doctrina *que el gran enemigo de las almas odia y se esfuerza por destruir*. Sabe que revolucionó el mundo al comienzo del Evangelio, en los tiempos de los Apóstoles. Sabe que revolucionó de nuevo el mundo en la época de la Reforma. Está tentando siempre, pues, a los hombres para que la rechacen. Siempre está intentando

tentar a las iglesias y a los ministros para que nieguen o escondan esta verdad. No sorprende que el Concilio de Trento lanzara su principal ataque contra esta doctrina y la maldijera y llamara herética. No sorprende que tantos de los que se consideran eruditos en la actualidad censuren la doctrina considerándola jerga teológica y digan que todas las “personas fervorosas” están justificadas por Cristo, ¡tengan fe o no! La pura verdad es que la doctrina es hiel y ajeno para los corazones inconversos. Solo cubre las necesidades del alma que ya está despierta. Pero el hombre orgulloso que no conoce su propio pecado y que no ve su propia debilidad, no puede recibir esta verdad.

c) Esta es la doctrina *cuya ausencia explica más de la mitad de los errores de la Iglesia católica romana*. La mitad de las doctrinas no escriturarias del papismo tienen su origen en el rechazo de la justificación por la fe. Ningún maestro católico romano, si es fiel a su Iglesia, puede decir a un pecador angustiado: “Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo”. No puede hacerlo sin adiciones y explicaciones que destruyen por completo las Buenas Noticias. No se atreve a dar la medicina del Evangelio sin añadir algo que destruye su eficacia y neutraliza su poder. El Purgatorio, la penitencia, la absolución sacerdotal, la intercesión de los santos, la adoración de la virgen María y muchos otros cultos de origen humano del papismo, todos ellos brotan de esta fuente. Todos son puntales putrefactos para el apoyo de conciencias exhaustas. Pero se vuelven necesarios por la negación de la justificación por la fe.

d) Esta es la doctrina *absolutamente esencial para el éxito de un ministro en medio de su congregación*. Ocultar este punto lo destruye todo. La ausencia de afirmaciones claras con respecto a la justificación evitará que el celo, por grande que sea, haga bien alguno. Puede que la predicación de un ministro tenga mucho de agradable y hermoso, que en ella haya mucho acerca de Cristo y de la unión sacramental con Él, mucho acerca de la abnegación, mucho acerca de la humildad, mucho acerca de la caridad. Pero eso será de poco provecho si su trompeta da un sonido indeterminado con respecto a la justificación por la fe sin las obras de la Ley.

e) Esta es la doctrina *absolutamente esencial para la prosperidad de una iglesia*. Ninguna iglesia está verdaderamente en una situación saludable si en ella no se presenta esta doctrina claramente. Quizá una Iglesia tenga buenas formas y ministros ordenados regularmente y en ella se administren los sacramentos adecuadamente, pero no verá conversiones de almas por medio de su predicación si no se transmite esta doctrina claramente. Quizá se encuentren escuelas suyas en cada parroquia. Quizá sus edificios eclesiásticos sean admirados por todo el país. Pero Dios no bendecirá a esa Iglesia a menos que se proclame desde sus púlpitos la justificación por la fe. Antes o después se le quitará el candelero.

¿Por qué han llegado a su estado actual las Iglesias de África y del Este? ¿No tenían obispos? Los tenían. ¿No tenían formas y liturgias? Las tenían. ¿No tenían sínodos y concilios? Los tenían. Pero desecharon la doctrina de la justificación por la fe. Perdieron de vista esa gran verdad, y por eso cayeron.

¿Por qué nuestra Iglesia hizo tan poco en el siglo pasado y por qué las iglesias independientes, metodistas y bautistas hicieron mucho más? ¿Era su sistema mejor que el nuestro? No. ¿Era porque nuestra Iglesia no estaba tan bien adaptada a las

necesidades de las almas perdidas? No. Pero sus ministros predicaron la justificación por la fe y nuestros ministros, en demasiados casos, no la predicaron en absoluto.

¿Por qué tantos ingleses van a iglesias disidentes en la actualidad? ¿Por qué vemos tan a menudo una espléndida iglesia gótica tan vacía de adoradores como un granero en julio y un pequeño y sencillo edificio de ladrillo llamado templo de reunión lleno hasta los topes? ¿Es que en general la gente siente un desagrado abstracto hacia el episcopado, el *Libro de Oración*, el sobrepelliz y el sistema? ¡En absoluto! La sencilla razón es que, en la gran mayoría de los casos, a las personas no les gusta la predicación en que no se proclama plenamente la justificación por la fe. Cuando no la pueden escuchar en la iglesia parroquial, la buscan en otra parte. No cabe duda de que hay excepciones. No cabe duda de que hay lugares donde un largo período de negligencia ha disgustado a la gente con la Iglesia de Inglaterra de tal forma que ni siquiera están dispuestos a escuchar la Verdad de parte de sus ministros. Pero creo que, por regla general, cuando la iglesia parroquial está vacía y el templo lleno, si se investiga, se verá que *hay una causa*.

Si estas cosas son así, el apóstol Pablo bien puede ser celoso de la Verdad y resistir a Pedro cara a cara. Bien puede sostener que, antes que poner en peligro la doctrina de la justificación en la Iglesia de Cristo, ha de sacrificarse todo lo demás. Vio de forma profética las cosas venideras. Nos dejó un ejemplo que todos haríamos bien en seguir. Independientemente de lo que tengamos que soportar, no dejemos nunca que sufra daño alguno esa bendita doctrina de que hemos sido justificados por la fe sin las obras de la Ley.

Cuidémonos siempre de cualquier enseñanza que eclipse directa o indirectamente la justificación por la fe. Todos los sistemas religiosos que interponen cualquier cosa entre el pecador cargado y Jesucristo el Salvador que no sea la fe son peligrosos y contrarios a la Escritura. Todos los sistemas que convierten nuestra fe en algo complicado, en cualquier cosa que no sea una dependencia sencilla e infantil —la mano que recibe la medicina del alma que le ofrece el médico— son sistemas inseguros y venenosos. Todos los sistemas que desacreditan la sencilla doctrina protestante que destruyó el poder de Roma tienen los síntomas de una enfermedad y son peligrosos para las almas.

El bautismo es un sacramento ordenado por Cristo mismo, y todos los que profesan el cristianismo deben utilizarlo con reverencia y respeto. Cuando se utiliza correcta y dignamente, con fe, puede ser un instrumento de gran bendición para el alma. Pero cuando se enseña a las personas que *todos* los que se bautizan nacen de nuevo realmente y que a *todas* las personas bautizadas se las debe considerar “hijos de Dios”, creo que sus almas corren un gran peligro. Creo que ese tipo de enseñanza con respecto al bautismo derrumba la doctrina de la justificación por la fe. Solo son hijos de Dios los que tienen fe en Cristo Jesús. Y no todos los hombres tienen fe.

La Cena del Señor es un sacramento ordenado por Cristo mismo con el propósito de edificar y revitalizar a los creyentes verdaderos. Pero cuando se enseña a las personas que todo el mundo debe acudir a la Mesa del Señor, con fe o sin ella, y que todos aquellos que reciben el pan y el vino reciben por igual el cuerpo y la sangre de Cristo,

creo que sus almas corren un gran peligro. En mi opinión, ese tipo de enseñanza eclipsa la doctrina de la justificación por la fe. Ningún hombre come el cuerpo de Cristo y bebe su sangre si no ha sido justificado. Y nadie es justificado sin creer.

Pertenecer a la Iglesia de Inglaterra es un gran privilegio. En mi opinión, no hay iglesia visible que ofrezca tantas ventajas a sus miembros cuando se administran correctamente. Pero cuando se enseña a las personas que, puesto que son miembros de esta iglesia, son realmente miembros de Cristo, creo que sus almas corren un gran peligro. Creo que esa enseñanza echa por tierra la doctrina de la justificación por la fe. Solo están unidos a Cristo los que creen. Y no todos los hombres creen.

Cuando quiera que escuchamos una enseñanza que eclipsa o contradice la justificación por la fe, podemos estar seguros de que cojea por algún lado. Debemos velar para evitar semejante enseñanza y estar en guardia. Una vez que permitimos que un hombre se equivoque con respecto a la justificación, se distanciará mucho del consuelo, la paz, la esperanza viva y cualquier cosa parecida a la seguridad en su cristianismo. Un error en cuanto a esto es como un gusano en la raíz.

1) En conclusión, permítaseme pedir a cada lector de este capítulo que se arme con un profundo *conocimiento de la Palabra escrita de Dios*. A menos que hagamos esto, estaremos a merced de cualquier falso maestro. No veremos las equivocaciones de un Pedro equivocado. No podremos imitar la fidelidad de un valiente Pablo. Una congregación ignorante será siempre la ruina de una iglesia. Una congregación lectora de la Biblia puede salvar a una iglesia de la ruina. Leamos la Biblia con regularidad, diariamente, orando fervientemente, y familiaricémonos con sus contenidos. No recibamos nada, no creamos nada, no sigamos nada que no se encuentre en la Biblia ni pueda probarse con la Biblia. Que nuestra regla de fe, nuestra piedra de toque para toda enseñanza, sea la Palabra escrita de Dios.

2) En siguiente lugar, permítaseme recomendar a cada miembro de la Iglesia de Inglaterra que se familiarice con los Treinta y Nueve Artículos de su propia Iglesia. Los encontrarán al final de la mayoría de sus libros de oración. Serán recompensados con creces por una lectura atenta. Después de la Biblia, son el verdadero patrón por el que se comprueba la pertenencia a la Iglesia. Son la prueba por medio de la cual los miembros de la Iglesia deben examinar la enseñanza de sus ministros si quieren saber si es la “enseñanza de la Iglesia” o no. Lamento profundamente el desconocimiento del cristianismo sistemático que se da entre muchos de los que asisten a los cultos de la Iglesia de Inglaterra. Sería bueno que libros como *Body of Divinity* (Tratado de teología), del arzobispo Usher, fueran más conocidos de lo que lo son. Si se hubiera autorizado formalmente que el Catecismo de Dean Nowell hubiera sido el formulario de acceso a la Iglesia de Inglaterra, muchas de las herejías de los últimos veinte años no habrían durado un solo día. Pero, desgraciadamente, muchas personas no conocen realmente las doctrinas de su propia congregación más que los paganos o los mahometanos. Es inútil esperar que los miembros de la Iglesia de Inglaterra defiendan con celo la verdadera doctrina a menos que sepan lo que su propia Iglesia define como verdadera doctrina.

3) En siguiente lugar, permítaseme rogar a todos los que lean este capítulo que estén siempre *dispuestos a contender por la fe de Cristo* si es preciso. No recomiendo a nadie que aliente un espíritu de controversia. No quiero que ningún hombre sea como Goliat y vaya de un lado a otro diciendo: “Que venga un hombre contra mí”. Alimentarse siempre de la controversia es ciertamente una pobre obra. Es como alimentarse de huesos. Pero sí afirmo que ningún amor a la falsa paz debiera evitar que luchemos celosamente contra la falsa doctrina y tratemos de propagar la doctrina verdadera dondequiera que podamos. El verdadero Evangelio en el púlpito, el verdadero Evangelio en toda asociación religiosa que apoyemos, el verdadero Evangelio en los libros que leamos, el verdadero Evangelio en los amigos que frecuentemos; que esta sea nuestra meta y jamás nos avergoncemos de hacer ver a los hombres que esto es así.

4) En siguiente lugar, permítaseme rogar a todos los que lean este capítulo que *vigilen celosamente sus propios corazones en estos tiempos controvertidos*. Esta amonestación es muy necesaria. En el fragor de la batalla tendemos a olvidar nuestro hombre interior. La victoria en una discusión no siempre es la victoria sobre el mundo o sobre el diablo. Que la humildad de S. Pedro al aceptar la reprensión sea tan ejemplar para nosotros como el valor de S. Pablo al reprenderle. Feliz aquel cristiano que puede llamar a la persona que le reprende fielmente “amado hermano” (2 Pedro 3:15). Esforcémonos por ser santos en toda nuestra conversación y no menos en nuestro estado de humor. Trabajemos para mantener una comunión constante con el Padre y con el Hijo y mantener el hábito constante de la oración privada y la lectura de la Biblia. Así estaremos armados para la batalla de la vida y empuñaremos firmemente la espada del Espíritu el día que llegue la tentación.

5) En último lugar, permítaseme rogar a todos los miembros de la Iglesia de Inglaterra que conocen lo que es la verdadera oración *que oren diariamente por la Iglesia a la que pertenecen*. Oremos para que el Espíritu Santo sea derramado sobre ella y que no se le quite su candelero. Oremos por todas las parroquias donde ahora no se predica el Evangelio, para que las tinieblas se desvanezcan y la luz verdadera brille en ellas. Oremos por esos ministros que ahora desconocen la Verdad o no la predicán, para que Dios aparte el velo de sus corazones y les muestre un camino aún más excelente. No hay nada imposible. El apóstol Pablo fue en un tiempo un fariseo perseguidor; Lutero fue en un tiempo un monje en tinieblas; el obispo Latimer fue en un tiempo un papista fanático; Thomas Scott se opuso en un tiempo frontalmente a la verdad evangélica. Nada, repito, es imposible. El Espíritu puede hacer que los clérigos prediquen ese Evangelio que ahora se esfuerzan por destruir. Seamos, pues, constantes en la oración.

Recomiendo que las cuestiones tratadas en este capítulo se estudien detenidamente. Ponderémoslas bien en nuestros corazones. Apliquémoslas en nuestra práctica diaria. Hagamos esto y habremos aprendido algo de la historia de S. Pedro en Antioquía.

Capítulo 7

Temores apostólicos

“Temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo”

(2 Corintios 11:3).

El texto que encabeza esta página contiene parte de la experiencia de un famoso cristiano. Quizá ningún siervo de Cristo haya dejado tal huella para bien en el mundo como el apóstol S. Pablo. Cuando nació, todo el imperio romano salvo un pequeño rincón estaba sumido en las tinieblas del paganismo; cuando murió, el tremendo conglomerado pagano había sido sacudido en su mismo núcleo y estaba próximo a caer. Y ninguno de los instrumentos que Dios utilizó para producir este maravilloso cambio hizo más que Saulo de Tarso tras su conversión. Sin embargo, aun en medio de su éxito y utilidad, le vemos clamando: “Temo”.

Estas palabras están rodeadas de una melancolía que exige nuestra atención. Quien piense que S. Pablo vivió una vida cómoda porque fue un apóstol elegido, hizo milagros, fundó iglesias y escribió epístolas inspiradas tiene mucho que aprender. ¡Nada más lejos de la verdad! El capítulo 11 de 2 Corintios nos cuenta una historia muy distinta. Es un capítulo que merece un atento estudio. En parte por la oposición de los paganos, filósofos y sacerdotes, cuyo oficio estaba en peligro, en parte por la amarga enemistad de sus propios compatriotas incrédulos, en parte por los hermanos falsos o débiles, en parte por su propio aguijón en la carne, el gran Apóstol de los gentiles era como su Señor: “Varón de dolores, experimentado en quebranto” (Isaías 53:3).

Pero de todas las cargas que tuvo que acarrear S. Pablo, ninguna parece haberle pesado tanto como la que menciona al escribir a los corintios: “La preocupación por todas las iglesias” (2 Corintios 11:28). El precario conocimiento de muchos cristianos primitivos, su débil fe, su inexperiencia, su pálida esperanza, su bajo nivel de santidad, todas estas cosas les hacían particularmente susceptibles de extraviarse a causa de los falsos maestros y de apartarse de la fe. Como los niños pequeños, que a duras penas pueden andar, necesitaban ser tratados con una paciencia inmensa. Cual plantas exóticas en un invernadero, debían ser vigilados continuamente. ¿Podemos dudar de que hacían que el fundador apostólico se mantuviera en un continuo estado de tierna ansiedad? ¿Nos sorprende que diga a los colosenses: “Cuán gran lucha sostengo por vosotros” y a los gálatas: “Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente”. “¡Oh gálatas

insensatos! ¿quién os fascinó [...]?” (Colosenses 2:1; Gálatas 1:6; 3:1). Ningún lector atento puede estudiar las Epístolas sin ver que esta cuestión surge una y otra vez. Y el texto con el que he comenzado este capítulo es un ejemplo de lo que quiero decir: “Temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo”. El texto contiene tres importantes lecciones a las que deseo dirigir la atención de mis lectores. Creo que son lecciones válidas para todas las épocas.

I. Primero, el texto nos muestra una *enfermedad espiritual de la que todos somos susceptibles y que debemos temer*. Esa enfermedad es el extravío de nuestros sentidos: “Temo que [...] vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados”.

II. Segundo, el texto nos muestra *un ejemplo que debemos recordar como un faro*: “La serpiente con su astucia engañó a Eva”.

III. Tercero, el texto nos muestra *un punto acerca del cual debemos estar particularmente en guardia*. Ese punto es el extravío “de la sincera fidelidad a Cristo”.

El texto es una mina profunda y no está exento de dificultad. Pero descendamos valientemente y hallaremos que contiene abundante metal precioso.

I. Primero, pues, hay *una enfermedad espiritual que debemos temer*: El extravío de los sentidos.

Interpreto “extravío de los sentidos” como la lesión de nuestra mente por admitir doctrinas falsas y antiescriturarias en nuestra religión. Y creo que lo que el Apóstol quiere decir es: “Temo que vuestros sentidos absorban ideas del cristianismo erróneas y defectuosas. Temo que adoptéis como verdades principios que no son la Verdad. Temo que os apartéis de la fe que ha sido una vez dada a los santos y abracéis ideas que prácticamente destruyen el Evangelio de Cristo”.

El temor expresado por el Apóstol es dolorosamente instructivo y a primera vista puede causar sorpresa. ¿Quién habría pensado que, bajo la mismísima mirada de los propios discípulos elegidos por Cristo, cuando apenas se había secado la sangre del Calvario, cuando aún no había pasado la época de los milagros, en una época como esa existiera algún peligro de que los cristianos se apartaran de la fe? Sin embargo, lo cierto es que “el misterio de la iniquidad” había comenzado ya a obrar antes de la muerte de los Apóstoles (cf. 2 Tesalonicenses 2:7). “Ahora —dice S. Juan— han surgido muchos anticristos” (1 Juan 2:18). Y no hay ningún hecho en la historia de la Iglesia que esté más demostrado que este: que la falsa doctrina jamás ha dejado de ser la plaga de la cristiandad en los últimos dieciocho siglos. Mirando hacia el futuro con ojos de profeta, S. Pablo bien puede decir “temo”: “No solamente temo el extravío de vuestra moralidad, sino también de vuestros sentidos”.

La pura verdad es que la falsa doctrina ha sido el motor elegido por Satanás para detener el progreso del Evangelio de Cristo en todas las épocas. Al verse incapaz de evitar que se abriera la fuente de la vida, ha trabajado incesantemente para emponzoñar los manantiales que fluyen de ella. Si bien no ha podido destruirla, sí la ha neutralizado demasiado a menudo por medio de la adición, la sustracción o la

sustitución. En pocas palabras, ha “extraviado las mentes de los hombres”.

a) La falsa doctrina pronto se extendió por la Iglesia primitiva tras la muerte de los Apóstoles, por mucho que a algunos les guste hablar de la pureza primitiva. En parte por la extraña enseñanza con respecto a la Trinidad y la persona de Cristo, en parte por una absurda multiplicación de nuevas ceremonias en boga, en parte por la introducción del monasticismo y de un ascetismo de origen humano, la luz de la Iglesia pronto se vio ensombrecida y su utilidad quedó destruida. Aun en tiempos de S. Agustín, como nos dice el prefacio del *Libro de Oración* inglés: “El número de ceremonias creció de tal modo que el estado de los cristianos era peor que el de los judíos a este respecto”. Ahí estaba el extravío de los sentidos humanos.

b) Durante la Edad Media, la falsa doctrina se había extendido de tal forma por la Iglesia, que la Verdad tal como está en Jesús estuvo a punto de ser enterrada o ahogada. Durante los tres últimos siglos antes de la Reforma es probable que muy pocos cristianos en Europa hubieran podido responder a la pregunta: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”. Los papas y cardenales, los abates, priores, arzobispos, obispos, sacerdotes, diáconos, monjes y monjas, salvo raras excepciones, estaban profundamente inmersos en la ignorancia y la superstición. Estaban sumidos en un profundo sueño del que solo fueron parcialmente despertados por el terremoto de la Reforma. Ahí, nuevamente, estaba “el extravío de los sentidos humanos”.

c) Desde los días de la Reforma, la falsa doctrina ha vuelto a surgir continuamente una y otra vez, estropeando la obra comenzada por los reformadores. El modernismo en algunas zonas de Europa, el socinianismo en otras, el formalismo y la indiferencia en otras han marchitado flores que una vez prometieron dar buen fruto y han hecho del protestantismo algo meramente estéril.

d) La falsa doctrina, aun en la actualidad y ante nuestros propios ojos, está devorando el corazón de la Iglesia de Inglaterra y poniendo en peligro su existencia. Una escuela eclesiástica no duda en expresar su desagrado ante los principios de la Reforma y busca por todos los medios romanizar el sistema. Otra escuela, con igual valentía, habla a la ligera de la inspiración, se burla de la idea misma de una religión sobrenatural e intenta denodadamente arrojar por la borda los milagros como si fueran trastos viejos. Otra escuela proclama la libertad de opinión religiosa en todas sus variantes y nos dice que todos los maestros merecen nuestra confianza por igual sin importar lo heterogéneas y contradictorias que sean sus opiniones, con tal que sean inteligentes, fervorosos y sinceros. Para todas ellas es válida la misma observación. Ilustran “el extravío de los sentidos humanos”.

Ante semejantes hechos, bien haremos en tomar en serio las palabras del Apóstol en el texto que encabeza este capítulo. Como él, tenemos abundantes motivos para sentir temor. Creo que los cristianos ingleses jamás necesitaron estar en guardia tanto como ahora. Jamás fue tan necesario que los ministros fieles clamen en alta voz y no callen: “Si la trompeta diere sonido incierto, ¿quién se preparará para la batalla?” (1 Corintios 14:8).

Pido a cada miembro leal de la Iglesia de Inglaterra que abra sus ojos al peligro al que se expone su Iglesia y tenga cuidado, no sea que esta resulte añada por causa de la

apatía y de un deseo insano de paz. La controversia es algo odioso; pero hay tiempos en que es un deber positivo. La Paz es algo excelente; pero, como el oro, puede comprarse demasiado cara. La Unidad es una gran bendición; pero no vale nada si se compra al precio de la Verdad. Repito una vez más: abre los ojos y mantente en guardia.

La nación que se da por satisfecha con su prosperidad comercial y descuida sus defensas nacionales porque son complicadas o caras, probablemente se convierta en presa del primer Alarico, Atila, Tamerlane o Napoleón que se decida a atacarla. La Iglesia que sea “rica y se haya enriquecido” puede pensar que “de ninguna cosa tiene necesidad” debido a su antigüedad, su orden y sus cualidades. Puede clamar “paz, paz” y convencerse de que no verá mal alguno. Pero, si no se cuida de conservar la sana doctrina entre sus ministros y miembros, no debe sorprenderse de que se le quite el candelero.

Desapruebo desde el fondo de mi corazón la cobardía o el pesimismo ante esta crisis. Lo único que digo es: Ejercitemos un temor piadoso. No veo la menor necesidad de abandonar el viejo barco y darlo por perdido. Por malas que parezcan las cosas dentro de nuestra arca, no son un ápice mejores en el exterior. Pero sí protesto contra ese espíritu despreocupado de somnolencia que parece sellar los ojos de muchos clérigos y cegarles ante el enorme peligro en que se encuentran a causa del auge y el progreso de la falsa doctrina en estos tiempos. Protesto contra la idea generalizada que tan a menudo proclaman los hombres que ocupan puestos elevados de que la *Unidad* es más importante que la sana doctrina y la *Paz* más valiosa que la Verdad. Y llamo a todo lector de este capítulo que verdaderamente ame a la Iglesia de Inglaterra a que reconozca los peligros de esta época y lleve a cabo su deber viril y enérgicamente, resistiéndolos por medio de la acción conjunta y de la oración. Por algo dijo nuestro Señor: “El que no tiene espada, venda su capa y compre una” (Lucas 22:36). No olvidemos las palabras de S. Pablo: “Velad, estad firmes en la fe; portaos varonilmente, y esforzaos” (1 Corintios 16:13). Nuestros nobles reformadores compraron la Verdad al precio de su propia sangre y nos la entregaron a nosotros. Cuidémonos de no venderla ruinmente por un plato de lentejas bajo los especiosos nombres de la Unidad y la Paz.

II. En segundo lugar, el texto nos muestra *un ejemplo que bien haremos en recordar como un faro*: “La serpiente con su astucia engañó a Eva”.

Casi no me hace falta recordar a mis lectores que S. Pablo hace referencia aquí a la historia de la Caída en el capítulo 3 de Génesis como un simple hecho histórico. No proporciona la más mínima acreditación para la idea moderna de que el libro del Génesis no es más que una agradable colección de mitos y fábulas. No da entender que no exista tal ser como el diablo, que no se comió literalmente el fruto prohibido y que no fue realmente de esta forma como entró el pecado en el mundo. Al contrario, narra la historia de Génesis 3 como una historia veraz de algo que ocurrió realmente.

Debes recordar además que esta no es la única referencia. Es un hecho a tener en cuenta el que varias de las historias y milagros más extraordinarios del Pentateuco se mencionan expresamente en el Nuevo Testamento, y siempre como hechos históricos. Caín y Abel, el arca de Noé, la destrucción de Sodoma, Esaú vendiendo su

primogenitura, la muerte de los primogénitos de Egipto, el paso del mar Rojo, la serpiente de bronce, el agua que fluyó de la peña, la burra de Balaam que habló; los autores del Nuevo Testamento mencionan todas estas cosas y las mencionan como algo real, no como fábulas. No olvidemos eso nunca. Aquellos que son amigos de despreciar los milagros del Antiguo Testamento y rebajar la autoridad del Pentateuco harían bien en considerar si tienen más conocimientos que nuestro Señor Jesucristo y los Apóstoles. En lo que a mí concierne, hablar del Génesis como un conjunto de mitos y fábulas ante un pasaje de la Escritura como el que tenemos ante nosotros en este capítulo suena irrazonable, amén de sacrílego. ¿Estaba equivocado o no S. Pablo cuando narró la historia de la tentación y la Caída? Si lo estaba, era una persona crédula y necia y quizá estuviera equivocado en muchas otras cosas. ¡De ser así desaparece su autoridad como escritor! Bien podemos desechar con burla tal conclusión monstruosa. Pero es bueno recordar que mucha incredulidad comienza por un desprecio irreverente del Antiguo Testamento.

En cualquier caso, lo que el Apóstol quiere que advirtamos en la historia de la Caída de Eva es la “astucia” con que el diablo la llevó a pecar. No le dijo lisa y llanamente que deseaba engañarla y hacerle daño. Al contrario, le dijo que aquello que estaba prohibido era algo “bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría” (Génesis 3:6). No tuvo escrúpulos en afirmar que ella podía comer el fruto prohibido y, sin embargo, “no morir”. Cegó sus ojos a la pecaminosidad y el peligro de la transgresión. La persuadió para que creyera que apartarse del claro mandato de Dios redundaría en su beneficio y no en su ruina. En resumen: “Con su astucia engañó a Eva”. Ahora bien, es precisamente esta “astucia” lo que S. Pablo nos dice que debemos temer en la falsa doctrina. No debemos esperar que se acerque a nuestras mentes con apariencia de engaño, sino en forma de verdad. La moneda falsa jamás entraría en circulación si no tuviera alguna semejanza con la auténtica. El lobo raramente conseguiría entrar en el redil si no se disfrazara de oveja. El papismo y la incredulidad no serían muy dañinos si fueran por el mundo con sus verdaderos nombres. Satanás es un general demasiado inteligente como para dirigir una campaña de esta forma. Utiliza palabras elegantes y frases altisonantes como “catolicidad, apostolicidad, unidad, orden de Iglesia, ideas sanas acerca de la Iglesia, pensamiento libre, sentido amplio, juicio amable, interpretación liberal de la Escritura” y otras semejantes, y de ese modo se asienta en las mentes incautas. Y esta es precisamente la “astucia” a la que hace referencia S. Pablo en el texto. No debemos dudar que había leído las solemnes palabras de su Señor en el Sermón del Monte: “Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces” (Mateo 7:15).

Pido tu especial atención con respecto a este punto. Tal es la simplicidad y la ingenuidad de muchos clérigos en esta época que de hecho esperan que la falsa doctrina parezca falsa y no entienden que la esencia misma de su perjuicio es, por definición, su semejanza con la verdad de Dios. Un joven clérigo, por ejemplo, que ha sido educado desde su infancia para escuchar únicamente enseñanza evangélica recibe un día la invitación para escuchar un sermón predicado por algún eminente maestro de

opiniones semicatólicas o semiescéticas. En su ingenuidad, va a la iglesia esperando escuchar solamente *herejías* de principio a fin. Para su asombro, escucha un sermón inteligente y elocuente que contiene una gran dosis de verdad y tan solo unas gotas homeopáticas de error. Con demasiada frecuencia se produce una violenta reacción en su ingenua, inocente y cándida mente. Empieza a pensar que sus anteriores maestros eran de mente estrecha, intolerantes y duros, y su confianza en ellos queda dañada, quizá para siempre. Con demasiada frecuencia, tristemente, ¡termina pervirtiéndose completamente y finalmente pasa a engrosar las filas de los ritualistas o de los liberales! ¿Y cuál es el motivo de que llegue a eso? Pues un necio olvido de la lección que presenta S. Pablo en este texto: “Como la serpiente con su astucia engañó a Eva”, así engaña Satanás a las almas incautas del siglo XIX acercándose a ellas bajo los ropajes de la Verdad.

Ruego a cada lector de este capítulo que recuerde esta parte de mi tema y se mantenga en guardia. ¿Qué puede haber más generalizado que oír cómo se dice de un falso maestro en la actualidad: “Es tan bueno, tan devoto, tan amable, tan celoso, tan esforzado, tan humilde, tan abnegado, tan caritativo, tan fervoroso, tan inteligente, tan evidentemente sincero, que no puede haber peligro ni daño alguno en escucharle. Además, predica un Evangelio tan genuino: ¡nadie puede predicar un sermón mejor que el suyo en ocasiones! No puedo creer ni creeré nunca que sea erróneo”. ¿Quién no oye constantemente este tipo de discurso? ¿Qué persona con cierto discernimiento no ve que muchos clérigos esperan que los maestros de enseñanzas erróneas se muestren como abiertos vendedores de veneno y no entienden que a menudo aparecen en forma de “ángeles de luz” y son demasiado inteligentes como para decir todo lo que piensan y mostrar todas sus cartas e ideas? Pero así es. Jamás fue tan necesario recordar estas palabras: “La serpiente con su astucia engañó a Eva”.

Dejo esta parte del asunto que estoy tratando con la triste indicación de que hemos caído en tiempos en que *recelar* en cuanto a la sana doctrina no solo es un deber sino una virtud. No es al fariseo o al saduceo declarado a quienes debemos temer, sino la *levadura* de los fariseos y de los saduceos. Es la “reputación de sabiduría” que reviste al ritualismo lo que le hace tan peligroso para muchas mentes (Colosenses 2:23). Parece tan bueno, tan justo, tan celoso, santo y reverente, tan devoto y tan amable que arrastra a muchas personas bienintencionadas como un torrente. El que quiera estar a salvo debe cultivar el espíritu de un centinela en un puesto crítico. No debe importarle que se burlen de él por considerarle alguien que “ve herejías por todas partes”. En tiempos como estos, no debe avergonzarse de *sospechar* el peligro. Y si hay alguien que se burle de él por ello, bien puede darse por satisfecho respondiendo: “La serpiente con su astucia engañó a Eva”.

III. Queda la tercera y última lección del texto para su consideración. Nos muestra *una cuestión acerca de la cual debemos estar particularmente en guardia*. Esa cuestión se denomina “la sincera fidelidad a Cristo” (“la sencillez y pureza de la devoción a Cristo”, LBLA).

Ahora bien, la expresión que tenemos ante nosotros es ciertamente extraordinaria y

única en el Nuevo Testamento. En cualquier caso, hay algo claro: la expresión de *la sincera fidelidad* significa aquello que es puro en contraposición a lo que está mezclado. Desarrollando esa idea, algunos han sostenido que la expresión significa “exclusividad de afecto a Cristo”: Debemos temer dividir nuestro afecto entre Cristo y cualquier otro. Sin duda alguna, es muy buena teología; pero no estoy seguro de que sea el verdadero sentido del texto. Prefiero la opinión de que se refiere a una doctrina de Cristo sencilla, sin adulterar ni alterar; la sencilla “verdad como es en Jesús” en todos los puntos, sin adición, sustracción ni sustitución. Apartarse del simple y genuino precepto del Evangelio, ya sea dejando de lado alguna parte o añadiendo cualquier otra, era lo que Pablo quería que los corintios temieran especialmente. La expresión está llena de significado y parece escrita especialmente para nuestra enseñanza en estos últimos tiempos. Nuestro celo ha de ser grande y debemos estar siempre en guardia, no sea que nos apartemos del *sencillo* Evangelio que Cristo entregó una vez a los santos.

La expresión que tenemos ante nosotros es tremendamente instructiva. El principio que contiene es de inefable importancia. Si amamos nuestras almas y queremos mantenerlas sanas, debemos esforzarnos en adherirnos íntimamente a la sencilla doctrina de Cristo en cada jota, en cada tilde y cuestión concreta. Una vez que se le añade o sustrae algo, se corre el riesgo de estropear la medicina divina o aun de convertirla en veneno. Que el principio que te guíe sea: “Ninguna otra doctrina salvo la de Cristo; ¡nada más y nada menos!”. Aférrate firmemente a ese principio y no lo sueltes. Escríbelo en tu corazón y no lo olvides jamás.

1) Tengamos claro, por ejemplo, que *no hay un camino para la Paz* salvo el sencillo camino trazado por Cristo. La verdadera tranquilidad de conciencia y la paz interior del alma no proceden jamás de otra cosa que no sea la fe inequívoca en Cristo mismo y en su obra completa. La paz por medio de la confesión auricular, el ascetismo físico, la constante asistencia a los cultos en la iglesia o la participación frecuente en la Cena del Señor son un engaño y una trampa. Las almas solo alcanzan descanso yendo directamente a Jesús mismo, cansadas y cargadas, por medio de una comunión de fe y confianza en Él. En esta cuestión mantengámonos firmes en “la sincera fidelidad a Cristo”.

2) Tengamos claro también que *no hay otro sacerdote* que pueda mediar de alguna forma entre tú y Dios salvo Jesucristo. Él mismo ha dicho, y sus palabras no pasarán: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6). Ningún hijo pecador de Adán, sin importar cómo haya sido ordenado ni cuál sea su título eclesiástico, puede ocupar jamás el lugar de Cristo o hacer lo que solo Cristo ha sido llamado a hacer. El sacerdocio es el cargo específico de Cristo y jamás lo ha delegado en nadie. También en esta cuestión, mantengámonos firmes en “la sincera fidelidad a Cristo”.

3) Tengamos claro también que *no existe sacrificio por el pecado* salvo el sacrificio único de Cristo en la Cruz. No escuches ni por un momento a aquellos que te dicen que hay alguna clase de sacrificio en la Cena del Señor, alguna repetición de la ofrenda de Cristo en la Cruz o alguna oblación de su cuerpo y su sangre bajo la forma del pan y el vino consagrados. El único sacrificio por los pecados que ofreció Cristo fue un sacrificio

perfecto y completo y no es más que una blasfemia intentar repetirlo: “Con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Hebreos 10:14). En esta cuestión, mantengámonos también firmes en “la sincera fidelidad a Cristo”.

4) Tengamos claro también que no existe otra regla de fe y otro juez en las controversias que aquel al que Cristo siempre hacía referencia: la Palabra escrita de Dios. No dejemos que ningún hombre perturbe nuestras almas con vagas expresiones como “la voz de la Iglesia, la Antigüedad primitiva, el juicio de los primeros Padres” y ese tipo de discurso grandilocuente. Que nuestro único patrón de la Verdad sea la Biblia, la Palabra escrita de Dios. “¿Qué dice la Escritura?”. “¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?”. “¡A la ley y al testimonio!”. “Escudriñad las Escrituras” (Romanos 4:3; Lucas 10:26; Isaías 8:20; Juan 5:39). En esta cuestión, mantengámonos también firmes en “la sincera fidelidad a Cristo”.

5) Tengamos claro también que no hay *otros medios de gracia* en la Iglesia que tengan autoridad vinculante salvo los sencillos y conocidos que Cristo y los Apóstoles sancionaron. Consideremos con el mayor celo todas las ceremonias y formas de origen humano cuando se les otorga tan exagerada importancia que las cosas de Dios queden relegadas a un segundo plano. Las ideas humanas tienden invariablemente a suplantar los decretos de Dios. Cuidémonos de no hacer vana la Palabra de Dios por medio de creaciones humanas. En esta cuestión, mantengámonos también firmes en “la sincera fidelidad a Cristo”.

6) Tengamos claro también que no es sana *ninguna enseñanza acerca de los sacramentos* que les atribuya un poder que Cristo no menciona. Tengamos cuidado de no admitir que el bautismo o la Cena del Señor pueden conferir gracia “*ex opere operato*”, esto es, por medio de la mera administración externa, independientemente del estado del corazón de aquellos que los reciben. Recordemos que la única prueba de que las personas bautizadas y los comulgantes tienen la gracia es la demostración de dicha gracia en sus vidas. Los frutos del Espíritu son las únicas pruebas de que hemos nacido del Espíritu y somos uno con Cristo, y no la mera recepción de los sacramentos. En esta cuestión, mantengámonos también firmes en “la sincera fidelidad a Cristo”.

7) Tengamos claro también que no es segura *ninguna enseñanza acerca del Espíritu Santo* que no pueda conciliarse con la sencilla enseñanza de Cristo. No debemos escuchar a los que aseveran que el Espíritu Santo habita realmente en todas las personas bautizadas sin excepción en virtud de su bautismo, y que lo único que se precisa es “fomentar” esa gracia en esas personas. La sencilla enseñanza de nuestro Señor es que habita únicamente en aquellos que son sus discípulos creyentes y que el mundo ni conoce, ni ve, ni puede recibir el Espíritu Santo (cf. Juan 14:17). Su presencia interior es un privilegio de los cristianos, y dondequiera que esté se le verá. En esta cuestión, mantengámonos también firmes en “la sincera fidelidad a Cristo”.

8) Por último, tengamos claro que no puede ser esencialmente sana ninguna enseñanza en que la Verdad no se presente *de forma equilibrada, como lo hicieron Cristo y los Apóstoles*. Cuidémonos de cualquier enseñanza en que lo principal sea una exaltación constante de la Iglesia, el ministerio o los sacramentos, mientras que grandes verdades como el arrepentimiento, la fe, la conversión y la santidad se dejan en un

lugar inferior y subordinadas en términos comparativos. Pon tal enseñanza junto a la de los Evangelios, Hechos y las Epístolas. Haz un recuento de los textos. Haz un cálculo. Advierte lo poco que se dice en el Nuevo Testamento *relativamente* con respecto al bautismo, a la Cena del Señor, a la Iglesia y el ministerio; y luego juzga por ti mismo cuáles son las proporciones en la Verdad. También en esta cuestión, repito una vez más, mantengámonos firmes en “la sincera fidelidad a Cristo”.

La sencilla doctrina y regla de Cristo, pues —sin añadiduras, sustracciones ni sustituciones—, es la meta a la que debemos aspirar. Este es el punto del que debemos temer desviarnos. ¿Podemos mejorar su doctrina? ¿Somos más sabios que Él? ¿Pensamos que se quedó algo de verdadera importancia en el tintero o a merced de los vagos testimonios de las tradiciones humanas? ¿Nos arrogamos el derecho de decir que podemos arreglar o cambiar para mejor un decreto suyo? ¿Tenemos dudas en cuanto a que en cuestiones sobre las que no se dice nada debemos obrar con suma cautela, con tacto y moderación y que debemos abstenernos de imponerlas a otros que no comparten nuestra opinión? Por encima de todo, ¿no debemos cuidarnos de declarar como necesaria para la salvación cualquier cosa de la que Cristo no ha dicho nada en absoluto? Solo veo una respuesta a preguntas como estas. Debemos cuidarnos de cualquier cosa que tenga el más mínimo aspecto de desviarse de “la sincera fidelidad a Cristo”.

La pura verdad es que nunca será excesivo lo que exaltemos al Señor Jesucristo como Aquel que es Cabeza de la Iglesia y Señor de todos los decretos, además de como el Salvador de los pecadores. Creo que todos fallamos aquí. No comprendemos qué Rey tan excelso, grande y glorioso es el Hijo de Dios y cuánta lealtad absoluta le debemos a Aquel que no ha delegado ninguno de sus oficios ni ha dado su gloria a ningún otro. Merece la pena recordar las solemnes palabras que John Owen dirigió a la Casa de los Comunes en un sermón acerca de “la grandeza de Cristo”. Temo que la Casa de los Comunes escuche pocos sermones semejantes en la actualidad:

“Cristo es el *camino*: los hombres sin Cristo son Caínes, vagabundos errantes. Suya es la Verdad: sin Él, los hombres son engañadores como el diablo desde la Antigüedad. Él es la *vida*: sin Él, los hombres están muertos en delitos y pecados. Él es la *luz*: sin Él, los hombres están en tinieblas y no saben adónde van. Él es la *vid*: los hombres que no están en Él son ramas cortadas preparadas para ser echadas al fuego. Él es la *roca*: los hombres que no están contruidos sobre Él son arrastrados por la inundación. El es *el Alfa y la Omega*, el principio y el fin, el autor y el consumidor, quien comienza y concluye nuestra salvación. El que no lo tiene, no posee el principio del bien, ni su infelicidad tendrá fin. ¡Oh bendito Jesús, cuánto mejor no existir a existir sin ti! ¡Antes no nacer que morir sin ti! Mil infiernos se quedan por debajo de esto: la eternidad sin Jesucristo”. Este testimonio es cierto. Si podemos decir amén al espíritu de este pasaje, le irá bien a nuestras almas.

Y ahora permítaseme concluir este capítulo ofreciendo algunos consejos a todo aquel en cuyas manos pueda caer. No los ofrezco como alguien que tiene algún tipo de autoridad, sino como alguien que desea afectuosamente hacer bien a sus hermanos.

Los ofrezco especialmente a todos los que son miembros de la Iglesia de Inglaterra, aunque creo que serán útiles para todos los cristianos ingleses. Y los ofrezco como consejos que considero útiles para mi propia alma y que, por ello, me aventuro a pensar que pueden serlo para otros.

1) En primer lugar, si queremos evitar caer en la falsa doctrina, *armemos nuestras mentes con un profundo conocimiento de la Palabra de Dios*. Leamos nuestras biblias de principio a fin diariamente con diligencia y en constante oración pidiendo que el Espíritu Santo nos enseñe y esforcémonos, pues, en familiarizarnos profundamente con sus contenidos. El desconocimiento de la Biblia es la raíz de todos los errores, y un conocimiento superficial de la misma explica muchas de las tristes perversiones y deserciones de la actualidad. En una época de prisas, de ferrocarriles y telégrafos, estoy firmemente persuadido de que muchos cristianos no dedican suficiente tiempo a la lectura privada de las Escrituras. Me pregunto seriamente si los ingleses no conocían mejor sus biblias hace 200 años que ahora. La consecuencia es que son “niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina” y son presa fácil de cualquier maestro inteligente del error que intente influir en sus mentes. Ruego a mis lectores que recuerden este consejo y pongan atención a sus caminos. Es tan cierto hoy como siempre que solo el buen *estudioso del texto* es buen teólogo y que una familiaridad con los principales textos esenciales es, como lo demostró nuestro Señor en la tentación, una de las mejores salvaguardas contra el error. Ármate, pues, con la espada del Espíritu y acostumbra a tu mano a utilizarla. Soy muy consciente de que no existe un camino de rosas hacia el conocimiento de la Biblia. Sin diligencia y sin esfuerzo nadie llega a ser “poderoso en las Escrituras”. “La justificación —dijo Charles Simeon con su habitual ingenio— es por la fe, pero el conocimiento de la Biblia viene por las obras”. Pero de una cosa estoy seguro: no hay trabajo que sea mejor recompensado que un estudio diario y esforzado de la Palabra de Dios.

2) En segundo lugar, si queremos mantener un camino recto como clérigos en estos tiempos malignos, conozcamos profundamente los Treinta y Nueve Artículos de la Iglesia de Inglaterra. Esos Artículos, me atrevo a decir, son la Confesión autorizada de la Iglesia de Inglaterra y la verdadera prueba a la que la enseñanza de todo clérigo debiera someterse. La “enseñanza del *Libro de Oración*” es una frase generalizada en muchas bocas, y a menudo este libro se considera mejor patrón para valorar la fidelidad del clérigo que los Artículos. Pero me aventuro a aseverar que el patrón de la Iglesia en cuanto a su doctrina son los Artículos, y no el *Libro de Oración*. Que nadie piense que tengo en poco el *Libro de Oración* porque digo esto. En amor leal a la liturgia y profunda admiración por sus contenidos no me gana nadie. Es un libro devocional incomparable para el uso de cualquier congregación cristiana. Pero el *Libro de Oración* de la Iglesia jamás fue concebido para ser el patrón fijo de la Iglesia con respecto a la doctrina bíblica como lo son los Artículos. Esta no era su función original, este no fue el propósito para el que se recopiló. Es un manual devocional, no una confesión de fe. Tengámoslo en alta estima; pero no lo exaltemos hasta el lugar que solamente corresponde a los Artículos y que le asignan el sentido común, los estatutos y la opinión expresa de eminentes eruditos.

Ruego a cada lector de este capítulo que examine los Artículos y se mantenga familiarizado con ellos leyéndolos cuidadosamente al menos una vez al año. Tengamos claro que ningún hombre que predique, enseñe o sostenga cualquier cosa contraria a la confesión de fe de la Iglesia tiene derecho a considerarse a sí mismo un buen clérigo. En mi opinión, los Artículos han sido excesivamente abandonados en estos tiempos. Creo que sería bueno que formaran parte del sistema docente religioso en todas las escuelas de clase media relacionadas con la Iglesia de Inglaterra. Como la famosa Confesión de Westminster en Escocia, serían una gran barrera contra la tendencia a regresar a Roma.

3) El tercer y último consejo que deseo ofrecer es el siguiente: *Familiaricémonos profundamente con la historia de la Reforma inglesa*. La razón que tengo para ofrecer este consejo es mi firme convicción de que esta parte de la historia inglesa ha sido injustamente olvidada en los últimos años. Miles de clérigos tienen hoy en día una noción muy pobre de lo que adeudamos a nuestros reformadores martirizados. No tienen un concepto claro de la situación de tinieblas y superstición en que vivieron nuestros padres y de la luz y la libertad que introdujo la Reforma. Y la consecuencia es que no ven gran perjuicio en el movimiento actual de vuelta al catolicismo y tienen ideas muy vagas acerca de la verdadera naturaleza y obra del papismo. Es hora de que cambien las cosas. Hay algo de lo que estoy convencido: el origen de una gran dosis de la apatía vigente con respecto al movimiento actual de vuelta al catolicismo puede hallarse en la crasa ignorancia tanto de la verdadera naturaleza del papismo como de la Reforma protestante.

La ignorancia, después de todo, es una de las mejores amigas de la falsa doctrina. Lo que necesita cualquier época, aun el siglo XIX, es más luz. Miles son extraviados por el papismo o caen en la incredulidad por pura falta de lectura e información. Lo repito una vez más, si los hombres estudiaran con atención la Biblia, los Artículos y la historia de la Reforma, no temería que sus “sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo”. Quizá no se “conviertan” a Dios, pero en cualquier caso no se “torcerían” apartándose de la Iglesia de Inglaterra.

Capítulo 8

Idolatría

“Huid de la idolatría”

(1 Corintios 10:14).

Puede que a primera vista parezca que el texto que encabeza esta página es difícilmente necesario en Inglaterra. En una época de educación e inteligencia como la

nuestra, casi podemos llegar a pensar que es una pérdida de tiempo decirle a un inglés que “huya de la idolatría”.

Me atrevo a decir que esta es una gran equivocación. Creo que hemos llegado a un momento en que la cuestión de la idolatría exige un examen y un análisis profundos. Creo que la idolatría está cerca de nosotros, a nuestro alrededor y entre nosotros hasta extremos terribles. En pocas palabras, el segundo mandamiento está en peligro, “la mortandad ha comenzado”.

Sin más preámbulos, propongo considerar en este capítulo los cuatro puntos siguientes:

I. *Definición de idolatría. ¿Qué es?*

II. *La causa de la idolatría. ¿De dónde proviene?*

III. *La forma que adopta la idolatría en la Iglesia visible de Cristo. ¿Dónde está?*

IV. *La abolición definitiva de la idolatría. ¿Qué acabará con ella?*

Creo que la cuestión está rodeada de muchas dificultades. Nuestra suerte está echada en una época en que la Verdad está constantemente en peligro de ser sacrificada a las presuntas tolerancia, caridad y paz. En cualquier caso, no puedo olvidar como clérigo que la Iglesia de Inglaterra cuyo “sonido” no ha sido “incierto” en la cuestión de la idolatría; y, a menos que esté gravemente equivocado, la verdad acerca de la idolatría es, en el sentido más elevado, verdad para todas las épocas.

I. Permítaseme en primer lugar, pues, ofrecer una *definición de idolatría*. Permítaseme mostrar **lo que es**.

Es de la mayor importancia que comprendamos esto. A menos que quede claro, no puedo tratar la cuestión. En este punto imperan la vaguedad y la confusión, como en casi todos los demás asuntos religiosos. El cristiano que no quiere errar continuamente en su viaje espiritual debe tener su ruta bien señalizada y su mente bien amueblada con definiciones claras.

Afirmo, entonces, que *“la idolatría es adoración en la que el honor que merece Dios en la Trinidad y solo Él se rinde a alguna de sus criaturas o a alguna invención de sus criaturas”*. Puede variar grandemente. Puede adoptar infinitud de formas según el grado de ignorancia o de conocimiento, la civilización o la barbarie de los que la practican. Puede ser manifiestamente absurda y ridícula o quizá bordear la Verdad y admitir las más especiosas defensas. Pero, ya sea en la adoración al ídolo Jagannath o en la adoración de la hostia en S. Pedro en Roma, el principio de la idolatría es realmente el mismo. En ambos casos, el honor que Dios se merece se aparta de Él y se deposita en algo que no es Dios. Y, cuando quiera que se haga esto, ya sea en templos paganos o en iglesias que profesan el cristianismo, hay un acto de *idolatría*.

No es necesario que un hombre rechace formalmente a Dios y a Cristo para ser un ídola. Lejos de eso. Es perfectamente compatible profesar reverencia al Dios de la Biblia y practicar la idolatría. A menudo han ido codo con codo y así sigue siendo. Los hijos de Israel nunca pensaron renunciar a Dios cuando persuadieron a Aarón para que hiciera el becerro de oro. “Estos son tus dioses [tus *Elohim*] —dijeron—, que te sacaron

de la tierra de Egipto”. Y la fiesta en honor al becerro se mantuvo como “fiesta para Jehová” (Éxodo 32:4–5). Jeroboam, por otro lado, jamás pretendió pedir a las diez tribus que desecharan su lealtad al Dios de David y Salomón. Cuando levantó los becerros de oro en Dan y Betel, solamente dijo: “Bastante habéis subido a Jerusalén; he aquí tus dioses, oh Israel [tus *Elohim*], los cuales te hicieron subir de la tierra de Egipto” (1 Reyes 12:28). Debemos observar que en ninguno de estos casos se erigió el ídolo como rival de Dios, sino que en ambos casos se hizo con la excusa de ser una ayuda: un escalón para darle culto. Pero en ambos casos se cometió un gran pecado. El honor debido a Dios se rindió a una representación de Él. Se ofendió la majestad de Jehová. Se quebrantó el segundo mandamiento. A los ojos de Dios hubo un flagrante acto de *idolatría*.

Advirtamos esto bien. Es hora de desechar de nuestras mentes esas vagas ideas con respecto a la idolatría tan comunes en esta época. No debemos pensar, como hacen muchos, que solo hay dos tipos de idolatría: la idolatría espiritual del hombre que ama a su esposa, a su hijo o el dinero más que a Dios, y la idolatría crasa y abierta del hombre que se inclina ante una imagen de madera, metal o piedra porque no conoce otra cosa. Sin duda, la idolatría es un pecado que ocupa un terreno mucho más amplio que eso. No es meramente algo que ocurre en el Indostán y de lo que oigamos hablar y que lamentemos en las reuniones misioneras; ni es algo que se limita a nuestros corazones y que podemos confesar ante el trono de gracia de rodillas. Es una enfermedad que se extiende por la Iglesia de Cristo hasta mayores extremos de lo que muchos imaginan. Es un mal que, como el hombre de pecado, “se sienta en el templo de Dios” (2 Tesalonicenses 2:4). Es un pecado que todos necesitamos vigilar y contra el que debemos orar constantemente. Se desliza en nuestra adoración religiosa de forma imperceptible y, antes de que nos demos cuenta, ya está sobre nosotros. Son tremendas las palabras que dirigió Isaías al judío formal; no al adorador de Baal, recuérdalo, sino al hombre que de hecho acudía al Templo (Isaías 66:3): “El que sacrifica buey es como si matase a un hombre; el que sacrifica oveja, como si degollase un perro; el que hace ofrenda, como si ofreciese sangre de cerdo; el que quema incienso, como si bendijese a un ídolo”.

Este es el pecado que Dios ha censurado especialmente en su Palabra. Uno de los Diez Mandamientos está dedicado a su prohibición. Ni uno solo de ellos contiene una declaración tan solemne de la naturaleza de Dios y de sus juicios contra los desobedientes: “Yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen” (Éxodo 20:5). Quizá no haya ninguno que se repita con tanto hincapié y se amplíe de tal forma, especialmente en el capítulo 4 de Deuteronomio.

Este es el pecado, de entre todos los demás, al que los judíos parecen haber sido más propensos antes de la destrucción del Templo de Salomón. ¿Qué es la historia de Israel bajo sus reyes y jueces sino el triste testimonio de sus repetidas caídas en la idolatría? Una y otra vez leemos acerca de “lugares altos” y dioses falsos. Una y otra vez leemos de cautividades y castigos por causa de la idolatría. Una y otra vez leemos del regreso al viejo pecado. Parece como si el amor a los ídolos fuera para los judíos hueso

de sus huesos y carne de su carne. En pocas palabras, el pecado dominante en la Iglesia del Antiguo Testamento era la idolatría. Cara a cara ante los decretos ceremoniales más elaborados que Dios había dado a su pueblo, Israel estaba desviándose constantemente hacia los ídolos y adorando la obra de manos humanas.

Este es el pecado, de entre todos los demás, que ha traído consigo los juicios más severos sobre la Iglesia visible. Trajo sobre Israel a los ejércitos de Egipto, Asiria y Babilonia. Dispersó a las diez tribus, quemó Jerusalén y llevó a Judá y Benjamín a la cautividad. En tiempos posteriores trajo sobre las iglesias orientales la avalancha de la invasión sarracena y convirtió muchos huertos espirituales en desiertos. La desolación que reina donde antaño predicaron Cipriano y Agustín, la muerte viviente en la que están enterradas las iglesias que hubo en Asia Menor y Siria, todo ello se puede achacar a este pecado. Todo da testimonio de la misma gran verdad que proclama nuestro Señor en Isaías: “A otro no daré mi gloria” (Isaías 42:8).

Recopilemos estas cosas en nuestras mentes y ponderémoslas bien. La idolatría es una cuestión que es preciso examinar, conocer y entender en toda Iglesia de Cristo que quiera mantenerse pura. No en vano S. Pablo nos da este severo mandato: “Huid de la idolatría”.

II. Permítaseme mostrar, en segundo lugar, *la causa a la que se remonta la idolatría*.
¿De dónde proviene?

Al hombre que tiene una idea exagerada y exaltada del intelecto humano y de la razón, la idolatría puede parecerle absurda. Piensa que es demasiado irracional para poner en peligro a nadie salvo mentes débiles.

A alguien que piensa de forma meramente superficial con respecto al cristianismo, el peligro de la idolatría puede parecerle muy pequeño. Aunque quebranten muchos mandamientos —nos dice—, los que profesan el cristianismo no son muy susceptibles de transgredir el segundo.

Ahora bien, ambas personas hacen demostración de un lamentable desconocimiento de la naturaleza humana. No ven que hay raíces secretas de idolatría en todos nosotros. La vigencia de la idolatría en todas las épocas entre los paganos resultará forzosamente un enigma para el primero; las advertencias de los ministros protestantes en contra de la idolatría en la Iglesia parecerán forzosamente gratuitas al segundo. Ambos están ciegos por igual en cuanto a su causa.

La causa de toda idolatría es la corrupción natural del corazón del hombre. Esa gran enfermedad congénita con la que todos los hijos de Adán están infectados desde su nacimiento se manifiesta tanto en esto como de otras mil formas. De la misma fuente de donde “salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez” y cosas semejantes (Marcos 7:21–22), de esa misma fuente surgen las falsas ideas acerca de Dios y las falsas ideas acerca de la adoración que se le debe; y cuando el apóstol Pablo, pues, les dice a los gálatas (Gálatas 5:20) cuáles son “las obras de la carne”, pone la idolatría en un lugar destacado entre ellas.

El hombre tendrá siempre alguna clase de religión. Dios no se ha dejado sin testimonio en todos nosotros, a pesar de ser seres caídos. Como viejas inscripciones bajo montañas de escombros, como la escritura casi borrada de los manuscritos palimpsestos, de la misma forma, hay *algo* grabado tenuemente en el fondo del corazón del hombre, no importa cuán débilmente y casi borrado, *algo* que le hace sentir que debe tener una religión y alguna clase de culto. La prueba de esto se encuentra en los relatos de los viajes por todo el planeta. Las excepciones a la regla son tan pocas, si es que hay alguna, que solo confirman su verdad. Quizá el culto en algún oscuro rincón de la Tierra no vaya más allá de un vago temor a un espíritu maligno y un deseo de propiciarlo; pero el hombre siempre tendrá alguna clase de culto.

Entonces entran en juego los efectos de la Caída. El desconocimiento de Dios, los conceptos carnales y bajos de su naturaleza y sus atributos, ideas terrenales y sensuales con respecto al culto que es aceptable para Él, todo ello caracteriza la religión del hombre natural. Hay un deseo en su mente de algo que pueda ver, sentir y tocar en su Divinidad. Querría traer a su Dios a su propio nivel degradado. Querría convertir su religión en una cuestión de los sentidos y la vista. No tiene idea alguna de la religión del corazón, la fe y el espíritu. En resumen, igual que desea vivir en la Tierra de Dios pero, hasta que es renovado por la gracia, una vida degradada y caída, así no opone objeción a adorar de alguna forma pero, hasta que es renovado por el Espíritu Santo, es siempre una adoración caída. En pocas palabras, la idolatría es un producto natural del corazón del hombre. Es una mala hierba que, como la tierra sin cultivar, el corazón siempre está dispuesto a producir.

¿Nos sorprende ahora leer acerca de las repetidas idolatrías de la Iglesia del Antiguo Testamento: de Peor, Baal, Moloc, Quemos y Astarté; de los lugares altos y los altares en los montes, de las imágenes de madera; y todo esto a plena luz del ceremonial mosaico? Dejemos de sorprendernos. Se puede explicar. Hay una causa.

¿Nos sorprende cuando leemos cómo a lo largo de la Historia la idolatría se infiltró gradualmente en la Iglesia de Cristo, cómo poco a poco desplazó la verdad del Evangelio hasta que en Cantórbery los hombres ofrecieron más ante el altar de Thomas à Becket que ante el de la virgen María y más ante el de la virgen María que ante el de Cristo? Dejemos de sorprendernos. Es comprensible. Hay una causa.

¿Nos sorprende oír hablar de hombres que pasan hoy en día de las Iglesias protestantes a la Iglesia de Roma? ¿Pensamos que es inexplicable y creemos que nosotros mismos jamás podríamos abandonar una forma de adoración pura por una como la del papa? Dejemos de sorprendernos. El problema tiene una solución. Hay una causa.

Esa causa no es otra que la corrupción del corazón del hombre. Hay una propensión y una tendencia natural en todos nosotros a ofrecer a Dios una adoración sensual, carnal, y no la que se nos ordena en su Palabra. Estamos siempre dispuestos, a causa de nuestra pereza e incredulidad, a ingeniar nos ayudas visibles y peldaños en nuestro acercamiento a Él y, en última instancia, a otorgar a nuestras invenciones el honor que se le debe a Él. De hecho, la idolatría es completamente natural, cuesta abajo, fácil, como el camino ancho. La adoración espiritual es toda por gracia, cuesta arriba, contra

corriente. Cualquier otra adoración es más agradable para el corazón natural que adorar a Dios de la forma en que lo describe Cristo nuestro Señor: “En espíritu y en verdad” (Juan 4:23).

En lo que a mí respecta, no me sorprende la cantidad de idolatría que existe tanto en el mundo como en la Iglesia visible. Creo que es perfectamente factible que vivamos para ver mucha más de la que habríamos podido soñar. No me sorprendería que surgiera algún poderoso Anticristo personal antes del fin; poderoso intelectualmente, poderoso en talentos para el gobierno, sí, y *quizá* también poderoso en dones milagrosos. No me sorprendería ver a alguien así erigiéndose en oposición a Cristo y comandando una conspiración infiel contra el Evangelio. Creo que muchos de los que ahora se glorían en decir “no queremos que éste reine sobre nosotros” se gozarían en honrarle. Creo que muchos le convertirían en un dios, le reverenciarían como la encarnación de la Verdad y concentrarían su concepto de culto al héroe en su persona. Lo adelanto como una *posibilidad* y nada más. Pero al menos de esto sí estoy seguro: Ningún hombre está menos a salvo del peligro de la idolatría que el que ahora se burla de toda clase de religión; y de la incredulidad a la credulidad, del ateísmo a la más crasa idolatría, solo hay un paso. No pensemos, en cualquier caso, que la idolatría es un pecado pasado de moda en el que probablemente no caigamos jamás: “El que piensa estar firme, mire que no caiga”. Bien haremos en examinar nuestros propios corazones: El germen de la idolatría está ahí. Recordemos las palabras de S. Pablo: “Huid de la idolatría”.

III. Permítaseme mostrar, en tercer lugar, *las formas que ha adoptado la idolatría y que adopta en la Iglesia visible. ¿Dónde está?*

Creo que no existe nada más infundado que la teoría que cuenta con el favor de muchos de que la Iglesia visible de Cristo disfruta de las promesas de perpetuidad y protección de la idolatría. Es una teoría que no apoyan ni la Escritura ni los hechos. La Iglesia contra la que “las puertas del Hades no prevalecerán” no es la Iglesia visible, sino todo el cuerpo de los elegidos, la congregación de creyentes verdaderos de toda nación y pueblo. La mayor parte de la Iglesia visible ha sostenido frecuentemente flagrantes herejías. Sus ramas específicas nunca están a salvo del error fatal, tanto en la fe como en la práctica. Un abandono de la fe, una caída, el olvido del primer amor en cualquier rama de la Iglesia visible no debiera sorprender jamás a un lector cuidadoso del Nuevo Testamento.

Aparentemente parece que los Apóstoles esperaban que surgiera la idolatría aun antes de que se cerrara el canon del Nuevo Testamento. Es extraordinario observar cómo Pablo trata esta cuestión en su Epístola a los Corintios. Si cualquier supuesto hermano corintio era un idólatra, los miembros de la Iglesia no debían “ni aun [comer]” con él (1 Corintios 5:11). “Ni seáis idólatras, como algunos de ellos” (1 Corintios 10:7). Nuevamente, en el texto que encabeza este capítulo dice: “Amados míos, huid de la idolatría”. Cuando escribe a los colosenses, les advierte en contra del “culto a los ángeles” (Colosenses 2:18). Y S. Juan cierra su primera Epístola con el solemne mandato: “Hijitos, guardaos de los ídolos” (1 Juan 5:21). Es imposible no creer que estos

pasajes indican la expectativa de un auge en la idolatría, y pronto, entre los que profesaban el cristianismo.

La bien sabida profecía del capítulo 4 de la primera Epístola a Timoteo contiene un pasaje que viene aún más al caso: “El Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios” (1 Timoteo 4:1). No entretendré a mis lectores con un prolijo análisis de esa destacada expresión: “doctrinas de demonios”. Baste decir que se considera que los excelentes traductores de la Biblia han pasado por alto por una vez el sentido pleno de lo que el Apóstol quería decir al traducir la palabra que equivale a “demonios” en nuestra versión, y que el verdadero significado de la expresión es “doctrinas acerca de espíritus muertos”. Y bajo esta tesis, que puedo decir que sostienen todos los que más acreditados están para hablar al respecto, el pasaje se convierte en una predicción directa del auge de la forma de idolatría más especiosa: la adoración de los santos muertos (léanse los escritos de Mede).

El último pasaje al que haré referencia será el final del capítulo 9 del Apocalipsis. Allí leemos, en el versículo 20: “Los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos, ni dejaron de adorar a los demonios —advertamos que esta es la misma palabra de la Epístola a Timoteo que acabamos de citar—, y a las imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar”. Ahora bien, no voy a ofrecer comentario alguno del capítulo en que se enmarca este versículo. Sé muy bien que hay diferencias de opinión con respecto a la verdadera interpretación de las plagas que se predicen en él. Solamente me aventuro a afirmar que es sumamente probable que estas plagas caigan sobre la Iglesia visible y que es muy improbable que S. Juan estuviera profetizando acerca de los paganos que no habían oído el Evangelio jamás. Y una vez que se acepta esto, el hecho de que la idolatría es un pecado que se predice con respecto a la Iglesia visible parece quedar establecido de forma concluyente.

Y ahora, al pasar de la Biblia a los hechos, ¿qué es lo que vemos? Respondo sin titubear que existen pruebas inequívocas de que las advertencias y predicciones de la Biblia no se hicieron sin causa y que efectivamente surgió la idolatría en la Iglesia visible de Cristo y sigue existiendo.

Encontramos resumido el principio y el auge del mal en el pasado en la Homilía de la Iglesia de Inglaterra sobre el peligro de la idolatría. A esa Homilía remito a todos los clérigos, recordándoles de una vez por todas que, según el criterio de los Treinta y Nueve Artículos, el Libro de las Homilías “contiene una doctrina sana y piadosa y necesaria para estos tiempos”. Allí leemos cómo, aun en el siglo IV, Jerónimo se queja “de que han entrado los errores de las imágenes, pasando de los gentiles a los cristianos”; y Eusebio dice: “Vemos que se presentan las imágenes de Pedro y Pablo y aun de nuestro Señor mismo y se pintan retablos, lo cual creo que deriva de una costumbre pagana y se conserva con indiferencia”. Ahí podemos leer cómo “Poncio Paulino, obispo de Nola, en el *siglo V* hizo que se pintaran las paredes de los templos con historias tomadas del Antiguo Testamento, para que al mirar y considerar esas imágenes la gente se abstuviera de excesos y revueltas. Pero de aprender de historias

pintadas se pasó poco a poco a la *idolatría*". Ahí podemos leer cómo Irene, madre de Constantino VI, en el *siglo VIII* reunió un Concilio en Nicea y promulgó un decreto según el cual debían ponerse imágenes en todas las iglesias de Grecia y se debía rendir honor a dichas imágenes". Y ahí podemos leer la conclusión con que la Homilía resume su repaso histórico: "Que congregaciones y clero, eruditos y analfabetos, hombres, mujeres y niños de todas las clases y edades en toda la cristiandad se han hundido en la abominable idolatría, el vicio más detestado por Dios de todos los vicios y el más condenable para el hombre, y eso durante más de 800 años".

Esta es una historia triste, pero cierta. Poco se puede poner en duda que el mal comenzó aun antes de la época que mencionan los autores de la Homilía. Creo que ningún hombre debe sorprenderse ante el principio de la idolatría en la Iglesia primitiva si considera detenidamente la excesiva reverencia que rendía, desde el mismísimo principio, a las partes visibles de la religión. Creo que ningún hombre imparcial puede leer el lenguaje utilizado por casi todos los Padres con respecto a la Iglesia, los obispos, el ministerio, el bautismo, la Cena del Señor, los mártires, los santos muertos en general; ningún hombre puede leerlo sin sorprenderse ante la gran diferencia entre su lenguaje y el lenguaje de la Escritura en relación con estas cuestiones. Parece de inmediato como si te encontraras en una nueva atmósfera. Sientes que ya no estás pisando terreno santo. Descubres que cosas que en la Biblia son obviamente de una importancia secundaria, aquí se convierten en primarias. Descubres que lo relacionado con los sentidos y con la vista se exalta hasta una posición en que Pablo, Pedro, Santiago y Juan, al hablar por el Espíritu Santo, jamás lo colocaron. No es meramente la debilidad de unos escritos no inspirados lo que proporciona motivos de queja; es algo peor; es un nuevo sistema. ¿Y cuál es la explicación de todo esto? Es, en una palabra, que has entrado en una zona donde ha empezado a propagarse la malaria de la idolatría. Percibes las primeras maniobras del misterio de la iniquidad. Detectas los primeros gérmenes de un gigantesco sistema de idolatría que, como describe la Homilía, posteriormente se aceptó de manera formal y acabó floreciendo con exuberancia en todos los rincones de la cristiandad.

Pero trasladémonos ahora del pasado al presente. Consideremos la cuestión que más nos concierne. Consideremos en qué forma se nos presenta la idolatría como un pecado de la Iglesia visible en nuestra propia época.

No me resulta nada difícil responder a esta pregunta. No dudo en afirmar que la idolatría no ha adoptado nunca una manifestación más notoria que *en la Iglesia de Roma en la actualidad*.

Y aquí llego a una cuestión acerca de la cual es difícil hablar por los tiempos en que vivimos. Pero los ministros de Cristo deben decir toda la verdad, independientemente de su época o de los prejuicios. Y no me quedaría con la conciencia tranquila tras escribir acerca de la idolatría si no declarara mi solemne convicción de que la idolatría es uno de los clamorosos pecados de los que la Iglesia de Roma es culpable. Lo digo con toda tristeza. Lo digo reconociendo completamente que tenemos nuestros errores en la Iglesia protestante; y no poca idolatría en algunas partes a efectos prácticos. Pero de la idolatría formal, reconocida y sistemática creo que estamos libres casi por completo.

Mientras que, en lo que respecta a la Iglesia de Roma, si en su culto no hay una inmensa cantidad de idolatría sistemática y organizada, francamente confieso que no sé lo que es la idolatría.

a) Para mí es idolatría tener imágenes y retratos de santos en las iglesias y hacerles una reverencia para la que no hay base ni precedentes en la Escritura. Y puesto que esto es así, afirmo que *en la Iglesia de Roma hay idolatría*.

b) Para mí, es idolatría invocar a la virgen María y a los santos en gloria y dirigirse a ellos en un lenguaje con el que jamás se habla en la Escritura salvo a la Santísima Trinidad. Y puesto que esto es así, afirmo que *en la Iglesia de Roma hay idolatría*.

c) Para mí, es idolatría inclinarse ante cosas materiales y atribuirles un poder y una santidad muy superiores a los que se atribuían al arca o al altar de la dispensación del Antiguo Testamento; y un poder y una santidad, asimismo, que no se acredita en la Palabra de Dios. Y puesto que esto es así con la sábana santa de Turín y la madera maravillosamente multiplicada de la verdadera Cruz y otro millar supuestas reliquias a los ojos de los hombres, afirmo que *en la Iglesia de Roma hay idolatría*.

d) Para mí, es idolatría adorar aquello que han hecho las manos del hombre, llamarlo Dios y adorarlo cuando se levanta ante nuestros ojos. Y puesto que esto es así con la notoria doctrina de la transustanciación y la elevación de la hostia, por lo que a mí respecta, afirmo que *en la Iglesia de Roma hay idolatría*.

e) Para mí, es idolatría hacer de hombres ordenados mediadores entre Dios y nosotros robándole, por así decirlo, a nuestro Señor Jesucristo su oficio y dándoles un honor que aun los Apóstoles y los ángeles rechazan de plano en la Escritura. Y puesto que veo que esto es así con el honor que se rinde a los papas y sacerdotes, afirmo que *en la Iglesia de Roma hay idolatría*.

Sé bien que un lenguaje como este choca a muchas mentes. A los hombres les gusta cerrar los ojos ante los males que no se deben aceptar. Prefieren no ver las cosas que implican consecuencias desagradables. Reconocerán que la Iglesia de Roma es una Iglesia *errada*. Negarán que es *idólatra*.

Nos dicen que la reverencia que da la Iglesia romana a los santos y las imágenes no equivale a la idolatría. Nos informan de que hay distinciones entre la adoración “latría” y “dulía”, entre una mediación de redención y una mediación de intercesión, lo cual la exonera de culpa. Mi respuesta es que la Biblia no sabe de esas distinciones y que, en la práctica efectiva de la gran mayoría de los católicos romanos, estas no existen en absoluto.

Nos dicen que es una equivocación suponer que los católicos romanos adoran realmente imágenes y retratos ante los que llevan a cabo actos de culto, que solamente los utilizan como ayudas para la devoción y que en realidad miran mucho más lejos. Mi respuesta es que muchos paganos podrían decir lo mismo de su idolatría, que es notorio que en el pasado lo hicieron y que, en el Indostán, muchos adoradores de ídolos lo dicen en la actualidad. Pero la disculpa no es válida. Los términos del segundo mandamiento son demasiado restrictivos. Prohíben *postrarse*, además de adorar. Y la mismísima preocupación que a menudo ha mostrado la Iglesia de Roma por excluir ese segundo mandamiento de sus catecismos es de por sí un gran hecho que lo atestigua a

los ojos de un observador abierto.

Nos dicen que no tenemos pruebas de las aseveraciones que hacemos al respecto; que basamos nuestras acusaciones en los abusos que se dan entre los miembros ignorantes de la comunión católica y que es absurdo decir que una Iglesia donde hay tantos hombres sabios y eruditos es culpable de idolatría. Mi respuesta es que los devocionarios que utilizan comúnmente los católicos nos proporcionan pruebas inequívocas. Que cualquiera examine el célebre libro *The Garden of the Soul* (El huerto del alma) si duda de mi aseveración y lea el lenguaje dirigido allí a la virgen María. Que recuerde que este lenguaje se dirige a una mujer que, a pesar de haber sido grandemente favorecida y de ser la madre de nuestro Señor, era sin embargo pecadora como nosotros, a una mujer que de hecho confiesa su necesidad de un Salvador para ella misma. Dice: "Mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador" (Lucas 1:47). Que examine este lenguaje a la luz del Nuevo Testamento y nos diga luego sinceramente si la acusación de idolatría está fundamentada o no. Pero respondo, aparte de esto, que no nos hace falta mejor evidencia de la que nos proporciona la misma ciudad de Roma. ¿Qué hacen los hombres y las mujeres ante el propio papa? ¿Qué religión impera alrededor de S. Pedro y tras los muros del Vaticano? ¿Qué es el romanismo en Roma, sin trabas, sin cadenas, libre para desarrollarse hasta su perfección plena? No pido más que uno responda honradamente a estas preguntas. Que lea un libro como *Pilgrimage to Rome* (Peregrinaje a Roma) de Seymour o *Alford's Letters* (Las cartas de Alford) y pregunte a cualquiera que haya visitado Roma si los colores del retrato son demasiado vivos. Que haga esto, afirmo, y creo que no podrá evitar llegar a la conclusión de que el romanismo en su perfección es un gigantesco sistema de adoración a la Iglesia, de adoración a los sacramentos, de adoración a María, de adoración a los santos, de adoración a las imágenes, de adoración a las reliquias y de adoración a los sacerdotes; esto es, en pocas palabras, una *gran idolatría organizada*.

Sé lo dolorosas que suenan estas cosas a muchos oídos. No es ningún placer para mí ahondar en los defectos de cualquiera que se declare cristiano. Puedo decir verdaderamente que he dicho lo dicho con dolor y pena.

Establezco una amplia distinción entre los dogmas acreditados de la Iglesia de Roma y las opiniones privadas de muchos de sus miembros. Creo que muchos católicos romanos son incoherentes en sus corazones con su profesión y son mejores que la Iglesia a la que pertenecen, y así lo espero. No puedo olvidar a los jansenistas, a Quesnel y a Martin Boss. Creo que hay muchos pobres italianos en la actualidad que adoran con un culto idólatra porque no conocen nada mejor. No tienen Biblia que les instruya. No tienen un ministro fiel que les enseñe. Temen al sacerdote que tienen ante ellos, si es que se atreven a pensar por sí mismos. No tienen dinero que les permita alejarse de la esclavitud en que viven, aun cuando sientan el deseo. Recuerdo todo esto y afirmo que los italianos merecen eminentemente nuestra compasión y simpatía. Pero todo esto no es óbice para que diga que la Iglesia de Roma es una Iglesia idólatra.

No sería fiel si dijera otra cosa. La Iglesia de la que soy ministro ha hablado muy francamente al respecto. La Homilía acerca del peligro de la idolatría y la solemne protesta que hay tras las rúbricas de nuestro culto de comunión del *Libro de Oración*,

que denuncia la adoración del pan y el vino sacramentales como “idolatría de la que deben abominar todos los cristianos fieles”, es una clara evidencia de que no he expuesto más que la opinión de mi propia Iglesia. Y en tiempos como estos, cuando algunos están dispuestos a separarse para ir a la Iglesia de Roma y muchos cierran los ojos a su verdadera naturaleza y quieren que nos reunamos con ella; en tiempos como estos, mi propia conciencia me reprendería si no advirtiera claramente a los hombres que la Iglesia de Roma es una Iglesia idólatra y que, si se unen a ella, se estarán uniendo a ídolos.

Pero no puedo detenerme más tiempo en esta parte del tema que estoy tratando. El principal punto que quiero fijar en las mentes de todos es el siguiente: que la idolatría se ha manifestado decididamente en la Iglesia visible de Cristo y en ninguna parte de forma tan clara como en la Iglesia de Roma.

IV. Y ahora, en último lugar, permítaseme mostrar la *abolición definitiva de toda idolatría*. **¿Qué acabará con ella?**

Considero que el alma del hombre que no anhela el momento en que no exista ya la idolatría carece de salud. Difícilmente puede estar reconciliado con Dios el corazón que piensa en los millones que están hundidos en el paganismo o que honran al falso profeta Mahoma u ofrecen oraciones diarias a la virgen María y no clama: “O, mi Dios, ¿cuándo llegará el fin de todas estas cosas? ¿Durante cuánto tiempo, oh Señor, durante cuánto tiempo?”.

Aquí, como en otras cuestiones, la palabra cierta de la profecía viene en nuestra ayuda. Un día llegará el fin de toda idolatría. Su condenación está señalada. Su destrucción es segura. Ya sea en los templos paganos o en las supuestas Iglesias cristianas, la idolatría será destruida en la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo. Entonces se cumplirá plenamente la profecía de Isaías: “Quitará totalmente los ídolos” (Isaías 2:18). Entonces se cumplirán las palabras de Miqueas (5:13): “Haré destruir tus esculturas y tus imágenes de en medio de ti, y nunca más te inclinarás a la obra de tus manos”. Entonces se cumplirá la profecía de Sofonías (2:11): “Terrible será Jehová contra ellos, porque destruirá a todos los dioses de la tierra, y desde sus lugares se inclinarán a él todas las tierras de las naciones”. Entonces se cumplirá la profecía de Zacarías (13:2): “En aquel día, dice Jehová de los ejércitos, quitaré de la tierra los nombres de las imágenes, y nunca más serán recordados”. En una palabra, se cumplirá plenamente el Salmo 97: “Jehová reina; regójese la tierra, alégrense las muchas costas. Nubes y oscuridad alrededor de él; justicia y juicio son el fundamento de su trono. Fuego irá delante de él, y abrasará a sus enemigos alrededor. Sus relámpagos alumbraron el mundo; la tierra vio y se estremeció. Los montes se derritieron como cera delante de Jehová, delante del Señor de toda la tierra. Los cielos anunciaron su justicia, y todos los pueblos vieron su gloria. Avergüéncense todos los que sirven a las imágenes de talla, los que se glorían en los ídolos. Póstrense a él todos los dioses”.

La Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo es esa bendita esperanza que debiera consolar a los hijos de Dios bajo la actual dispensación. Es la estrella polar que debe guiar nuestro viaje. Es el punto en el que todas nuestras expectativas debieran

concentrarse: “Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará” (Hebreos 10:37). Nuestro David ya no vivirá en Adulam, seguido por unos pocos menospreciados y rechazados por la mayoría. Manifestará su gran poder, reinará y hará que toda rodilla se doble ante Él.

Hasta entonces no disfrutamos perfectamente de nuestra redención, como dice Pablo a los efesios: “Fuisteis sellados para el día de la redención” (Efesios 4:30). Hasta entonces, nuestra salvación no está completa, como dice Pedro: “Sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero” (1 Pedro 1:5). Hasta entonces, nuestro conocimiento sigue siendo defectuoso, como dice Pablo a los corintios: “Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido” (1 Corintios 13:12). En resumen, lo mejor está por venir.

Pero, en el día del regreso de nuestro Señor, todo deseo recibirá su plena satisfacción. Ya no estaremos abatidos y exhaustos por este sentimiento de constante fracaso, de debilidad y decepción. En su presencia, y no en otro lugar, hallaremos que hay *plenitud* de gozo; y cuando despertemos a su semejanza seremos *satisfechos*, si no lo fuimos antes (cf. Salmo 16:11; 17:15).

Ahora hay muchas abominaciones en la Iglesia visible ante las que solo podemos gemir y clamar como el fiel en tiempos de Ezequiel (cf. Ezequiel 9:4). No podemos eliminarlas. El trigo y la cizaña crecen juntos hasta que llega la cosecha. Pero se acerca un día en que el Señor Jesús purificará una vez más su Templo y echará todo lo que lo ensucia. Hará esa obra de la que los actos de Ezequías y Josías fueron un pálido tipo hace mucho tiempo. Echará las imágenes y purgará la idolatría en todas sus manifestaciones.

¿Quién anhela ahora la conversión del mundo pagano? No la verás en su plenitud hasta la aparición del Señor. Entonces, y no hasta entonces, se cumplirá ese texto tan frecuentemente mal aplicado: “Aquel día arrojará el hombre a los topes y murciélagos sus ídolos de plata y sus ídolos de oro, que le hicieron para que adorase” (Isaías 2:20).

¿Quién anhela ahora la redención de Israel? No la verás en su perfección hasta que el Redentor venga a Sion. La idolatría en la Iglesia profesante de Cristo ha sido una de las más poderosas piedras de tropiezo en el camino de los judíos. Cuando comience a caer, empezará a retirarse el velo sobre el corazón de Israel (cf. Salmo 102:16).

¿Quién anhela ahora la caída del Anticristo y la purificación de la Iglesia de Roma? Creo que no sucederá hasta la culminación de esta dispensación. Ese vasto sistema de idolatría quizá sea consumido y *matado* con el Espíritu de la boca del Señor, pero jamás será *destruido* salvo por el resplandor de su Venida (cf. 2 Tesalonicenses 2:8).

¿Quién anhela una Iglesia perfecta, una Iglesia en la que no haya la más mínima mancha de idolatría? Debes esperar el regreso del Señor. Entonces, y no hasta entonces, veremos una Iglesia perfecta, una Iglesia sin mancha ni arruga ni cosa semejante (cf. Efesios 5:27), una Iglesia en la que todos los miembros estarán regenerados y todos serán hijos de Dios.

Si esto es así, los hombres no deben sorprenderse de que les instemos a estudiar la

profecía y les ordenemos, por encima de todo, asirse firmemente de la gloriosa doctrina de la Segunda Venida de Cristo y de su Reino. Esta es la “antorcha que alumbra en lugar oscuro” a la que haremos bien en prestar atención. Dejemos que otros se entreguen a su fantasía, si así lo desean, con la idea de una imaginaria “Iglesia del futuro”. Dejemos que los hijos de este mundo sueñen con alguna clase de “hombre venidero” que lo entienda todo y lo arregle todo. Solamente están cultivando una amarga decepción. Se darán cuenta de que sus visiones son infundadas y vacías como un sueño. Es a estos a los que bien pueden aplicarse las palabras del Profeta: “He aquí que todos vosotros encendéis fuego, y os rodeáis de teas; andad a la luz de vuestro fuego, y de las teas que encendisteis. De mi mano os vendrá esto; en dolor seréis sepultados” (Isaías 50:11).

Pero deja que tus ojos miren hacia el día de la Segunda Venida de Cristo. Ese es el único día en el que se rectificará todo abuso y se purgará toda corrupción y fuente de tristeza. Aguardando ese día, trabajemos y sirvamos a nuestra generación; no estando ociosos como si no se pudiera hacer nada para refrenar el mal, pero no descorazonados porque no vemos todas las cosas puestas aún bajo nuestro Señor. Después de todo, la noche está avanzada y se acerca el día. Te exhorto a esperar en el Señor.

Si esto es así, los hombres no deben sorprenderse de que les advirtamos que se cuiden de cualquier inclinación hacia la Iglesia de Roma. Sin duda, cuando la idea de Dios con respecto a la idolatría se nos revela tan claramente en su Palabra, parece el colmo del capricho unirse a una Iglesia tan impregnada de idolatría como la Iglesia de Roma. Entrar en comunión con ella cuando Dios dice: “Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas” (Apocalipsis 18:4), buscarla cuando el Señor nos advierte de que la abandonemos, convertirnos en sus súbditos cuando la voz del Señor clama: “Escapa por tu vida, huye de la ira venidera”. Todo esto es ciertamente ceguera mental, una ceguera como la de aquel que, a pesar de haber sido advertido, se embarca en un barco que está naufragando; una ceguera que sería casi increíble si nuestros propios ojos no vieran ejemplos de ello continuamente.

Todos debemos estar en guardia. No debemos dar nada por supuesto. No debemos suponer apresuradamente que somos demasiado sabios para que se nos engañe y decir como Hazael: “¿Qué es tu siervo, este perro, para que haga tan grandes cosas?”. Aquellos que predicar deben clamar en voz alta y no callar, no permitir que ninguna falsa amabilidad les silencie con respecto a las herejías de la época. Aquellos que escuchan deben tener los lomos ceñidos con la Verdad y sus mentes llenas de claras ideas proféticas en relación con el fin al que llegarán todos los adoradores de ídolos. Intentemos todos comprender que el fin del mundo se avecina y que la abolición de la idolatría se acerca. ¿Es momento de aproximarse a Roma? ¿No es más bien tiempo de alejarse y mantenerse al margen para no vernos envueltos en su caída? ¿Es momento de mitigar y paliar las múltiples corrupciones de Roma y negarnos a ver la realidad de sus pecados? Sin duda más bien debiéramos ser doblemente celosos de cualquier tendencia a romanizar la religión, doblemente cuidadosos de evitar la connivencia con cualquier traición contra Cristo nuestro Señor y doblemente dispuestos a protestar contra la adoración antiescrituraria de cualquier tipo. Repito una vez más, pues, que

debemos recordar que la destrucción de la idolatría es cierta y, por tanto, *cuidarnos de la Iglesia de Roma*.

El asunto que estoy tratando es de una importancia profunda y trascendente y exige la seria atención de todos los clérigos protestantes. No sirve de nada negar que una gran parte del clero y de la congregación de la Iglesia de Inglaterra está haciendo todo lo posible para unir la Iglesia de Inglaterra con la idólatra Iglesia de Roma. La publicación de ese monstruoso libro llamado *Eirenicon*, del Dr. Pusey, y la formación de una “sociedad para promover la unidad en la cristiandad” son una clara prueba de lo que estoy diciendo. “Que corra el que leyere en ella” (Hab. 2:2).

La existencia de un movimiento como este no sorprenderá a quien ha seguido de cerca la historia de la Iglesia de Inglaterra en los últimos cuarenta años. Las tendencias del Movimiento de Oxford y del ritualismo se han dirigido constantemente hacia Roma. Cientos de hombres y mujeres han abandonado limpia y sinceramente nuestras filas y se han convertido en abiertos papistas. Pero muchos cientos se han quedado y son aún clérigos nominales en nuestro seno. El pomposo ceremonial semicatólico romano que se ha introducido en muchas iglesias ha preparado las mentes de los hombres para los cambios. Una forma extravagantemente teatral e idólatra de celebrar la Cena del Señor ha allanado el camino para la transustanciación. Ha estado en marcha durante mucho tiempo un exitoso proceso de *desprotestantización*. La pobre antigua Iglesia de Inglaterra se encuentra en un plano inclinado. Su misma existencia como Iglesia protestante se encuentra en peligro.

Sostengo que este movimiento romanista debe resistirse firmemente. A pesar del rango, la erudición y la devoción de algunos de sus defensores, lo considero un movimiento sumamente pernicioso, destructor de almas y contrario a la Escritura. Decir que la reunión con Roma sería un insulto para nuestros reformadores martirizados es ser muy suaves: ¡sería un pecado y una ofensa contra Dios! Antes de que se reúna con la idólatra Iglesia de Roma preferiría ver mi amada Iglesia perecer y destruirse en pedazos. ¡Mejor morir que volver a ser papista!

Sin duda, la Unidad abstracta es algo excelente: pero la Unidad sin Verdad es inútil. La Paz y la Uniformidad son bellas y valiosas: pero la Paz sin el Evangelio —la Paz basada en un episcopado común y no en una fe común— carece de valor y no merece ese apelativo. Cuando Roma haya revocado los decretos de Trento y sus adiciones al Credo, cuando Roma se haya retractado de sus doctrinas falsas y antiescriturarias, cuando Roma haya renunciado formalmente a la adoración de imágenes, la adoración a María y la transustanciación; entonces, y no hasta entonces, será hora de hablar de reunirnos con ella. Hasta entonces hay un abismo sobre el que no se puede tender un puente sinceramente. Hasta entonces, llamo a todos los clérigos a resistir hasta la muerte esta idea de reunirse con Roma. Hasta entonces, nuestro lema debe ser: “¡No a la paz con Roma! ¡No a la comunión con los idólatras!”. Bien dice el admirable obispo Jewell en su Apología: “No rechazamos la paz y la concordia con los hombres; ¡pero no mantendremos un estado de guerra con Dios para estar en paz con los hombres!”. ¡Este testimonio es cierto! ¡Mejor le iría a la Iglesia de Inglaterra si todos sus obispos hubieran sido como Jewell!

Escribo estas cosas con pena. Pero las circunstancias de la época hacen que sea absolutamente necesario pronunciarse. Independientemente del lugar del horizonte al que mire, veo serios motivos para la alarma. No temo en absoluto por la verdadera Iglesia de Cristo. Pero por la Iglesia de Inglaterra establecida y por todas las iglesias protestantes de Inglaterra, ciertamente tengo serios temores. La marea de acontecimientos parece ir en contra del protestantismo y a favor de Roma. Parece como si Dios tuviera una controversia con nosotros como nación y estuviera a punto de castigarnos por nuestros pecados.

No soy profeta. No sé hacia dónde nos dirigimos. Pero, al paso que van las cosas, creo que es bastante factible que, dentro de pocos años, la Iglesia de Inglaterra se una a la Iglesia de Roma. Quizá la corona de Inglaterra descansa una vez más sobre la cabeza de un papista. Quizá se repudie formalmente el protestantismo. Quizá un obispo católico romano presida una vez más el Palacio de Lambeth. Quizá se diga misa una vez más en las abadías de Westminster y de S. Pablo. ¡Y el resultado será que todos los cristianos lectores de la Biblia deberán abandonar la Iglesia de Inglaterra o bien aprobar la adoración de ídolos y convertirse en idólatras! ¡Dios nos conceda que jamás lleguemos a semejante estado de cosas! Pero, a este paso, me parece bastante posible.

Y ahora solo me queda concluir lo que he estado diciendo mencionando algunas salvaguardas para las almas de todos los que lean este capítulo. Vivimos en una época en que la Iglesia de Roma camina entre nosotros con fuerzas renovadas y jactándose de que pronto recuperará el terreno perdido. Se nos están presentando constantemente falsas doctrinas de las formas más sutiles y especiosas. No se puede considerar irrazonable que ofrezca algunas salvaguardas prácticas contra la idolatría. Qué es, de dónde proviene, dónde está, qué acabará con ella; todo eso ya lo hemos visto. Permítaseme señalar cómo podemos estar a salvo de ella y me abstendré de decir más.

1) Armémonos, pues, por un lado, con un profundo conocimiento de la Palabra de Dios. Leamos nuestras biblias más diligentemente que nunca y familiaricémonos con cada parte de ellas. Que la Palabra habite en nosotros abundantemente. Cuidémonos de cualquier cosa que nos haga dedicar menos tiempo y menos empeño a la lectura atenta de sus sagradas páginas. La Biblia es la espada del Espíritu; jamás la dejemos a un lado. La Biblia es la verdadera antorcha en momentos de oscuridad; cuidémonos de no viajar sin su luz. Si conociéramos la historia secreta de las numerosas secesiones en nuestra Iglesia a favor de Roma, que deploramos, tengo fuertes sospechas de que, en casi todos los casos, uno de los pasos más importantes en la cuesta abajo se hallaría en el abandono de la Biblia, en una mayor atención a las formas, los sacramentos, los cultos diarios, el cristianismo primitivo, etcétera, y una menor atención a la Palabra escrita de Dios. La Biblia es la calzada real. Una vez que la abandonamos por un camino secundario —por hermoso, antiguo y frecuentado que este parezca—, no debemos sorprendernos si acabamos adorando imágenes y reliquias y yendo al confesionario con regularidad.

2) Armémonos, en segundo lugar, con *un celo piadoso por la más mínima parte del Evangelio*. Cuidémonos de sancionar el más somero intento de sustraerle una jota o

una tilde o de eclipsar alguna parte por medio de la exaltación de cuestiones religiosas secundarias. Parecía una nimiedad que Pedro se abstuviera de comer con los gentiles; sin embargo, Pablo les dice a los gálatas: “Le resistí cara a cara, porque era de condenar” (Gálatas 2:11). No tengamos en poco cualquier cosa concerniente a nuestras almas. Seamos muy meticulosos al decidir a quién escuchamos, adónde vamos, qué hacemos, así como en todas las cuestiones relativas a nuestra adoración personal; y no nos preocupe la acusación de ser aprensivos y excesivamente escrupulosos. Vivimos en tiempos en los que en los pequeños actos están implícitos grandes principios, y cuestiones religiosas que hace cincuenta años se consideraban absolutamente inocuas, ahora ya no lo son debido a las circunstancias. Evitemos jugar con cualquier tendencia hacia Roma. Es de necios jugar con fuego. Creo que muchos de los que se han pervertido y apartado comenzaron pensando que no podía ser muy dañino atribuir *un poco* más de importancia a las cosas externas. Pero, una vez que empezaron a bajar por la pendiente, fueron de una cosa a otra. Provocaron a Dios, ¡y Él les abandonó a su suerte! Fueron entregados a un gran engaño y se les dejó creer una mentira (2 Tesalonicenses 2:11). Tentaron al diablo, ¡y este vino a ellos! Comenzaron con nimiedades, como muchos las llaman neciamente, y han acabado en una manifiesta idolatría.

3) Armémonos, por último, con *ideas claras y sanas acerca de nuestro Señor Jesucristo* y de la salvación que es en Él. Él es la “imagen del Dios invisible”, la “imagen misma de su sustancia” y la verdadera protección contra toda idolatría cuando se le conoce verdaderamente. Edifiquémonos profundamente en el fuerte fundamento de la obra que completó en la Cruz. Tengamos claro que Jesucristo ha hecho todo lo necesario a fin de presentarnos sin mancha ante el trono de Dios y que una fe sencilla por nuestra parte como la de un niño es lo único que hace falta para que participemos de la obra de Cristo. No dudemos que teniendo esta fe estamos completamente justificados a los ojos de Dios; nunca estaremos más justificados aunque vivamos tantos años como Matusalén y hagamos las obras del apóstol Pablo; y no **podemos** añadir nada a esa justificación completa por medio de actos, palabras, ayunos, oraciones, limosnas, cumplimiento de las ordenanzas o cualquier otra cosa por nuestra parte.

¡Por encima de todo, mantengamos una comunión continua con la persona del Señor Jesús! Moremos en Él diariamente, alimentémonos de Él diariamente, mirémosle diariamente, apoyémonos en Él diariamente, vivamos dependiendo de Él diariamente y tomemos de su plenitud diariamente. Comprendamos esto y la idea de otros mediadores, otros consoladores y otros intercesores parecerá completamente absurda. “¿Qué falta hace?”, responderemos: “Tengo a Cristo y en Él lo tengo todo. ¿Qué tengo yo que ver con los ídolos? Tengo a Jesús en mi corazón, a Jesús en la Biblia, a Jesús en el Cielo, ¡y no quiero nada más!”.

Una vez que permitimos al Señor Jesucristo ocupar el lugar correcto en nuestros corazones, todas las demás cosas en nuestra religión se ajustarán al lugar adecuado. La Iglesia, los ministros, los sacramentos, las ordenanzas, todo descenderá y ocupará un segundo lugar.

A menos que Cristo se siente como Sacerdote y Rey en el trono de nuestro corazón,

ese pequeño reino interior estará en perpetua confusión. Pero solo con que le permitas ser el “todo en todo” ahí, todo irá bien. Ante Él caerá todo ídolo, todo Dagón. **Conocer a Cristo correctamente, creer en Cristo verdaderamente, amar a Cristo de corazón es la verdadera protección contra el ritualismo, el catolicismo romano y toda forma de idolatría.**

Apéndice

Pido a cada lector de este capítulo que lea, advierta, aprenda y digiera el lenguaje de la siguiente declaración. Es la declaración que, según el “Acta fundacional” y según la Ley de Inglaterra, todo soberano de este país debe “cumplir, suscribir y repetir audiblemente” en su coronación. Recuérdese que es la declaración que cumplió, suscribió y repitió su Alteza Real la Reina Victoria:

Yo, Victoria, solemne y sinceramente, en presencia de Dios, profeso, testifico y declaro que creo que en el sacramento de la Santa Cena no hay transustanciación de los elementos del pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, durante o después de la consagración, independientemente de la persona que la administre, y que la invocación o adoración a la virgen María o a cualquier otro santo y el sacrificio de la misa tal como son costumbre ahora en la Iglesia de Roma son superstición e *idolatría*. Y solemne, en presencia de Dios, profeso, testifico y declaro que hago esta declaración y cada una de sus partes en el sentido claro y habitual de las palabras que se me leen, tal como las entienden los protestantes ingleses, sin evasivas, equivocaciones ni reservas mentales, y sin que el papa o alguna otra autoridad me haya concedido dispensación a este propósito, sin la esperanza de una dispensación semejante por parte de persona o autoridad alguna y sin pensar que puedo ser exonerada o absuelta ante Dios o el hombre de esta declaración o de parte alguna de la misma, aunque el papa o cualquier otra persona o personas la dispensaren, anularen o declararan que es nula desde el principio.

¡Que jamás llegue el día en que los soberanos británicos dejen de hacer esta declaración!